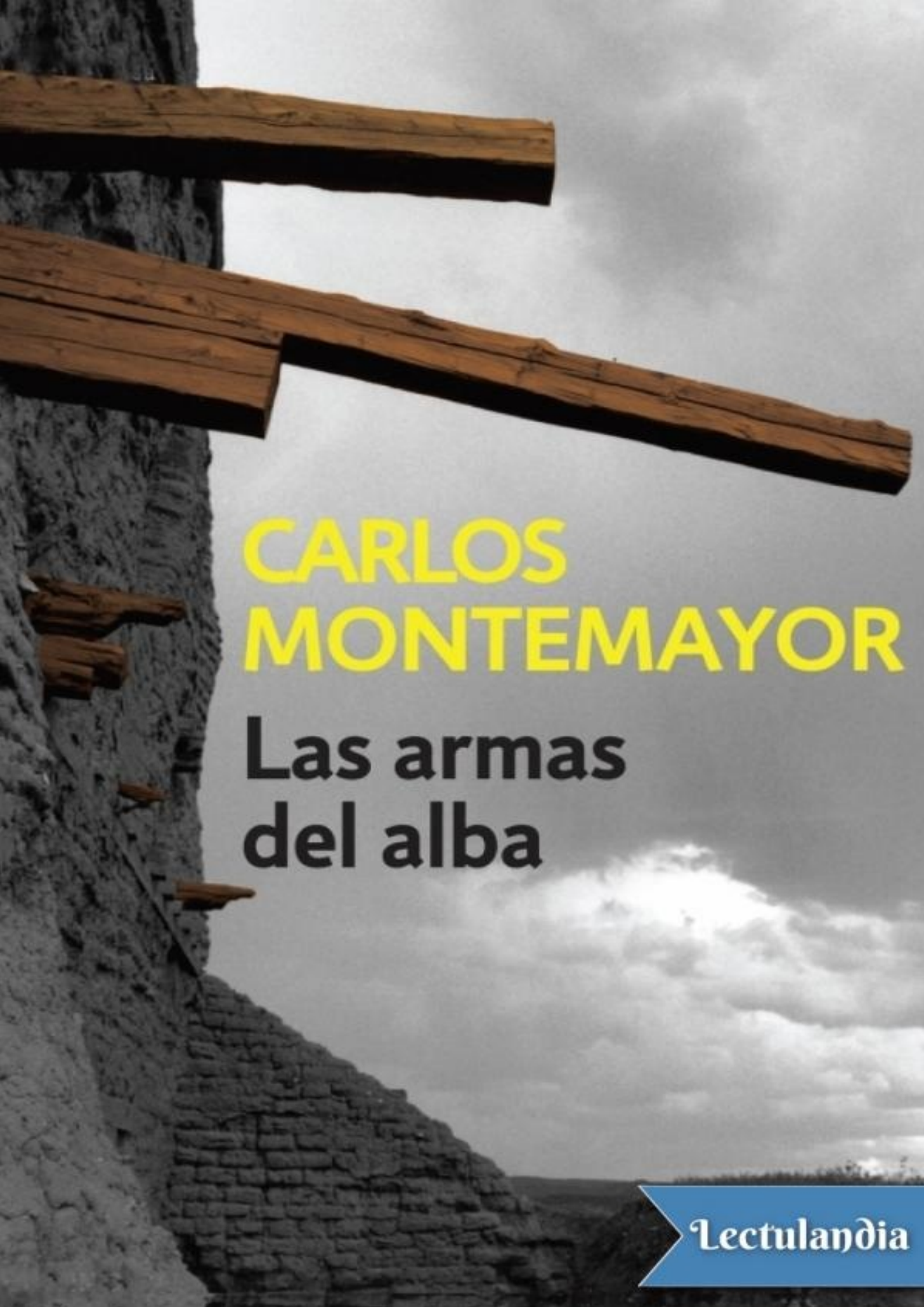

CARLOS
MONTEMAYOR
Las armas
del alba
Lectulandia

El 23 de septiembre de 1965 en la sierra de Chihuahua un grupo guerrillero integrado por jóvenes estudiantes y campesinos atacó la guarnición militar de la ciudad de Madera. Desde entonces se sucedieron por diversas zonas urbanas y rurales de México numerosos movimientos guerrilleros. La leyenda ha conservado la memoria de este alzamiento, pero con muy poca información disponible acerca de sus causas, desarrollo, hechos de armas y protagonistas sobrevivientes.

Como en otras de sus obras —particularmente *Guerra en El Paraíso* y *Los informes secretos*—, Carlos Montemayor ha decidido profundizar en una nueva forma de novelar. Sus libros no constituyen una reformulación de periodos históricos ya analizados previamente por especialistas; no escribe novelas históricas que sólo ofrezcan interpretaciones nuevas. La novela que propone Montemayor es aquella que constituye en sí misma la primera formulación histórica y narrativa de los hechos, *Las armas del alba* es la primera investigación sistemática, minuciosa y a fondo de los acontecimientos históricos del inicio de la guerrilla mexicana y su primera expresión literaria plena.

Lectulandia

Carlos Montemayor

Las armas del alba

ePub r1.0
Titivillus 01.02.16

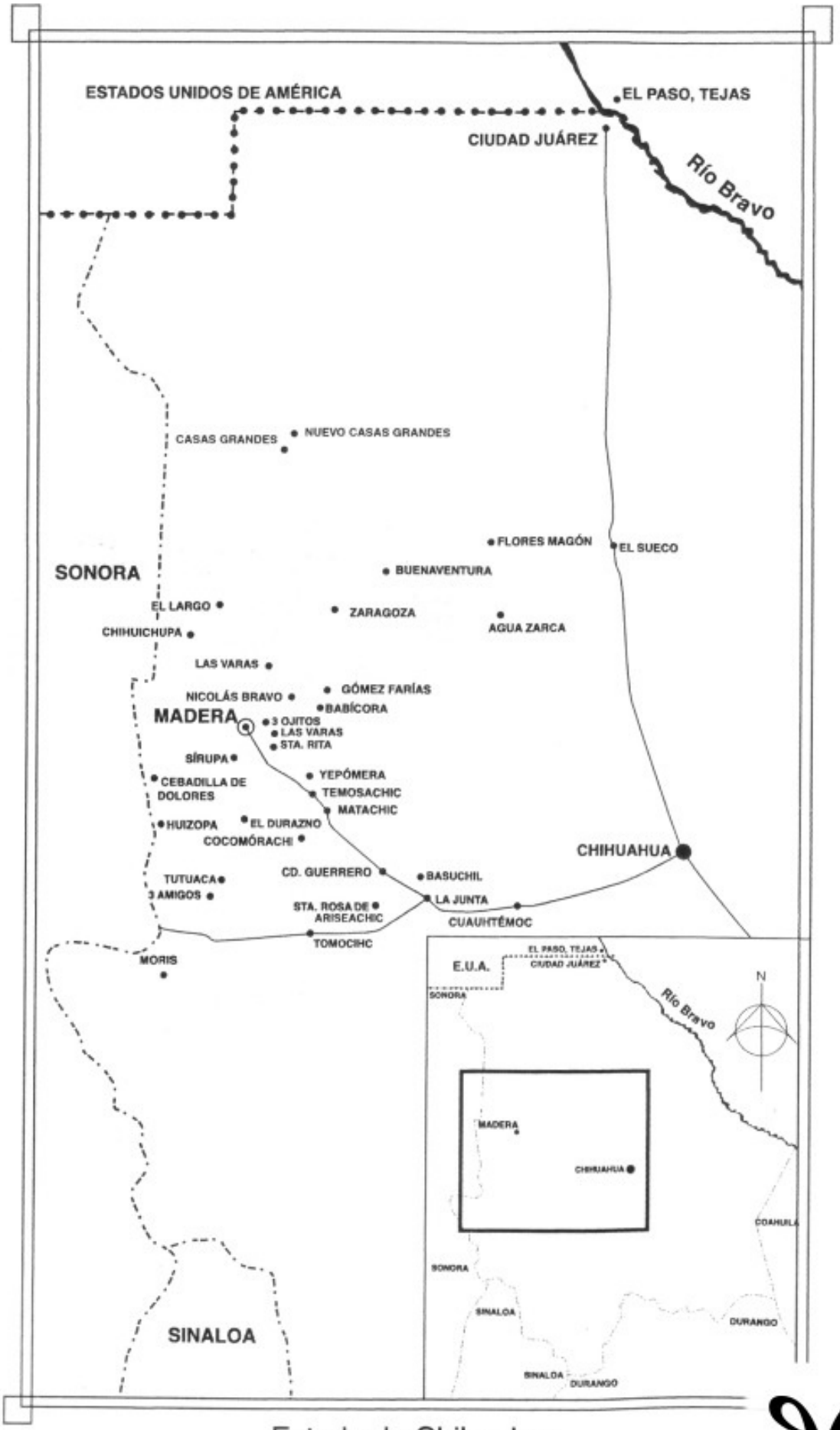
Título original: *Las armas del alba*
Carlos Montemayor, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El Río Amarillo extiende sus caudales de oro
sobre las tierras, al pie de la neblina y las montañas.
El sol nace y busca su propio reflejo,
quiere encontrarse con el oro de las aguas y el mundo.
El general Hsun Tiang recoge su cabellera
y despeja sus pensamientos.
Mira a su ejército:
los combatientes preparan los arcos y los dardos,
pulen espadas y dagas y aseguran escudos.
Brillan las espadas en las montañas
como nuevos caudales del Río Amarillo.
El general Hsun Tiang piensa en silencio:
«Éstas son las armas del alba».

TSIN PAU,
poeta de la Dinastía T'ang, siglo VIII.



Estado de Chihuahua

CAPÍTULO PRIMERO

(23 de septiembre de 1965. Madera, sierra de Chihuahua).

—Con el primer disparo —le ordenó Arturo Gámiz—, haz blanco en el foco. Será la señal para que ataquemos.

Ramón Mendoza miró la primera barraca del cuartel. Del marco de la puerta pendía un foco encendido.

—Y que nadie salga vivo de aquella trinchera.

Arturo comprobó la hora: cinco cuarenta de la mañana. La oscuridad era muy densa aún. Ramón Mendoza se situó en su puesto. Salomón Gaytán y Arturo Gámiz avanzaron por el terraplén hacia una especie de muro que se elevaba ligeramente junto a la vía del ferrocarril. Ramón apuntó hacia el foco; mientras cubría la mira con el grano del revólver sintió que estaba a muy corta distancia. Se volvió a mirar hacia atrás; por un momento vio el quieto brillo de las aguas en la laguna. Revisó la puerta de salida y la trinchera que debía mantener bajo control. Volvió a apuntar y disparó. El foco estalló, y como un eco del tiro comenzó a escuchar las detonaciones provenientes de los sitios donde sus compañeros se habían apostado para atacar las barracas del cuartel. Cuatro en la Casa Redonda: Florencio Lugo y Lupito Escóbel, Martínez Valdivia y Óscar Sandoval; cuatro entre la iglesia y la escuela: Pablo Gómez, Antonio Escóbel, Miguel Quiñones y Emilio Gámiz. Paco Ornelas solo, por la casa de Pacheco. Y tres ahí, en el terraplén de la vía del ferrocarril. Escuchó los primeros estallidos de granadas y bombillos de dinamita que arrojaron Arturo Gámiz y Salomón Gaytán. Le sorprendió sentir un súbito silencio en las dos barracas del cuartel, como si se hubiera detenido el tiempo y los tiros tardaran en ser reconocidos. Enfundó el revólver y preparó el fusil. Vio aparecer una sombra en la zanja: el primer soldado.

***

En el reloj eran las seis quince de la mañana. El teléfono seguía sonando.

—Jolly, ¿estás ahí? —escuchó al levantar el auricular.

—Dime —respondió.

—Están combatiendo guerrilleros en Ciudad Madera.

Dirigió la mirada hacia el perchero donde se hallaba su ropa.

—Asaltaron el cuartel militar.

—¿Dónde estás?

—En la torre de control del aeropuerto. Prohibieron ya los vuelos.

—¿Le avisaste a alguien?

—El capitán López viene en camino. Su avioneta está lista.

—Iré enseguida.

***

Los soldados terminaron de pasar lista y se dirigieron a la primera barraca del cuartel. Dos secciones avanzaban en fila con platos metálicos en las manos, para desayunar, cuando ocurrió. El sargento se volvió a mirar qué soldado había descargado por equivocación su fusil M-1. Se escucharon nuevos tiros.

—¡Todos al suelo! —ordenó—. ¡A sus armas!

La tercera sección, que se encontraba de guardia, seguramente estaba disparando desde la barraca de dormitorios. Vio a dos soldados heridos. Otro soldado trató de incorporarse junto a él, pero una bala le atravesó el hombro. La luz potente de una locomotora iluminó de pronto a soldados y a atacantes. Entre el ruido de descargas y bombillos de dinamita que empezaban a estallar dentro y fuera del cuartel, se distinguía la voz de un hombre que gritaba exaltado, insistente:

—¡Ríndanse! ¡Ya no tienen remedio! ¡Ríndanse!

***

El viento frío soplaba en la pista. En la oscuridad, la cadena de montañas elevaba su peso de sombra. Un profundo azul cobalto pugnaba por abrirse paso en el horizonte. Jolly Bustos ascendió por la escalerilla de la avioneta. Saludó al capitán López y se ajustó el cinto de seguridad. Despegaron. Revisó la cámara fotográfica y aseguró los rollos de película. El cielo se despejaba. Poco a poco la luz parecía surgir como un puñado de arena que manchara la negrura y la fuera aclarando. Al fondo, la sierra descubría sus cordilleras, sus ríos, su extensión verde, oscura y pétrea, mientras entraban en una zona de abundantes nubes. Las lluvias incesantes habían acrecentado los ríos, los arroyos, haciendo más intenso en el amanecer el verdor de la sierra, allá abajo, en la borrosa realidad.

***

Ramón Mendoza disparó a la primera sombra y la vio caer. Otra sombra surgió, queriendo localizarlo, pero la abatió de un tiro. Una más intentó brincar sobre las zanjas y también la vio caer a unos pasos. La sombra de otro soldado trató de mover uno de los cuerpos; Ramón Mendoza disparó muy cerca; la sombra optó por regresar. Volvió a escuchar la explosión de las granadas. Distinguió a Arturo Gámiz; ahora lo vio más lejos. El olor a pólvora era intenso. Otro soldado trató de protegerse junto al

muro de la trinchera, preparándose para saltar. Le disparó. El soldado se quedó quieto. Volvió a disparar. El soldado pareció resentir el impacto, pero permaneció en la misma postura. Ramón Mendoza lo observó con atención: el soldado sangraba por la boca y la nariz, ya muerto. Otro más intentó brincar en el sentido opuesto. Disparó sobre él, pero no hizo blanco. Sobrevino un tiroteo muy cercano, posiblemente de Escóbel y de Florencio Lugo. Trató de ubicar los tiros provenientes de la escuela. Escuchó el estallido de varias granadas y distinguió a Salomón Gaytán preparando otro bombillo de dinamita. Volvió a mirar la laguna. Se veía quieta, desocupada. El cielo estaba iluminado y enrojecido; el sol comenzaba a despuntar. Una ametralladora disparaba desde la barraca más grande, la de dormitorios. Oía las voces de Salomón y de Pablo Gómez, gritando a los soldados, exhortándolos a rendirse. Había calma en la zanja y ningún soldado trataba de salir ni de atacar por ahí. Pensó que tenían dominado el cuartel.

***

Desde el camión, Matías había disparado también a la barraca grande y oscura, alargada. El techo de placas de lámina se extendía como una mancha blancuzca, como arena, sobre la madera sombría y las ventanas numerosas del cuartel. Ahora Matías se hallaba a no más de cien metros de la iglesia y la escuela; alcanzaba a ver a Miguel Quiñones y a Antonio Escóbel.

—Vámonos —dijo al chofer José Lozano García—. Pongamos a cubierto el equipo.

El chofer condujo el camión por la brecha. Se acercaron a la principal entrada, una amplia calle que se introducía en el pueblo en medio de numerosas casas con las luces ya encendidas.

—Detente —ordenó Matías—. Aquí esperaremos.

Mucha gente estaba afuera de las casas, inquieta por el ruido de las descargas que se oían muy concentradas en las barracas del cuartel. Matías miró hacia el oeste, hacia la cuesta de La Borrega, la sierra que muchas veces había recorrido para llegar a Cebadilla de Dolores, a Huizopa, a El Naranjo, a Arroyo Amplio. La luz rosácea, violeta, anaranjada, ocre, se expandía en el cielo desde el oriente; al llegar a la cuesta de la sierra caía solamente como una línea de luz fría, a la espera, como un ser vivo.

***

—Mi general —dijo por teléfono el coronel Antonio García Abauza, jefe del estado mayor de la Quinta zona militar—, perdone que llame a esta hora —agregó con voz nerviosa, pero pausada; hablaba sentado en su escritorio, en las oficinas de la comandancia militar, en la ciudad de Chihuahua.

Tardó en oír la voz del general Tiburcio Garza Zamora, comandante en jefe de la Quinta zona militar:

—¿Cómo?

—Los guerrilleros, general.

—Los gavilleros, dirá usted, los bandidos.

—Así es, mi general.

—¿A qué hora fue?

—En este momento, mi general.

—¿A qué hora fue?

—Hace treinta minutos. Aún se está defendiendo la guarnición. Tenemos previsto el batallón fuera del cuartel. Están atacando a los asaltantes desde las barracas de dormitorios y pronto lo harán desde la laguna. No hay posibilidades de que tomen la guarnición, mi general.

—¿Cuántos son los gavilleros?

—No sabemos aún, mi general.

—¿Cuántos son?

—Pueden ser treinta, cincuenta, ochenta. Son muchos. Atacaron hace media hora.

—Voy a la oficina. Lo veré ahí. Debemos informar a la ciudad de México.

***

Ramón Mendoza sintió algo extraño, como si lo llamaran. Se volvió a mirar la amplitud de la laguna. Le pareció sentir a lo lejos la quietud y la frescura. Pero algo se movía por la parte angosta. Era gente. Iban corriendo. Desde sus pies despuntó un repentino calor que le comenzó a invadir el cuerpo. Eran soldados. Soldados que corrían por la ribera. Por el bordo de la laguna distinguía ahora los uniformes verdes. Era un contingente de más de cincuenta hombres. Algunos corrían. Otros avanzaban lentamente. Ramón Mendoza sintió más agresivo el olor de la pólvora. Trató en vano de distinguir en el terraplén de las vías de ferrocarril a Arturo Gámiz y a Salomón Gaytán. No escuchaba ya el estallido de las granadas. Siguió atento al contingente que avanzaba, sin descuidar la trinchera del cuartel. Alguien ordenó retirada, a gritos, cuando comenzó a ser intenso el tiroteo de los soldados que corrían por la laguna. La voz de retirada era de Pablo Gómez.

—¡Retirada, vámonos! ¡Retirada!

—¡Espera, espera un momento! —oyó el eco lejano de la voz de Arturo Gámiz.

***

Florencio Lugo miró hacia el oriente. Aún no despuntaba el sol pero la luz ya aclaraba el mundo, la serranía, los bosques. Por la ribera vio el desplazamiento de

soldados. Distinguió a muchos en posición de ataque; los tiros pegaban en las paredes de la Casa Redonda, en la tierra, a su alrededor. Cuando volvió a mirar hacia el cuartel, sintió un golpe en la cadera y luego una quemadura intensa y súbita en la pierna. Comenzó a avanzar por la calle, hacia el poniente, protegiéndose de los proyectiles provenientes de la laguna y de las barracas del cuartel. Estaba sangrando. No sentía dolor, acaso un ligero adormecimiento en la pierna. Al cruzar la primera calle se detuvo; se flexionó, tratando de no concentrarse en el dolor, sino de mover la pierna, de revisar el fusil. Se dio cuenta de que una bala había golpeado primero en el cargador que traía fajado en la cintura y luego descendió, sin penetrar en el músculo, pero acaso hiriendo con esquirlas y quemando.

***

Jolly Bustos entendió que debía mirar hacia abajo. Reconoció el Presón de Golondrinas. Comenzaba a amanecer, pero aún entre los jirones de luz insistía un manchón de polvo, de oscuridad rezagada que no parecía dispersarse. Mientras se acercaban a la pista de aterrizaje, Jolly distinguió a muchos soldados que corrían fuera del cuartel, en las calles del poblado, algunos adentrándose en los maizales al sur de Ciudad Madera. Comprendió que se alejaban de la pista. Miró al piloto.

—Mejor regresemos, Jolly —gritó el capitán López.

—¡Cómo!

—No nos esperan.

—¡Pero tenemos que aterrizar! —sentenció Jolly.

—No puedo. Tendríamos que maniobrar demasiado para volver a la pista.

—Toma la pista al revés; se están poniendo más nerviosos.

Muy lentamente se iba disolviendo la oscuridad del horizonte en la neblina, sobre las nubes, entre la suave arena del alba que ascendía desde las aguas de la presa. El avión fue acercándose, tambaleante, a la pista. Jolly sintió que el aterrizaje se prolongaba. Sentía frío.

***

De pronto, el sol surgió, íntegro, deslumbrante, como una luz de metal incandescente. Francisco Ornelas se sintió parte de un líquido brillante que fundía la tierra, los tiros, los gritos, el calor de los árboles. Se detuvo. Lo envolvió un olor a pólvora y a lona quemada. El sol seguía abriéndose inmenso, inundando el mundo con una luz incontrolable, como si quisiera mostrar la fuerza implacable del alba contra hombres, combates, reclamos, sueños. Escuchó el tiroteo, cada vez más nutrido, desde la laguna. Regresó hacia la casa de Pacheco, junto a la cochera. Dos niños se asomaron. Les ordenó que se retiraran. Los niños permanecieron asombrados tras los cristales de

la puerta. Francisco Ornelas se apartó. Atrás de él, a treinta o cuarenta metros, varias voces reclamaban llorando que habían herido a un muchacho; alguna bala había penetrado la madera o la ventana de una pequeña casa. Temió que dispararan desde allá, que lo acosaran a dos fuegos. Intentó distinguir la posición de sus compañeros. El sol lo seguía cegando. Se aferró al fusil como si fuera otra salida, la madera y el metal de un puente, como si pudiera quedar suspendido, a salvo bajo la luz, en la ciega realidad del arma.

***

Lupito Escóbel corrió por la calle, evadiendo los tiros que provenían de los dormitorios y de la laguna. El sol había surgido a su espalda. No podía, no debía detenerse. En la esquina midió el tiempo para correr hacia el canal. A veinte o treinta metros de distancia reconoció a Florencio Lugo, que bajaba por la pendiente. Lo vio avanzar con un ligero movimiento arrítmico en la pierna derecha, atravesar el terreno abierto y detenerse junto al muro de una casa, bajo una ventana. Lo vio doblarse sobre el arma. Escóbel no estaba seguro si su compañero se había caído o se revisaba una herida. Dos soldados aparecieron al fondo de la calle; distinguieron a Florencio y dispararon contra él. Escóbel dirigió su carabina al soldado que iba detrás; tiró del gatillo y lo vio caer. El otro soldado se detuvo y se volvió a mirar. Escóbel apuntó de nuevo; en el momento en que el soldado trataba de localizar quién había atacado, tiró del gatillo. El soldado pareció dar un giro hacia la izquierda, como si su hombro, mientras caía, quisiera liberarse de una soga o de una carga. Escóbel vio a Florencio internarse en los primeros maizales.

***

Primero lo sintió, luego vio que el tren se movía. Era una locomotora oscura, que avanzaba lenta, pesadamente. Ramón Mendoza distinguió al maquinista en lo alto. Tardó segundos en comprenderlo; le hacía señas para que avanzara. A zancadas llegó al costado de la locomotora, cubriéndose tras de una rueda, sin alejarse de ella, como si fuera un escudo. De pronto, la locomotora aceleró la velocidad. Ramón corrió junto a ella, protegiéndose tras la rueda; oía los proyectiles que provenían de la laguna. La locomotora aceleró aún más. Se alejaban del cuartel rápidamente. La locomotora frenó. Ramón levantó la vista. El conductor a señas le ordenó que cruzara la vía.

—¡Pase! —le ordenó en voz alta—. ¡Pase ahora!

***

—Dígame —ordenó el coronel García Abauza al teniente que entró en la oficina.

—Mi coronel, hemos recibido por radio otro informe. El contingente acampado fuera del cuartel atacó hace veinticinco minutos. Tuvieron a los gavilleros a dos fuegos.

—¿Quién estaba a cargo del contingente?

—Son soldados del primer batallón de Infantería de Ciudad Juárez.

—Eso lo sé. ¿Quién estaba a cargo del contingente? ¿Por qué tardó en atacar?

—Están bajo el mando del capitán segundo Faustino Arciniega Olea. Acampaban en la ribera opuesta de la laguna porque esta madrugada llegaron del recorrido de inspección. Han recuperado las posiciones del cuartel y avanzan sobre algunos reductos de gavilleros en los bosques situados al pie de la sierra.

—¿Cuántos suponen que atacaron el cuartel?

—Desconocen todavía el número de atacantes. Piensan que otros grupos se emboscaron en los pinares, donde todavía combaten.

—¿Cuántas bajas tenemos?

—No hay reporte aún, mi coronel.

—¿Algo más?

—Sí, las comunicaciones telefónicas están suspendidas. Piensan que los gavilleros cortaron las líneas antes de atacar el cuartel. Una patrulla de soldados se dispone a revisar los postes de cableado telefónico en el camino hacia el Presón de Golondrinas.

***

Los soldados apuntaban con rifles y metralletas. En un jeep se aproximaron dos oficiales.

—¿De dónde vienen ustedes?

Uno de los soldados escribía en una libreta la matrícula de la aeronave.

—Venimos del gobierno del estado y de la zona militar —respondió Jolly Bustos, en la escalerilla de la avioneta.

Uno de los oficiales dudó. La chamarra verde olivo de Jolly, sin insignias, lo desconcertó.

—Soy fotógrafo del gobernador del estado. No perdamos tiempo —agregó Jolly Bustos—. En una hora regresaremos a la ciudad de Chihuahua. Indíquenos a qué oficiales heridos debemos llevar con nosotros. Disponemos de tres plazas para ustedes.

Los soldados franquearon el paso y bajaron las armas.

***

Escóbel cruzó la primera calle. Avanzó por una pequeña pendiente y se detuvo en la

siguiente esquina. Se apoyó contra el muro de una casa. Por la ventana apareció el rostro de un enano adulto; inclinado como ave, miraba incrédulo, con un terror sobrepuesto a la curiosidad. Escóbel revisó la carga del fusil. El olor era penetrante, la pólvora picaba, ardía en la nariz. En la ventana permanecía la cara curiosa y atemorizada del enano; alcanzó a distinguir la sudadera sucia, gris, envolviendo el cuerpo pequeño y robusto. «Vamos —pensó Escóbel—. Ahora, a cruzar el canal.» Se incorporó lentamente. Comenzó a avanzar, a alejarse. El enano seguía con la cara pegada al vidrio.

***

Ramón Mendoza atravesó la vía por delante de la locomotora. Después cruzó el canal y tomó la primera calle. Escuchó que la locomotora volvía a avanzar, lentamente, buscando salir del poblado. Llegó a la casa de Castellanos; se trepó a la barda y brincó. Ya en el corral, una vaca asustada lo embistió; la golpeó en la testuz con la culata del rifle; la bestia bramó y se hizo a un lado. Se propuso atravesar de prisa el corral, pero un perro enorme se interpuso ladrando. Ramón Mendoza extendió hacia el perro negro la culata del rifle M-1, sin tocarlo; el perro pareció comprender; se quedó quieto, gruñendo, con un brillo de precaución en los ojos redondos y claros. El perro abrió el hocico para jadear, sin dejar de mirar alternadamente el arma y a Ramón. Una muchacha de la servidumbre se asomó al corral y llamó al perro.

—Váyase por allá —gritó la muchacha desde la puerta—. Por allá nadie lo verá —insistió, señalando una parte de la barda y el pinar que se extendía fuera del poblado; el perro corrió hacia ella.

Ramón Mendoza brincó la barda. Alcanzó los primeros pinos y decidió regresar hacia el viejo Hospital. Escuchó un tiroteo cerca de ahí, muy cerrado. Se detuvo. Cuando el tiroteo cesó, volvió a avanzar, despacio. Salió de los pinos. Estaba la calle vacía. En ese momento se dio cuenta de que desde hacía rato un sabor amargo se le había prendido en la boca. Trató de escupir. No pudo. Ascendió la cuesta y en lo alto buscó un sitio para apostarse. Su rifle estaba listo; la madera y el metal seguían calientes.

***

Jolly Bustos sintió que atravesaba por un lugar encerrado, no en campo abierto. Faltaba aire, incluso. Se volvió a mirar con la cámara lista: uno de los jóvenes guerrilleros estaba caído junto a la escuela y agonizaba; dos soldados lo tenían encañonado con fusiles. Se volvió a mirar hacia el bosque, intensamente verde ahora desde el Presón, desde la llanura que se extendía detrás del cuartel militar. Un grupo de soldados corría hacia los pinares, disparando. Levantó la cámara nuevamente;

junto a la escuela yacían muertos dos guerrilleros; reconoció el cadáver del doctor Pablo Gómez; en la mano sujetaba una manta que Jolly desplegó: tenía la inscripción «Viva la libertad». Preparó la cámara, pero antes intentó mover el cuerpo.

—No tome eso —le dijo un sargento.

Se dio cuenta de que tres soldados estaban junto a él.

—La bandera. Eso no lo tome.

—Yo vine a fotografiar todo.

—Pero no la bandera. No tome eso.

—Vine a fotografiar todo, son órdenes —contestó Jolly; oprimió dos veces el obturador de la cámara. Luego se alejó unos pasos y tomó el cuerpo entero con la manta desplegada.

***

Escóbel se desplazó hacia los pinares. Remontó al poniente un largo cercado. Al entrar en el crucero lo distinguió una patrulla de cinco soldados. Se apostó detrás de un tronco de pino, pero los soldados siguieron corriendo, como si intentaran tender un cerco. Sin bajar la carabina, Escóbel decidió rechazarlos en el otro extremo. Corrió con celeridad y volvió a distinguirlos al fondo de la pendiente. Se detuvo, apuntó al que se hallaba de pie y parecía dar instrucciones; lo situó en la mira y tiró del gatillo. El soldado cayó. Otro de los soldados se acercó. Escóbel disparó de nuevo; se incorporó y siguió corriendo. Llegó a una pendiente donde el pinar era denso. Se apostó detrás de otro pino. La patrulla disparó una vez más contra él, sin mucha precisión. Escóbel apuntó a uno de los soldados que se había retirado a un lado de la pendiente; a través del rifle volvió a reconocer el golpe suave, quieto, cuando se da en el blanco. Los soldados restantes se retiraron. Pensó que regresarían con refuerzos. Mantuvo su posición en lo alto de la pendiente; ahí permaneció un instante breve, tenso, casi insoportable. Cruzó por el pinar, hacia el edificio antiguo del Hospital. Corrió con prisa, presionado por el silencio creciente del bosque. Luego se quedó de pie, observando el camino que conducía a Madera. Parecía esperar a alguien, estar a punto de gritarle a alguien.

***

El desplazamiento de soldados se notaba en la brecha, cruzando calles, rodeando los pinares. Al fondo, cerca de las barracas del cuartel, Matías distinguió el movimiento de vehículos militares.

—Ésos vienen por nosotros —apremió el chofer Lozano García—. Vámonos ahora mismo.

Matías asintió. Estaba tenso. Subió al camión. Lozano García se puso al volante y

encendió el motor. Se desplazaron con rapidez por la terracería, hacia la sierra.

—Dame un arma a mí también. Yo sé tirar —suplicó Lozano García.

—Lo sé. Primero salgamos de aquí —ordenó Matías.

—No me dejes morir sin defensa —insistió.

—Lo que importa ahora es salir. Vamos, acelera.

—Pero nos alcanzarán. Esos *jeeps* son más rápidos. Si nos aprehenden con el equipo de ustedes, nos matarán a los dos.

—¿Qué propones? —preguntó Matías, mientras revisaba el fusil 22, de precisión.

—Aprovechar el tiempo que tenemos de ventaja.

—Qué propones —volvió a ordenar—. Dímelo.

—En la cuesta hay una curva muy larga y un pequeño llano con mucho matorral. Ahí podemos descargar las mochilas y esconderlas. Yo seguiré con el camión. Si voy solo, me las podré arreglar.

Empezaban a subir por la cuesta arbolada. Por un momento los encinos y los pinares le impidieron ver a Matías los vehículos militares que se habían dispuesto a seguirlos.

—Nos matarán a los dos, te lo aseguro —apremió el chofer.

El camión comenzaba a ascender velozmente por la segunda curva de la cuesta. Entraba el viento frío por las ventanas abiertas.

—De acuerdo. Cada quien por su lado —aceptó Matías.

***

—Tenemos orden de no mover a ninguno de los guerrilleros muertos —insistió el sargento.

Jolly aceptó. Rodearon la barraca de los dormitorios y avanzaron hacia el cuartel. Cerca de la vía de ferrocarril, en una zanja, Jolly reconoció a Arturo Gámiz. Le vio destruida la parte trasera de la cabeza. A un lado de Gámiz yacía un joven de nariz aguileña, de tez blanca. Mientras se dirigían al cuartel, Jolly tomaba fotos de los grupos de soldados que aún corrían hacia el bosque y hacia la presa. Distinguió varios cuerpos caídos en los alrededores, entre las zanjas. Al entrar en el cuartel, tenía ya preparada la cámara de nuevo. Estaban concentrando los cadáveres de los soldados y reportando a los heridos. Había trece cadáveres de soldados puestos en hilera.

—Usted es el fotógrafo del gobernador y de la zona militar, ¿no es así? —preguntó un capitán y no aguardó a que Jolly Bustos contestara; agregó—: tenemos dos heridos graves. Necesitamos que los transporten a la ciudad de Chihuahua.

—Ahora mismo, capitán. Que los lleven al avión. De inmediato nos iremos. Quiero sólo registrar la zona del cuartel donde se apostaron los guerrilleros.

***

El comandante Tiburcio Garza Zamora entró en las oficinas de la zona militar.

—Diga —ordenó al coronel García Abauza.

—Es poco lo que tenemos.

—Diga, quiero escucharlo.

—A las 5:45 horas dos docenas de soldados desarmados salieron del cuartel general; en las manos llevaban los utensilios para recibir el «rancho».

—Dos pelotones, a las 5:45.

—Así es, mi general. A las 5:50 horas oyeron las primeras detonaciones. Los soldados que permanecían en la barraca principal, en los dormitorios, empezaron a contestar el fuego que provenía de tres puntos diferentes. La gavilla se parapetó en una escuela, en una iglesia y tras los terraplenes de la ferrovía, en semicírculo. A esa hora la oscuridad era absoluta y los soldados sólo disparaban sobre los lugares donde veían los fogonazos. Cuando pudieron organizarse, avanzaron primero sobre los atacantes que estaban apostados en la escuela y en la iglesia; después de abatirlos, procedieron a defenderse de los demás. A las siete y media de la mañana dejaron de disparar los gavilleros.

El coronel extendió varios papeles, tenso.

—Primero nos indicaron que habían atacado al Batallón con rifles de alto poder, granadas, bombas molotov y bombillos de dinamita. Ahora nos informan que quizás fueron catorce los asaltantes. Ocho de ellos están muertos y seis lograron huir a la sierra, aunque dos gravemente heridos.

—Deme los nombres.

—Aún no los identifican, general.

—¿Estaba Arturo Gámiz con ellos?

—Suponemos que sí. Hay un fotógrafo que trata de reconocer algunos cadáveres.

—¿Un fotógrafo?

—Lo envió el gobernador.

—¿Están idiotas? ¿El gobernador?

—Va a transportar en su avioneta a dos sargentos gravemente heridos.

—¿Tiene algo más?

—Sí, general. A las 7:30 horas acabaron con los asaltantes. Los prófugos huyeron rumbo a Cebadilla de Dolores, le repito. Tras ellos fueron varios pelotones del mismo primer batallón de infantería. Informan que la gavilla utilizó dos rifles de 7 milímetros, tres 30.06, dos máuseres, una escopeta y dos rifles calibre 22; granadas, que hace meses habían quitado a un pelotón que asaltaron en la sierra; cartuchos de dinamita en tubos de fierro de dos pulgadas y bombas molotov. Se encontraron cerca de la escuela, escondidos entre los matorrales, varios tanques de gasolina. Creen que los asaltantes planeaban incendiar las barracas del cuartel, porque son de una madera vieja, que hubiera ardido fácilmente.

—¿Una escopeta, dijo? ¿De postas?

—No estoy seguro, mi general.

—Debe recargarse después de cada disparo, ¿verdad?

—Pienso que sí, mi general. Pero ignoro si es de postas o de un solo proyectil.

—¿Con estas armas querían tomar una guarnición con ciento veinte soldados?

—Así parece, general.

—¿Estaban locos? ¿Les urgía morir?

***

Florencio se introdujo en la milpa. Avanzó con rapidez en el maizal. Sentía adormecida la pierna. No muy lejos, quizás cerca de los cuarteles, volvió a escuchar un nuevo tiroteo. A veces se confundía el eco de los tiros con el roce de las cañas y las hojas de las mazorcas. Entró en una huerta; la atravesó y cruzó por una pequeña corriente de agua. Siguió el cercado de otra huerta hasta llegar a campo abierto y ascendió la colina donde se elevaba una antena de radio. Hubo un nuevo tiroteo lejos del cuartel, no podía precisar el rumbo. Dio un rodeo por las peñas y entró en el bosque. Debía internarse en la sierra y avanzar hacia Casas Grandes. De pronto le dolió la pierna, una punzada ascendió por el muslo y llegó a la cintura. El pantalón de mezclilla estaba ensangrentado. Trató de concentrarse en el ritmo de sus pasos, para no apoyarse demasiado en la pierna herida.

***

Cuando entró en el avión, Jolly Bustos alcanzó a escuchar la acelerada respiración de uno de los sargentos. Se volvió a mirarlo. Estaba sudoroso, amarillento. Pensó que iba agonizando. Miró al otro.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó.

El sargento tardó en contestar. Su respiración era normal y no transpiraba, pero en los ojos empequeñecidos se transparentaba dolor.

—Sorprendió a un guerrillero y logró abatirlo —comenzó a explicar—. Pero le dio la espalda y el guerrillero herido le disparó dos veces.

Jolly Bustos lo miró de nuevo. Respiraba con dificultad y se veía cada vez más amarillento. Deseó que no muriera durante el vuelo. Despegaron. Jolly mentalmente trató de situar a los soldados caídos. Hacia la masa del bosque, hacia el sur de Ciudad Madera, donde había estado escuchando disparos, algún guerrillero o algunos soldados más habrían muerto. Quizás fueron dieciocho soldados muertos, pensó. Miró el reloj. Eran ya las nueve de la mañana.

***

Ramón Mendoza vio a una persona que corría por la calle. Ajustó el rifle, tenso. La

persona fue ascendiendo la cuesta, rápido, aproximándose al viejo Hospital. Era Escóbel. Cuando llegó a él, sintió el aroma de la pólvora nuevamente. Era un olor picante, que lo inquietaba, lo alteraba.

—¿Qué pasó? —preguntó Escóbel; parecía reclamo.

Ramón Mendoza tardó en contestar. Ambos quedaron atentos, mirando la cuesta.

—Vendrán sobre nosotros, no tardan —dijo Escóbel.

—¿Oíste el tiroteo hace unos momentos? —preguntó Ramón Mendoza—. Muy cerca de aquí.

—Acabo de detener a una patrulla de soldados —respondió Escóbel—. Creo que tumbé a dos de ellos. Ése era el tiroteo.

Ambos siguieron atentos, mirando la cuesta.

—Ya perdimos —comentó Ramón secamente.

Vieron aparecer al fondo de la calle un puñado de soldados. Apuntaron con calma y dispararon contra ellos. Los vieron caer.

—¿Les dimos o sólo se asustaron? —preguntó Escóbel.

—Yo sentí que le di a uno.

Se mantuvieron en el mismo sitio. Aparecieron al fondo más soldados. Volvieron a disparar. También los vieron caer. La calle quedó por un momento desierta. Los soldados permanecían sin moverse. Un vehículo apareció al fondo, desplazándose muy lentamente.

—Es de los inditos —comentó Ramón Mendoza.

Escóbel asintió sin hablar. El vehículo se detuvo. Luego se echó en reversa, con el motor forzado, y se fue.

—Hirieron a Florencio cuando nos retirábamos —comentó Escóbel.

CAPÍTULO SEGUNDO

A cien metros del camino de terracería, Matías depositó el equipo y lo cubrió con ramas de pinos y de encinos. A los pocos minutos escuchó motores que aceleraban. Dos camionetas *jeep* ascendieron velozmente por la cuesta. Cada vehículo transportaba algo más de una docena de soldados. Matías permaneció tendido en la tierra, oculto entre los matorrales. Cuando dejó de escuchar los motores se incorporó. El viento frío de la mañana era más intenso en la cuesta. Había un profundo silencio, el mismo que había conocido muchos años atrás. Ahora le parecía que el silencio de la sierra se acercaba a él como algo familiar, que lo reconocía. Avanzó de prisa para retornar a Madera. Por un instante contempló la llanura de la ciudad, el amplio trazo de las calles, los pinares que rodeaban las abundantes milpas y huertos. Desde esa altura la tierra parecía quieta, armoniosa, sin mácula. Descendió por la cuesta. Caminó más de media hora por las faldas de la sierra. Había soldados en muchos sitios. Ya en la llanura, bordeando las huertas y los pequeños ranchos de los alrededores, se aproximó a una zona cercana al canal y a las vías del tren. Quería acercarse al cuartel. Se introdujo en un pequeño rancho. A la distancia, un hombre junto a la barda observaba el movimiento de los soldados en las calles aledañas. Era el encargado del rancho. El hombre lo escuchó y avanzó hacia él; vio a Matías sucio, mal vestido, con una pistola escuadra 38 fajada en la cintura y un fusil. Ambos oían el desplazamiento de soldados, motores de vehículos, disparos aislados, distantes. El hombre escuchó la explicación de Matías con paciencia. Pasaban ya de las diez de la mañana. Matías dudó un instante; bajó el fusil.

—No entrarán los soldados aquí —repitió el hombre—. Este rancho es propiedad del presidente municipal y ellos lo saben. Pero usted no puede estar con esa ropa. De un momento a otro llegarán los trabajadores.

—Necesito otra cosa. Que vaya al cuartel —pidió Matías.

El hombre no entendió. Se quedó inmóvil, esperando que Matías continuara.

—Infórmese cómo terminaron las cosas. Necesito saberlo.

El encargado del rancho permaneció callado un momento.

—Traeré ropa y comida —contestó—. Después del mediodía iré a informarme, le aseguro.

—No se equivoque.

—No se preocupe. No tendrá daño.

***

Escóbel y Ramón Mendoza continuaron apostados entre los pinos. Parecían descansar

a pesar de la tensión. Al fondo, la gente se reunía y algunos soldados comenzaban a incorporarse. Llegó una camioneta roja. Varios ganaderos se acercaron a ella y conversaron en el crucero con policías municipales. Mendoza apuntó con el rifle. Tronó el disparo. La camioneta arrancó de nuevo y los demás corrieron abajo, hacia la ciudad. El crucero quedó vacío. Caminaron a lo largo del claro, saliendo de los pinos. Vieron una patrulla militar. Intentaron ocultarse, pensando que ya era inútil, pero la patrulla desapareció por el crucero.

—Vámonos —propuso Mendoza.

Escóbel pareció asentir con un leve movimiento de cabeza. Sin embargo, permanecieron allí, esperando. Avanzaron hacia el crucero. Lo hicieron lentamente.

—No se ve nada —comentó Escóbel.

—Ya nos los mataron —dijo Ramón Mendoza.

Regresaron. Se detuvieron de nuevo, vigilando. No aparecía ningún compañero.

—Hubo bajas, de seguro —insistió Mendoza.

Escóbel asintió. Habían estado mucho tiempo ahí, en lo alto de la pendiente, quizás más de una hora.

—¿Te queda parque? —preguntó Ramón.

—Más de quince tiros. ¿Y a ti?

—Suficientes. Más de treinta.

Continuaron en silencio algunos minutos. Parecía que una prisa flotaba en el ambiente; la respiraban, la reconocían.

—Vámonos —aceptó Escóbel.

***

—Habla Jolly Bustos. Voy saliendo de las oficinas del periódico. ¿Sigue ahí el capitán López?

La voz llegaba lejana por el auricular negro y pesado.

—No —dijo por fin la voz con claridad—. Envió a su hijo, a León López. Ya está en el hangar, revisando la avioneta.

Jolly Bustos miró el reloj, eran las diez y media de la mañana. Luego agregó:

—Llegaré en menos de quince minutos.

***

—Acabo de girar instrucciones al jefe de la Cuarta zona militar —se escuchó por teléfono la voz del secretario de la Defensa.

—Entiendo, mi general —contestó Tiburcio Garza Zamora, en el teléfono de la comandancia militar de la ciudad de Chihuahua.

—El general Sánchez Acevedo se encuentra ahora en sus oficinas de Hermosillo.

Comuníquese con él para que se coordinen las dos zonas militares. Ahora el gobierno de la república no quiere ningún tipo de gavilla en la sierra de Chihuahua, general. Y esto incluye a narcotraficantes y abigeos.

—Le informo que movilicé nuestras fuerzas hacia Madera y también al sur del estado.

—No entiendo, ¿cuáles fuerzas?

Hubo una interrupción en la comunicación. El general Tiburcio Garza Zamora tardó en oír de nuevo la voz del secretario de la Defensa.

—A Madera envié dos escuadrones del vigésimo regimiento de caballería —volvió a explicar—. Y a Guadalupe y Calvo envié el escuadrón que teníamos destacamentado en Ciudad Camargo.

—Muy bien, me parece muy bien —escuchó por el teléfono la voz lejana, pero ahora con más vigor—. He decidido enviar fuerza aérea para la vigilancia de la zona. Contará con ella en cuestión de horas.

***

El tiroteo había cesado hacía tiempo en los alrededores de las dos barracas del cuartel. Tiroteos aislados y lejanos se habían sucedido hacia el sur y el oeste. Ahora Francisco Ornelas escuchaba ruido de motores, gritos ocasionales y distantes. Salió de la casa de Pacheco, atravesó la calle y entró en un jardín. La hierba estaba crecida; se ocultó detrás de un pino cuyas ramas caían muy cerca del suelo. Revisó la mochila, que pesaba más en el hombro derecho; la lona y el plástico del interior estaban perforados por una bala. Nadie había en el jardín; revisó el cercado de tablas sin pintar, húmedas. Pasaban de las diez de la mañana. Quizás eran ya las once. Desde ahí contemplaba una huerta, el primer punto de reunión que habían previsto. No sabía a dónde ir. Desconocía el lugar, la sierra. Permaneció mucho rato sentado, apoyado en el tronco del árbol. Junto a una vereda distinguía unas milpas abundantes; pensó que era un buen lugar para esconderse. Oyó voces. Dos soldados conversaban apaciblemente, como si pasearan. Los vio alejarse por la calle, sin prisa. Cuando desaparecieron, salió del jardín y atravesó la vereda. Era casi mediodía.

***

El capitán segundo Joaquín Suárez Hernández entró en la oficina del coronel García Abauza.

—Se efectuó ya un registro de las ropas de los atacantes muertos. Identificaron quizás a cuatro de ellos —informó el capitán.

—¿Cuáles son los nombres, capitán?

—Dos de ellos traían identificaciones personales. Uno, el doctor Pablo Gómez;

otro, un estudiante de Derecho llamado Rafael Martínez Valdivia. El fotógrafo insiste en que uno de los cadáveres destrozados es del profesor Arturo Gámiz. Varios campesinos afirman que otros dos cadáveres son de Salomón y Antonio Gaytán.

—¿Varios campesinos?

—Han puesto los cadáveres de los gavilleros en la plataforma de un camión que se usa para trasladar madera. Les llaman camiones troceros. Los han expuesto como advertencia a posibles cómplices y para que algunos vecinos los identifiquen.

—Es posible que uno de los cadáveres sea el del estudiante Pedro Uranga Rohana, capitán. El doctor Francisco Uranga se ha comunicado con el gobernador y ha pedido autorización para revisar los cadáveres. Algunas de la armas usadas en el ataque, deportivas, de precisión, eran de su propiedad.

—Así lo informaré a la guarnición, mi coronel.

—Informe también que el doctor Uranga llegará en unas horas para el reconocimiento del cadáver de su hijo. Este muchacho se remontó a la sierra con otro estudiante, Juan Fernández, quien posiblemente también estuviera entre los atacantes.

—Daré sus instrucciones de inmediato, mi coronel.

—Prosiga.

—Nos informaron que junto al cadáver del doctor Pablo Gómez había también otro muerto; cerca de ellos se localizaron una granada de mano sin utilizar, varios botes con gasolina y dos metros de mecha lenta. Otro cadáver quedó a un lado de la Capilla de San Pedro. Otro más, en la estación de Ferrocarriles, y el octavo, bastante lejos del cuartel, al pie de la barda de un corralón. En los bolsillos de la camisa del doctor Pablo Gómez encontraron otra información; creen que se trata de una parte del plan de ataque contra el destacamento militar. Me lo dictaron completo.

El coronel tomó el apunte. Leyó en silencio: «Tarea: Poner gasolina. Regresar camino Ariseachic. Bajar y esconder bien las cosas. Que regrese el carro a Chihuahua. Dos a Ariseachic. Uno a Madera, que saldrá de Guerrero. Los que se queden esperan a los que se vayan y estar listos por los demás compañeros.»

—No le veo sentido. Pero los sitios mencionados pueden estar señalando la existencia de cómplices. No será difícil investigar sus enlaces en Ariseachic y en Guerrero. En Madera y en Chihuahua sería más lento, pero no imposible.

—En las ropas de otro cadáver encontraron un plano donde están esbozados el cuartel, la escuela primaria Guadalupe Ahumada, la Capilla de San Pedro, la estación y algunos edificios cercanos. Cada lugar está marcado con un número y al margen hay una relación de nombres. Creen que el cadáver corresponde al del profesor Arturo Gámiz.

—¿Qué nos han informado de ese documento? —preguntó el coronel García Abauza.

El oficial le entregó el listado. El coronel lo revisó largamente. Una llamada telefónica del general Garza Zamora lo interrumpió. Pidió al capitán que se retirara.

—Sí, general, estoy al tanto —respondió en el teléfono—. Han llamado de la

Secretaría de gobernación, lo sé. Estoy revisando ahora los informes que nos han enviado por radio. Algunos venían en clave, sí. También estoy enterado de los oficiales que los recibirán a usted y al señor gobernador. Les he notificado que ahora se encuentra usted en las oficinas del gobernador y que despegarán del aeropuerto de Chihuahua en una hora, mi general. Sí, de acuerdo. Le aseguro que estamos al tanto de todo. Le haré llegar la información necesaria al aeropuerto, para que la considere con el señor gobernador. Sí, mi general, enseguida. Así lo haré, se lo aseguro.

El coronel García Abauza colgó el auricular y se levantó del escritorio, atravesó la oficina y abrió la puerta. Pidió a un asistente que le llevara una taza de café y un vaso de agua.

—Capitán, pase —agregó—. Volvamos a este asunto.

Extendió en el escritorio el documento que había estado analizando hacía unos momentos.

—Piensan que se trata del plan de asalto, mi coronel —reiteró el capitán.

—Sí, es muy posible que sea la distribución de gavilleros y armas en tres posiciones de ataque —aceptó el coronel; luego se demoró un momento más revisando el documento—. En la primera posición, que aquí sólo identifican con el número 1, debían apostarse Luis, Daniel, Manuel y Martín con un rifle 7 milímetros, otro 22, una escopeta y un 30.06. En la segunda posición debían estar Alfredo, Ernesto y Víctor con un rifle 7 milímetros, otro rifle 22 y otro 30.06. En la tercera posición debían colocarse Hugo, Alex y Carlos con dos rifles 30.06 y uno 7 milímetros; ellos, además, contaban con granadas y bombas molotov. Diez atacantes en total, con insuficiente equipo.

—Aparecen tres nombres más sin especificaciones, mi coronel —explicó el capitán.

—Sí, lo veo: Jesús, Rafael y Rogelio, sin describir su posición ni el tipo de armamento.

—Hay uno más aquí, con el número siete, mi coronel.

—Tiene razón. Serían once los atacantes, entonces.

—Son trece nombres, mi coronel, pero no aparece el del profesor Arturo Gámiz. Piensan que fueron catorce los asaltantes.

—Yo no estaría tan seguro. Los nombres podrían ser encubiertos.

—Le informo que planos iguales, sólo que sin la relación de nombres, fueron encontrados en las ropas de otros cadáveres.

—Posiblemente sólo el jefe conservaba la lista de nombres y armas.

—Este plano se encontraba precisamente en las ropas del que reconoció el fotógrafo como Arturo Gámiz.

—No podemos saber aún si se trataba de él. ¿Encontraron más documentos?

—El doctor Pablo Gómez traía una fotografía donde aparecen su esposa y sus cinco hijos, y documentos membretados de la Unión general de obreros y campesinos de México, la UGOCM, con listas de nombres. Piensan que el más útil podría ser una

carta dirigida a la señora Luz Holguín de Sierra, que vive en Ciudad Juárez, firmada por la secretaria de esa organización, Guadalupe Jacott.

—¿En Ciudad Juárez?

—Así es, coronel.

—¿Podría estar vinculada con alguno de los gavilleros?

—Piensan que uno de los cadáveres no identificados es el del hijo de esta señora. Porque los habitantes de Madera sólo han identificado, como lo he dicho, los cadáveres de dos campesinos de la región, los de Antonio y Salomón Gaytán. Los demás son desconocidos.

—Pero el fotógrafo afirma haber reconocido a Gámiz, pues.

—El cadáver tiene destrozada la parte posterior de la cabeza y se le recorrieron el cuero cabelludo y la frente; está muy quemado, dicen. Creen que uno de los bombillos de dinamita le explotó en las manos a su compañero. Quedaron destrozados.

***

Jolly Bustos se acercó al corral. Aún olía a ganado. Se confundía el olor de las heces de vacas y de caballos. Ahora eran campesinos. Ciento cincuenta campesinos, posiblemente más, detenidos en el corral. Reconoció a uno de ellos. Levantó la cámara. Oprimió el disparador varias veces, mientras se acercaba al hombre, tomando fotos de los distintos grupos. Hablaban en voz baja, con un rumor que parecía evaporarse con el calor de la mañana. Tomó fotos de los soldados que custodiaban el corral.

—¿Por qué lo trajeron a usted?

—Aquí nos han tenido varias horas.

—Sígame —ordenó Jolly Bustos.

El campesino se ajustó el sombrero y pasó su mano enorme y curtida por la barbilla.

—Sígame —insistió Jolly—. Cargue esta maleta, como ayudante nuestro.

El campesino extendió el brazo para tomar la maleta. Comenzaron a abrirse paso. La tierra estaba lodosa, sucia.

—Necesito ahora fotos de las armas —informó Jolly a un sargento.

—¿De los guerrilleros? —preguntó el sargento.

—Sí, de los guerrilleros.

El sargento llamó a un soldado.

—Lleva a los señores al cuartel, para que tome las fotos de las armas. —Luego se dirigió a Jolly Bustos—: Vaya con él.

***

Dejaron atrás la pendiente. Entraron entre los pinos. Avanzaron con rapidez y ascendieron hacia Las Lajas. La tierra estaba húmeda y blanda. Las ramas caídas tornaban peligroso el terreno y resbalaban de pronto por varios metros. Llegaron a una plataforma de roca oculta entre los pinos. Sólo se elevaba la roca, lisa, casi tallada. En la plataforma, en lo alto, con ramas secas de pino, acondicionaron una zona mullida.

—Primero duerme tú —aclaró Ramón Mendoza—. Yo cuidaré.

Escóbel se apartó para orinar. Luego masticó el corazón de un pedacito de rama. Escupió. Se abrió un poco la chamarra y se tendió sobre la alfombra de ramas. Colocó su fusil 30.06 al lado. Ramón Mendoza permaneció vigilante. Debajo del risco veía que se desplazaban patrullas de soldados en dirección de Las Lajas. Iban y regresaban por la vereda, sin salirse de ella, sin arriesgarse a penetrar en los pinares. Hacia el mediodía, Ramón Mendoza notó que disminuyeron los contingentes, pero siguieron pasando patrullas de pocos soldados. Luego comenzó a crecer el silencio corporal de la sierra, la quietud del aire, la frescura de los pinos. En el silencio de la sierra parecía incorporarse su propia respiración. Todo tenía el mismo olor, la misma calidad de silencio, de espera. Escóbel despertó.

—Ahora duerme tú —le aconsejó a Ramón.

***

El camión se bamboleaba suavemente mientras avanzaba. Era un camión para transportar troncos de árboles. En la plataforma descubierta iban tendidos los ocho cadáveres de los atacantes al cuartel. Se movían de un lado a otro los cuerpos, conforme las piedras y los hoyancos de la calle sin pavimento dificultaban o facilitaban el avance del camión.

—¿Qué pasa? —preguntó Jolly Bustos al sargento que lo acompañaba.

—Son gavilleros muertos —contestó el sargento.

—Ya sé que son los guerrilleros muertos. Pero, ¿qué significa esto?

—El camión recorre las calles como escarmiento para los simpatizantes de los gavilleros.

En la plataforma, junto a los cadáveres ensangrentados y sucios de tierra y lodo, iban de pie, sujetándose de la reja de madera de la cabina, seis jóvenes. Parecían gozar de una fiesta. Miraban a la gente que contemplaba el paso del camión y saludaban a algún conocido. Venían sentados en la cabina dos campesinos; un muchacho estaba de pie en el estribo, sujetándose de la puerta. Varios soldados, con los rifles empuñados, rodeaban el camión. Jolly tomó varias fotos. Se acercó a la tarima. Sintió el olor de madera, de tierra. El conductor aceleró el motor y Jolly tuvo que apartarse. El camión arrancó de nuevo y avanzó lentamente en el lodo y los hoyancos de la calle. Los cadáveres se movían en la tarima como delgados troncos

que fueran chocando unos con otros, blandamente, sin follaje, pero sucios de tierra y de lodo como los árboles reales, ensangrentados y serenos, como las cosas vivas.

***

—Está en la línea directa una llamada de la Secretaría de gobernación, licenciado.

Vicente Grajeda Pedraza, secretario de Gobierno del estado de Chihuahua, levantó el auricular. Escuchó una voz pausada y grave del otro lado de la línea.

—Sí, soy Grajeda Pedraza —reiteró.

—Un momento —respondió la misma voz, sin prisa—. Le va a hablar el señor secretario de Gobernación, el licenciado Luis Echeverría Álvarez. Le comunico.

Vicente Grajeda le pidió a su asistente que acercara los documentos de la zona militar. La línea telefónica pareció interrumpirse, luego escuchó la voz del secretario de Gobernación.

—Licenciado Grajeda, le llamo para estar enterado de primera mano. Le escucho, por favor.

—Estamos preparando un amplio reporte con la lista de los cadáveres que hemos logrado identificar, señor licenciado.

—Necesitamos información no solamente de los que atacaron el cuartel. Tengo entendido que el grupo operaba desde hace tiempo.

—Así es, licenciado.

—Necesitamos información sobre todos los integrantes de la guerrilla.

—Entiendo, licenciado.

—Tengo ante mí una carta fechada el 20 de septiembre y firmada por el licenciado Guillermo Gallardo.

—Sí, el director del periódico *Índice*. Es conflictivo, no le debe hacer mucho caso.

—Permítame leerle un párrafo.

—Por supuesto.

—Está firmada en la penitenciaria del estado de Chihuahua, hace tres días. Dice así: «En la sierra de Madera se encuentra remontado un grupo de jóvenes de dieciocho a veinticinco años que intentan practicar la guerra de guerrillas. El general Giner se negó a escucharlos cuando acudieron ante él para denunciar los atropellos cometidos por los caciques José Ibarra y Tomás Vega y comisionó a dos grupos de Agentes de la Policía del Estado para que los aprehendieran y asesinaran. Los compañeros del profesor Arturo Gámiz sorprendieron a los polizontes, los despojaron de sus armas y los despacharon a pie y en calzoncillos a pedir auxilio. Estos jóvenes que perdonaron la vida de quienes iban a asesinarlos no se han levantado en armas contra el Gobierno Federal; protestan contra la actuación del Gobernador del Estado por la intranquilidad que impera aquí desde hace tres años…»

—En el informe que le estamos preparando le explicaremos ampliamente estos

puntos, señor secretario.

—Espero su reporte. Llámeme cada hora para tenerme al tanto de lo que ocurra. No está por demás decirle que el asunto nos preocupa enormemente.

—Lo entiendo. Así lo haré.

***

—Lo principal de los comunicados que están entregando en la comandancia de la Quinta zona militar es que la región de Madera está en completa calma —explicó Octavio Sandoval en la redacción del periódico *El Heraldo*, en la ciudad de Chihuahua.

—¿Y de los aviones de guerra?

—Los aviones y el batallón de paracaidistas llegarán después de las cuatro de la tarde. Permanecerán aquí mientras la Secretaría de la defensa no gire otra orden. No se sabe quién estará al mando de las fuerzas militares en Ciudad Madera. Se habla del general Gonzalo Bazán Guzmán.

—El jefe de la guarnición de Juárez, ¿no es así?

Octavio Sandoval asintió.

—Además encontraron varios documentos importantes en la ropa del doctor Pablo Gómez y de Arturo Gámiz. En cuestión de horas podríamos tener información y reproducción fotográfica de ellos.

—¿Para incluirlos en la edición de mañana?

—Así me lo aseguraron.

***

La avioneta inició el descenso lenta, suavemente. Jolly Bustos sintió cansancio. Se aproximaban por segunda vez en la mañana a la pista del aeropuerto de la ciudad de Chihuahua. A lo lejos, vieron despegar un avión militar de diez plazas. El piloto lo señaló cuando se disponían a entrar en la ruta de la pista.

—Me informa la torre de control que ahí van el general Giner y el general Garza Zamora —gritó a Jolly Bustos.

—¿Van a Ciudad Madera? —preguntó Jolly, acercándose al piloto.

El piloto asintió, concentrado en el descenso hacia la pista.

Jolly se rió. Le parecía absurdo que apenas fueran despegando el gobernador y el jefe de la Quinta zona militar.

***

Abordó rápidamente el automóvil.

—Aquí está la segunda extra del periódico *Norte* y también de *El Heraldo.*

Álvaro Ríos asintió.

—Vámonos —pidió—. Tomemos de nuevo la carretera.

Comenzaron a alejarse del centro de la ciudad de Chihuahua.

—¿Dejamos algún mensaje para los compañeros en la oficina? —preguntó el conductor.

—Ahora no buscaremos contacto con ninguno —respondió Álvaro Ríos—. No debemos detenernos. En Durango lo haremos, aquí no.

Álvaro Ríos se volvió hacia los dos compañeros que iban en el asiento trasero.

—Dame la extra de *El Heraldo* —pidió—. No, espera —corrigió—, mejor lee tú en voz alta.

Benito Arredondo extendió la hoja del periódico en el asiento y se dispuso a leer.

—«A las 13 horas, el general Tiburcio Garza Zamora, comandante de la Quinta Zona Militar, recibió aviso por radio de que el secretario de Gobernación, licenciado Luis Echeverría, pedía informes sobre lo ocurrido en Madera. Se le informó pormenorizadamente de los hechos, manitestándole que la situación quedó completamente controlada, salvo el caso de la persecución de seis asaltantes que lograron huir. La tropa que queda destacamentada en Madera recibió instrucciones de permanecer alerta las 24 horas y se está recomendando a todos los habitantes que no salgan de la ciudad a menos que sea por asuntos de mucha importancia, cuidando de no pararse en el camino y regresar a la ciudad si ven algo sospechoso.» Es todo lo que dice, y hay fotografías de los compañeros muertos.

—Empieza a leer la otra, la de *El Norte.*

Extendió la hoja del otro periódico. Estaban ya por entrar en la carretera panamericana.

—«Poco después de las 12 horas pudo aterrizar en Ciudad Madera el avión en que viajaban el Gobernador del Estado y el Jefe de la Quinta Zona Militar. Los generales Giner y Garza Zamora se encuentran practicando las primeras investigaciones de los sangrientos sucesos ocurridos hoy a las cinco de la mañana. Mientras tanto, en los bosques cercanos al aeropuerto, prosigue el tiroteo aislado. A cada momento se reciben informes de nuevas bajas de ambos bandos. Si los primeros informes hablaban de que el grupo de “guerrilleros” se componía de unas 30 o 40 personas, ahora se habla de que el grupo atacante asciende a más de cien personas, muchos de ellos campesinos, dirigidos por estudiantes y maestros de la guerrilla del profesor Gámiz. El Secretario de Gobernación, licenciado Luis Echeverría, está llamando cada media hora al Secretario General de Gobierno, licenciado Vicente Grajeda, pidiéndole informaciones de los hechos ocurridos en Madera. Tanto el licenciado Grajeda como el coronel Antonio García Abauza, Jefe de Estado Mayor de la Quinta Zona Militar, han proporcionado las informaciones lacónicas y escuetas disponibles hasta el medio día de hoy.»

—No lo creo —dijo Francisco Contreras.

—¿Quién escribió eso? ¿Más de cien personas?

—Difícil de creer —comentó Álvaro Ríos.

***

—Mi coronel, acaban de aterrizar en el aeropuerto de la ciudad los cuatro jets T-33 de la Fuerza aérea. Llegaron exactamente a las 4 horas con 45 minutos.

—¿Tiene los nombres de los mandos?

—Capitán Salinas Pallares y tenientes Ítalo Manca, Víctor Cansino y Gregorio Zenteno.

—¿Y del batallón de paracaidistas?

—Sus dos transportes aéreos están por aterrizar. Cuando lo hagan, se lo informaré de inmediato, coronel. Además, nos dijeron que después de las siete de la tarde vendrán en un *aerocomander* de la Procuraduría general de la república, desde San Luis Potosí, dos agentes del Ministerio público federal para ocuparse de la investigación del asalto al cuartel. Son los licenciados Javier García Travesí y Salvador del Toro Rosales.

—Del Toro Rosales ya ha estado aquí, ¿no es así?

—El año pasado, mi coronel. Primero nos reportaron que vendría el subprocurador Franco Rodríguez, pero llegarán estas dos personas.

El coronel esperó a que el capitán segundo revisara las notas que traía en una pequeña carpeta negra.

—No se ha logrado mucho en la identificación de los asaltantes —agregó—. Pensaban que uno de los cadáveres correspondía a Salomón Gaytán. Los vecinos dicen que se trata de su hermano Antonio. Y el doctor Francisco Uranga afirmó que ninguno de los cadáveres que revisó correspondía al de su hijo, Pedro Uranga Rohana.

—¡Cómo! ¿Está seguro el doctor?

—Completamente. Lo acompañó en la revisión de cadáveres el teniente coronel Jorge Díaz Arellano. Así que sólo tenemos identificados a Arturo Gámiz, a Pablo Gómez, a Rafael Martínez Valdivia y a Antonio Gaytán.

***

En el pasillo del aeropuerto los periodistas rodearon al gobernador.

—No ha pasado nada, absolutamente nada —repitió el gobernador.

—¿Por qué envió la Secretaría de la defensa, entonces, cuatro aviones militares tipo Caza T-33? —preguntó el periodista de *El Heraldo.*

—Son movimientos rutinarios, señores.

—¿También el batallón de fusileros paracaidistas de la Fuerza aérea y el avión

cisterna DC-6, con veinte tambores de combustible?

—Todo esto es normal en las actuaciones de la Secretaría de la defensa. No veo nada anormal. La Secretaría de la defensa debe estar alerta.

—Pero lleva dos años la guerrilla del profesor Arturo Gámiz —comentó el reportero de *El Norte.*

—Son gavilleros. Han estado fuera de la ley asaltando y causando disturbios. Les repito, señores, no ha pasado nada. Eso que dicen que hubo es como si estuviéramos aquí platicando y luego nos fuéramos a nuestra casa, sin que nada hubiera pasado. Lo repito, así es, no pasó nada, absolutamente nada.

***

—Ya está aquí el general Garza Zamora —informó Octavio Sandoval en la redacción de *El Heraldo,* en la ciudad de Chihuahua.

—¿En sus oficinas?

—Sí, hace unos minutos rindió un informe por teléfono al secretario de la Defensa. Todo está controlado, insisten en la zona militar. Y se supone que por la tarde el secretario de Gobernación, Luis Echeverría, habló también por teléfono con el general Giner.

—¿Qué se hará con los cuatro aviones de caza y el batallón de paracaidistas?

—Estarán aquí mientras lo ordene el secretario de la Defensa, aunque aseguran que no son necesarios. El general Garza Zamora pidió que insistiéramos en que los llamados «guerrilleros» cometieron un error al querer amedrentar a una partida militar compuesta por 125 hombres, que se les dio su buena lección y los principales cabecillas ahí quedaron, a pesar de que los miembros de la gavilla se encontraban perfectamente emboscados.

—¿Algo más?

—Antes de regresar de Madera dejó al frente de las tropas al general Bazán Guzmán, comandante de la guarnición militar de Ciudad Juárez. Le ordenó perseguir a uno de los atacantes herido en la refriega. Le ordenó que lo aprehendieran vivo y que no se le atacara a menos que él hiciera fuego.

—Pero es posible que la situación sea más compleja —comentó Octavio Sandoval—. Extraoficialmente se dice que el general Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa nacional, se dispone a viajar a Chihuahua esta misma tarde. Quiere evaluar personalmente las investigaciones del ataque al cuartel.

***

Matías vio que el encargado del rancho entraba en la huerta. Pasaban de las seis de la tarde. Lo llamó por señas. El encargado se encaminó hacia él. Traía de nuevo comida.

—Hay menos movimiento de soldados —le explicó—. Se están concentrando en el cuartel y en la ciudad.

—¿No habrán quedado patrullas en la sierra?

—No se van a arriesgar. Temen que vuelvan otros guerrilleros en la noche.

Matías trató de sonreír y movió la cabeza, lentamente, en parte negando, en parte reflexionando.

—¿Qué información traes de mi gente?

—Dicen que murieron ocho atacantes y que los demás huyeron por la sierra de Cebadilla, dos de ellos mal heridos.

—¿Por la sierra de Cebadilla?

—Eso dijeron.

—¿Te dieron los nombres de los muertos?

—Dijeron que cayó el profesor Arturo Gámiz. También un Gaytán y un Escóbel. A los demás no los conocían.

—¿Y el doctor Pablo Gómez?

—No me hablaron de ningún doctor. Creo que todavía no saben.

Comenzaba a oscurecer. Corría por la huerta el viento frío y húmedo. Un perro del rancho se había acercado a ellos; se echó a un lado del encargado, quieto, jadeando.

—Es peligroso para usted quedarse aquí.

—Lo sé. Me iré esta noche.

El encargado quiso preguntar algo, pero se abstuvo.

—Te dejaré mi rifle, para no darme a notar.

—¿No lo necesita?

—Traigo pistola y suficientes cargadores. Con eso me basta.

—¿No tiene hambre? —preguntó el encargado mientras señalaba la comida que había llevado.

—Seguro. El camino es largo.

***

Ramón Mendoza despertó antes del atardecer. Escóbel y él comenzaron a descender del risco. Rodearon la pendiente cubierta de cortezas y ramas de pino, lentamente. Se alejaron del cerro de Las Lajas y luego doblaron hacia el antiguo faro contra incendios. Allí podrían encontrar compañeros sobrevivientes, pues era un punto previsto para la retirada. Aunque a veces hablaban, era más el esfuerzo, la respiración que debían acumular, conservar; el rumor que los unía, que los impulsaba. El bosque entero parecía respirar como ellos, avanzar detrás con la misma prisa, con la misma concentración. Cambió la tersura del aire cuando en el bosque empezó a oscurecer; cambiaba el aire con simpleza, como si respiraran con menos esfuerzo. Una sensación de lluvia próxima parecía contener el anochecer mismo, desdibujado. El

viento parecía ir con ellos formando parte de la neblina, de la fragancia del bosque, de la corpulencia del mundo. No había oscurecido del todo cuando llegaron al faro. No había señales de compañeros. Decidieron permanecer ahí más de una hora, hasta que anocheciera por completo. Saliendo de los pinares el aire era más transparente. Parecían apartarse, con el paso de sus cuerpos, jirones tenues, rojos aún, del crepúsculo.

***

Desde la carretera panamericana, saliendo de las curvas de El Caracol, las luces de Parral se veían a lo lejos, apacibles, reunidas entre los cerros, como brasas que unas manos habían reunido para verlas con quietud, para jugarlas como joyas limpias y ocultas. Venía conduciendo ahora Benito Arredondo. Eran las siete y media de la tarde.

—¿Avisamos a los compañeros de Parral?

Álvaro Ríos negó con la cabeza.

—Toma la carretera a Durango. No entraremos a Parral.

—Cenemos algo aquí —opinó Francisco Contreras, en el asiento trasero.

Álvaro miró las luces de Parral que se iban aproximando, pequeños puntos luminosos que ascendían y bajaban por los cerros. Tardó en contestar.

—De acuerdo. En la avenida Independencia. Compremos algo.

Benito Arredondo aceleró. Descendieron rápidamente por la carretera, al lado del panteón municipal. Cruzaron el puente y se dirigieron a la glorieta del monumento al minero. Después de la glorieta, al principiar la avenida Independencia, Benito frenó el vehículo frente a un pequeño merendero.

—Podemos traer algunos burritos de carne y queso asadero —propuso José María Lozoya.

—Háganlo tú y Francisco —pidió Álvaro.

José María Lozoya y Francisco Contreras bajaron del automóvil. Benito abrió la portezuela para sentir el aire de la noche. Se volvió a mirar a Álvaro Ríos, que permanecía callado y parecía dormitar.

—¿No quieres que lleguemos a la oficina? ¿Estás seguro? —le preguntó a Álvaro.

—Al llegar a Durango veremos qué hacer.

Benito golpeaba suave y rítmicamente el volante. Sin mirar a Álvaro preguntó:

—¿Por qué decidieron hacerlo así? ¿Qué pasó con Arturo y el doctor Gómez?

Álvaro Ríos se tocó la frente con una mano. Parecía fatigado.

—Qué difícil entenderlo —confesó.

La noche empezaba. Parral parecía atareado con una fiesta propia, con una algarabía de muchachos que sonaban las bocinas de las camionetas que recorrían una y otra vez la avenida.

—No puedo explicarme por qué lo decidieron así. No sólo me refiero a Arturo y a

Pablo. Sino a Salomón —agregó Álvaro—. Era como mi hermano.

Francisco y José María salieron del merendero con tres pequeñas bolsas y abordaron el automóvil. Se esparció en el interior del vehículo el olor a carne, comino, queso, tortillas de harina.

—De nuevo a la carretera —pidió Álvaro.

Benito Arredondo echó el vehículo en reversa. Encendió las luces y esperó que el tránsito de camionetas conducidas por muchachos disminuyera para rodear la glorieta del monumento al minero y entrar en la carretera panamericana, rumbo a Durango.

***

Habían tenido que sobrevolar durante más de media hora el aeropuerto de la ciudad de Chihuahua porque las pistas estaban ocupadas. Resultaba difícil escuchar en el interior de la cabina, por el ruido de los motores, la voz del piloto.

—Tenemos ya autorización para aterrizar —repitió, alzando la voz, el capitán Luis John.

Habían hecho escala en San Luis Potosí para reabastecer combustible y tuvieron mal tiempo desde que reanudaron el vuelo. Ahora llovía abundantemente; podían verlo a través de las ventanillas de la cabina del *aerocomander* de la Procuraduría general de la república con matrícula XB-CON. El avión comenzó a descender, acercándose a la pista. La lluvia y las luces se agolpaban en las ventanas de la cabina, con el viento que mecía el avión, a veces con violencia, como si les bloqueara el descenso. Aterrizaron. Lentamente fueron desplazándose por la pista en espera de un sitio para frenar y apagar motores. Quince minutos después Javier García Travesí y Salvador del Toro Rosales, agentes del ministerio público federal, descendieron por la escalerilla del avión.

Vieron frente a los hangares tres transportes militares y soldados del batallón de paracaidistas en formación de alerta y armados con metralletas. Los soldados custodiaban las puertas de entrada y salida y los accesos a las bandas de equipaje del edificio del aeropuerto. Jefes y oficiales en trajes de campaña daban órdenes bajo la lluvia a los contingentes. Tuvieron la sensación de hallarse en el centro de operaciones de un campo de batalla.

—Querrán que nos identifiquemos, supongo —comentó Javier García Travesí, mientras caminaban de prisa.

—La torre de control seguramente informó que llegamos en un avión oficial —comentó Salvador del Toro.

Los agentes del ministerio público federal avanzaron hacia la puerta de acceso, tratando en vano de protegerse de la lluvia. Los soldados de custodia se apartaron en silencio de las puertas cuando ellos se aproximaron. Recorrieron el vestíbulo, la sala de espera y llegaron al corredor central del edificio. Abordaron un taxi a la salida del aeropuerto.

—Llévenos al Hotel Avenida —pidió al conductor Salvador del Toro.
El automóvil arrancó, avanzando lentamente entre vehículos militares.

***

En el jardín central de Ciudad Madera la lluvia caía desde hacía varias horas. Uno de los soldados trataba de protegerse bajo una cornisa. Sus compañeros de pelotón estaban inquietos. Cubiertos con gruesos gabanes de hule, la lluvia una y otra vez caía y resbalaba por ellos. Alguno reía, de pronto, y los cuerpos se movían, se desplazaban imperceptiblemente de lugar, movían los torsos o la cabeza para mirar la luz de la comandancia municipal, en cuyo interior algunos policías fumaban y hablaban a veces en voz alta, como si formaran parte de otra noche, de otra zona del mundo. Era tarde, cerca de la medianoche. Las casas de los alrededores no tenían ninguna luz. El jardín central parecía despoblado. El pelotón de soldados a veces se fundía en el silencio, en la oscuridad desierta. Sólo el camión de carga y los cadáveres sobre la tarima parecían resonar en la noche, responder a la lluvia. Un sonido metálico, agudo, provenía de pronto de la cabina, del parabrisas, de los faroles apagados, de las barras niqueladas y brillantes del cofre. La plataforma del camión también respondía con un sonido hueco, sordo, de madera. El agua resbalaba entre los cadáveres, se extendía por la tarima formando constantemente varios hilos brillosos; al caer en los charcos, en el lodo, producían esos hilos otro rumor múltiple, intransigente, de metal que se funde. La lluvia sobre los cadáveres sonaba diferente en la ropa, en los cabellos, en la cara, en los brazos rígidos, en los cuellos todavía tensos y con un imperceptible giro hacia el dolor, la oscuridad o una salida. Los cuerpos parecían crecer bajo la lluvia, agigantar sus ropas y sonar como un follaje de jóvenes troncos secretos. Iban desprendiéndose, con los cabellos abundantes por la lluvia, casi voluntariamente, del lodo, de la tierra con que se habían revestido en el combate, en la muerte, en el amanecer. Los cadáveres se desprendían también de la sangre reseca, de las costras de sangre en los brazos, en la cabeza, en la ropa. Con un leve rumor, grave, seco, la sangre mezclada con tierra, con lodo, con los restos de cortezas de troncos, caía desde el camión hacia la calle, y fluía, se desplazaba en pequeños arroyos por la pendiente de la calle central, corría bajo la oscuridad, entre los charcos, en la paciencia inabarcable de la tierra.

CAPÍTULO TERCERO

Cuando oscureció por completo, Ramón Mendoza y Escóbel emprendieron el camino hacia Tres Ojitos. Por la sierra, en la noche, iban oscuros entre las sombras. El frío era muy intenso y no desaparecía a pesar del sudor, del esfuerzo de la caminata. Comenzó a llover. La lluvia iba cayendo en los pinares, frenándose en los ramajes del bosque, sonando gradualmente, como lluvias sucesivas. Avanzaban por los sitios más densos de los pinares y tomaban por momentos algunas veredas. Llegaron al poblado hacia las dos de la mañana e hicieron un rodeo por los claros del bosque para llegar a la casa. Avanzaron a tramos y se detuvieron a distancia. Fuera del bosque la lluvia caía fina, silenciosa. Comenzaron a arrojar piedrecillas al techo, una por una, a intervalos. La lluvia se fundía con el olor a ganado, a humedad de pinos, hierba, tierra. Vieron las siluetas de dos perros a lo lejos, atrás de la casa. Parecían estar atentos, aguardar algo.

—Los perros no ladran —apuntó Escóbel en voz baja—. Alguien está con ellos.

Ramón Mendoza no contestó. Un hombre salió de la casa.

—¿Lo conoces? —preguntó Escóbel, aparentemente sin inquietud.

—Creo que es Polo. Tiene que reconocerme a esta distancia —repuso Ramón Mendoza.

El hombre parecía esperar algo. Luego dio unos pasos hacia ellos y por señas los llamó. Comenzaron a caminar. El hombre los aguardaba con paciencia, en la oscuridad. El pueblo de Tres Ojitos parecía quieto, dormido. También la lluvia caía mansamente, sin ruido, como un eco de la oscuridad misma, de las lentas horas de la madrugada.

***

—Es peligroso que estén aquí —dijo Polo Durán.

La señora se acercó a la mesa con leche y café. Luego trajo un plato de queso.

—¿Quieren más pan? —preguntó.

—Prepárales tortillas de harina a los muchachos —sugirió Polo.

—No es por nosotros —reiteró Martín Durán—. Aquí es fácil que alguien los vea.

—Así es —aceptó Ramón Mendoza—. Pero no solamente buscamos un lugar seguro. Tenemos un día sin saber qué ha pasado.

—Creemos que algunos compañeros lograron salir con vida —agregó Escóbel—. ¿Ustedes tienen noticias?

Ramón Mendoza distinguía la humedad en su ropa, en la cabeza, en los pies, en el cuerpo entero, como una delgada capa que se pudiera ir desprendiendo con el calor de

la casa, con el olor del café, de la estufa de leña. Dio otro sorbo al vaso de leche. Las ventanas cerradas estaban empañadas; pequeñas gotas de agua perlaban los bordes. La lluvia aumentaba en esas horas de la madrugada; caía con fuerza sobre las paredes de madera de la cabaña.

—Hemos estado oyendo la misma noticia por radio —explicó Martín Durán—. Hablan de ocho muertos. Quiero decir, de sus compañeros. Por parte de los soldados hablan de dos bajas.

—¿Recuerda algunos nombres? —preguntó Escóbel.

—Dicen que murió el doctor Pablo Gómez y otro que mientan Martínez Valdivia. También Arturo Gámiz y Antonio Gaytán.

—Antonio Gaytán no estuvo en el asalto —corrigió Escóbel.

—Ayer por la mañana dijeron que era Salomón Gaytán; ya en la noche dijeron que era Antonio Gaytán.

—Salomón sí estuvo con nosotros. Arturo y él compartieron la misma posición —intervino Ramón Mendoza—. Estuvieron conmigo.

—Dijeron por radio que Salomón fue uno de los heridos y que lograron escapar —agregó Polo Durán—. Seis guerrilleros huyeron a caballo hacia la sierra de Cebadilla de Dolores, dos de ellos muy heridos, especialmente Salomón.

Escóbel se sorprendió.

—Sí, a caballo. Y por radio dijeron también que están llegando aviones de guerra y soldados paracaidistas.

—Ya no saben ni por cuál rumbo andan sus narices —comentó Ramón Mendoza —. Y por las bajas de soldados de que hablan, se ve que tampoco saben contar.

***

Javier García Travesí y Salvador del Toro volvieron a sentarse a la mesa del restorán del hotel, luego que se retiraron el agente del ministerio público federal adscrito y el comandante de la policía judicial federal. Pidieron dos nuevas tazas de café.

—No es mucha la información de que podemos disponer —comentó García Travesí, mientras el camarero retiraba los platos sucios del desayuno.

—Así es —respondió Salvador del Toro—. Pero como les dije, yo hablé con Arturo Gámiz muy a fondo en febrero del año pasado. Lo habían apresado por las movilizaciones campesinas y las invasiones a latifundios. Tenía una actitud menos belicosa que Saúl Chacón López y que el doctor Pablo Gómez. Pero el gobernador no quería entender las cosas, quería castigar, no resolver. Pienso que el gobernador Giner Durán dejó que se fuera complicando este asunto.

—¿Cuándo hablaste exactamente con Arturo Gámiz?

—En marzo del año pasado. El 2 de marzo. Pedí que lo excarcelaran durante algunas horas para hablar con él, porque era imposible encontrar solución con los otros líderes. Lo llevaron a mi oficina a las siete de la tarde y se retiró a las tres de la

mañana del día siguiente. Estuvimos hablando mucho y bien.

—Y lograron un buen arreglo, dices.

—Los campesinos habían organizado una serie de invasiones a latifundios en varias partes del estado para las seis de la mañana del 5 de febrero, porque era el día de la Constitución. Gámiz era uno de los secretarios de la UGOCM, la Unión general de obreros y campesinos de México. El gobernador quería apresar a todos los líderes y acusarlos de delitos federales. Contingentes muy nutridos de campesinos y estudiantes estuvieron manifestándose diariamente durante más de un mes. Acordé esa noche la solución con Gámiz y vinieron agrónomos para ayudar al Departamento agrario. La resolución presidencial de repartir tierras a los campesinos no le gustó al gobernador Giner. Le molestó, la sintió como ofensa.

—¿Piensas que el ataque al cuartel es ya el final del conflicto?

—No lo sé.

Javier García Travesí dio el último sorbo a la taza de café.

—Debemos aprovechar la mañana. Yo iré con varias autoridades del estado y después trataré de viajar a Madera. Tú podrías tomar las declaraciones en el hospital militar a los soldados heridos.

***

Cuando salieron de la casa, aún llovía. Los perros se adelantaron y corrieron hasta el lindero del corral.

—Debo guardar a estos perros —dijo Polo Durán—. No tardaré.

Los perros lo esperaban, sacudiéndose de los cuerpos el agua de la lluvia. Se adelantó, llamándolos. Cuando se acercaron, los sujetó y regresó con ellos a la casa.

—Vamos, ahora sí —dijo más tarde, y se ajustó el sombrero con la mano derecha.

Caminaron durante varios minutos rodeando corrales y establos para salir del poblado. El cielo nublado y la lluvia parecían conservar la oscuridad e impedían descubrir el amanecer. Comenzaron a subir y bajar por varias pequeñas colinas, entre los claros de los pinares. Ramón Mendoza iba reconociendo de nuevo el frío, la lluvia, la humedad de la tierra; era como regresar, después de mucho tiempo, a un mismo sitio conocido y remoto. Aceptaba quietamente la humedad porque no se desvanecía el bienestar de la comida con los Durán; los sabores de la carne, del caldo caliente, la leche, el pan. Ascendían ahora por una pendiente muy pronunciada, con mucha densidad de pinos. La lluvia parecía detenerse en las ramas de los pinos más altos y precipitarse luego. Algunas ramas caídas crujían bajo los pies y producían otro rumor fino, como el de la lluvia o el de la respiración del grupo. Nadie hablaba. La fragancia de los árboles era intensa, nítida. La pendiente se hizo más pronunciada y larga. De pronto, casi abruptamente, llegaron a la cima. Los Durán se encaminaron a una zona donde se concentraba aún más la abundancia de pinos. Por momentos, a través de pequeños claros, podían ver el despuntar del amanecer a lo lejos, como algo

extraño, que sucedía en otro lugar; el cielo nublado parecía contener una densa luz de plata que lo obligaba a descender, que lo extendía y lo volcaba sobre el mundo a través de la lluvia pertinaz, como el cuerpo de un ser vivo e indiferente, inmenso en la humedad, respirando, esperando en la fragancia de los pinares.

—Aquí estarán más seguros. Aunque algo incómodos —dijo Polo Durán—. Mientras ustedes se acomodan y descansan, buscaré noticias.

Polo extendió la mano, para despedirse. Los Durán empezaron a bajar por la pendiente y pronto desaparecieron. Ramón aguzó el oído y la vista para distinguirlos. El rumor de los pasos iba y venía sosegadamente, porque el ruido de las ramas que pisaban era distinto al que producía la lluvia. Pero era imposible distinguir los cuerpos. Tenían razón los Durán, era un promontorio seguro.

Ahora, ya solos, parecía que el pinar comenzaba a transformarse. Sus sonidos, su olor, su temperatura, parecían alterarse. Un ruido de agua comenzó a abrirse paso entre los árboles y tornarse momento a momento más nítido. Debía tratarse de un arroyo cercano, por el otro lado del promontorio, porque no habían cruzado ni rodeado ninguno. Había muchas cáscaras gruesas de pino esparcidas en el suelo. Reunieron varias de ellas cerca de los troncos de los pinos más anchos y encima colocaron abundantes ramas, lo más secas posibles, para tener una base mullida. Con las cáscaras más grandes y más gruesas se cubrirían para protegerse de la lluvia. Taparon primero las armas y luego procedieron a acostarse. A lo lejos se escuchaba el ruido de un molino, sofocado y constante. También, distantes, traídos y llevados por el viento, mugidos de vacas y ladridos de perros. Durmieron.

Escóbel despertó primero; casi inmediatamente después, Ramón Mendoza. La luz se había extendido rápidamente. El rumor de la tierra había cambiado. La madrugada había sustraído su voz; era un acento, en el poderoso rumor del bosque, imposible de distinguir o de recuperar. Algo parecía haber estado esperando durante horas y haber desaparecido apenas unos segundos antes. El rumor del arroyo, en algún sitio profundo y lejano, era más nítido y familiar. La lluvia continuaba; su caída en el incontable techo de ramas de los pinos más altos se tornaba en numerosas lluvias que no lograban unificar su constancia, su desplome sobre la tierra, la luz, la mañana.

***

El coronel entregó al general Garza Zamora dos ejemplares de *El Norte* y *El Heraldo.*

—Así publicaron hoy el informe de la Secretaría de la defensa los periódicos de Chihuahua. Vea usted.

El general empezó a revisar uno de los diarios. Luego oprimió un timbre en su escritorio. Entró un asistente.

—¿Gusta tomar un café, coronel?

—Gracias, mi general.

—Tráiganos dos tazas de café —ordenó—. ¿Con dos de azúcar, coronel?

—Sí, gracias.

El general extendió uno de los diarios. Comenzó a leer.

La Secretaría de la Defensa Nacional dio a conocer ayer en la noche la siguiente declaración oficial sobre los sucesos de Chihuahua. El 23 de septiembre de este año de 1965, a las seis horas, la guarnición de la plaza de Madera, Chihuahua, fue atacada por una gavilla compuesta de quince a dieciocho hombres, que le pedían su rendición al mismo tiempo que hacían una descarga cerrada sobre las tropas. La guarnición se armó rápidamente para repeler la agresión y logró dar muerte a Pablo Gómez Ramírez, líder principal de los agitadores; a Arturo Gámiz, segundo del anterior; a Antonio Gaytán, otro de los líderes de la gavilla; a Rafael Martínez y dos más no identificados. El resto de los asaltantes huyó hacia la sierra, perseguidos por parte de las tropas de la guarnición de Madera, teniéndose conocimiento de que Salomón Gaytán, otro miembro destacado de la gavilla, también resultó herido. La Secretaría de la Defensa estima que con la muerte de los principales cabecillas de este grupo de agitadores volverá por completo la tranquilidad a aquella región y manifestó que perseguirá con toda energía al resto del grupo de asaltantes hasta su exterminio total. El Secretario de la Defensa Nacional ha enviado una mención honorífica a la partida militar de Ciudad Madera por el bizarro comportamiento de su comandante, oficiales y tropa, así como sus condolencias a los familiares de los compañeros caídos en el cumplimiento de su deber.

—¿Qué opina, coronel?

—Me parece bien. Pero no sé si convenga mantener bloqueada gran parte de la información, mi general.

—La Secretaría de la defensa debe actuar así, discretamente. Pero nosotros tenemos autorización de proporcionar la información que creamos prudente ofrecer, coronel, paso a paso. Encárguese de eso.

—De inmediato, mi general. Gracias.

***

Al oscurecer, Francisco Ornelas se había dirigido a la huerta y la había recorrido cautelosamente en busca de algún compañero. Decidió abandonarla y acercarse al pie de la sierra. Caminó durante dos horas, entre los pinares, alejándose de las zonas pobladas. Luego comenzó a ascender una montaña, hacia el este, internándose en la sierra. Cerca de la medianoche buscó un lugar a cubierto, un grueso tronco de pino, con el ramaje abultado cayendo cerca del suelo. El frío y la humedad habían aumentado. Era zurdo; tardó en apoyar el arma a su lado, junto a la mochila y la boina oscura, para descansar, para pensar, tal vez para dormir. Se cubrió con su delgada gabardina que olía a polvo, a sudor. No estaba seguro si la luminosidad que lo asaltaba era el hambre o la fatiga. El frío lo hizo despertar. Tenía un incipiente calambre muscular. Estaba amaneciendo. Pensó en introducirse más en la sierra, alejarse. Caminó tratando de desprenderse del frío, como si fuera un objeto que pudiera quitarse por voluntad. Avanzaba sin saber, como si estuviera aturdido en un sueño complejo, en un camino intransitable, en el turno final de un juego de azar que se le imponía paso a paso, con su nombre, su reclamo, su impaciencia. Algo lo llamaba al fondo de los pinares, de las corrientes de agua, de la humedad, del frío que se elevaba de la tierra y se desprendía de su boca en una suave tela blanca que se

desvanecía cada vez que respiraba. La mañana crecía y se volcaba sobre él como una más de todas las cosas, como si lo involucrara y lo sometiera a las cosas. Lentamente, decidió que debía dirigirse hacia el este. Que debía emprender un rodeo. Acaso había tiempo aún. Acaso podría hacerlo. Se mantuvo en las alturas de la sierra. A distancia comenzó a ver camiones madereros que transportaban soldados. Se detuvo para ver su paso, la ruta que seguían.

***

—Está identificado otro de los guerrilleros muertos, señor procurador. Se trata de Óscar Sandoval Salinas. Tenía 19 años de edad y era alumno del quinto año de la escuela normal del estado.

—¿Cómo lo supieron?

—El padre de él lo identificó hace un momento por una de las fotografías que publicó *El Heraldo.*

—¿Proporcionó más información?

—Que desde el mes de noviembre del año pasado, cuando el gobernador ordenó el cierre de las normales, su familia no había tenido noticias suyas. Afirman que la policía lo secuestró el 20 de noviembre del año pasado.

—¿Es cierto?

—Es posible que sólo se haya tratado de un incidente menor y que él haya estado en la clandestinidad desde entonces, pero lo estamos corroborando. Por otra parte, el señor Sandoval obtuvo hace unos momentos del general Garza Zamora un permiso para traer el cadáver de su hijo y sepultarlo aquí en la ciudad de Chihuahua.

—¿Información sobre Álvaro Ríos?

—La recibiremos de un momento a otro. Sólo sabemos que antier estuvo en Ciudad Juárez. Suponen que ayer mismo salió de Ciudad Juárez por la mañana. Debía venir aquí, a Chihuahua.

—¿Llegó a Ciudad Juárez antier mismo, o un día antes?

—Sólo sabemos, por lo pronto, que estuvo ahí antier. Nos dijeron día 22.

—Debo entregar al licenciado Grajeda el informe que debemos enviar a la Secretaría de gobernación y a la Procuraduría general de la república. Necesito incluir las acciones armadas del grupo de Arturo Gámiz y los antecedentes de sus seguidores, incluido este Óscar Sandoval. Confirme los términos en que el anterior comandante, el general Antonio Gómez Velasco, le sugirió a José Ibarra salir de la región para evitar la violencia con los campesinos. Que te apoyen de inmediato. Urge.

El licenciado Daniel Luna García tocó a la puerta y entró en el despacho.

—Señor procurador, está aquí el licenciado Jaime García Travesí, de la Procuraduría general de la república. Es el agente del ministerio público federal comisionado para la investigación del ataque al cuartel de Madera.

—Lo sé. Dile que pase.

***

—¿Qué haces acá? —gritó el presidente municipal de Madera, Ernesto Castellanos, cerca de la comandancia de policía.

El presidente municipal atravesó la calle para saludar a Pedro Muñoz Grado. No estaban lejos del camión que transportaba los cadáveres de los guerrilleros. Pedro había puesto un pañuelo sobre el rostro rígido de Pablo Gómez y un soldado lo había retirado; señaló la tarima del camión.

—Vine por los cadáveres de los profesores. Tengo instrucciones de la sección 40 del sindicato de maestros.

—¿Cuáles profesores?

—Primero de Pablo Gómez y de Óscar Sandoval. Los familiares tienen autorización de la zona militar para transportar los cadáveres a la ciudad de Chihuahua.

Ernesto Castellanos apoyó una mano en la plataforma del camión. Luego miró fijamente a Pedro Muñoz Grado. Trató de sonreír. El olor de los cadáveres en descomposición se expandía, los rodeaba.

—¿Tienen autorización?

—Así es. Pensamos también transportar al profesor Martínez Valdivia. Y creemos que aquí está el profesor Arturo Gámiz.

Ernesto Castellanos se volvió un momento para hablar con un hombre que le llevaba un documento. Lo leyó. Le indicó que se dirigiera a la oficina del ayuntamiento y lo entregara al secretario, en tanto él llegaba. Luego se volvió hacia Pedro Muñoz Grado.

—Ha sido difícil la identificación de Arturo Gámiz —comentó—. Siguen con dudas.

—Prisciliano Lozoya vino conmigo. Preparará los cadáveres para llevarlos en la avioneta que alquilamos.

—¿Una avioneta? ¿Es de Leo López?

—Sí, es de Leo, pero con otro piloto.

—Ayer estuvo aquí, muy temprano, con un fotógrafo del periódico *El Norte.*

Ernesto Castellanos guardó silencio un momento. Miró los cadáveres sobre la tarima. Señaló a uno de ellos y luego se dirigió a Pedro.

—El fotógrafo de *El Norte* reconoció a Gámiz por el bigote. Otros por la dentadura, porque se había hecho arreglos en los dientes. Lo han examinado cuidadosamente.

—Prisciliano dice que tiene el cráneo deformado. Que puede tratarse de culatazos que le asestaron ya muerto.

—Es que le estalló un bombillo de dinamita a un compañero suyo. Y le destrozó

la cabeza, le desprendió el cuero cabelludo.

—He visto hace unos momentos cómo paseaban a los cadáveres en este camión —comentó Pedro Muñoz Grado—. El camión se detenía y arrojaban los cadáveres a la tierra, un soldado gritaba que ahí estaban los comunistas que se enfrentaron al ejército. Luego volvían a arrojarlos a la plataforma del camión. ¿No pueden destrozarse los cráneos con tanta saña?

—Podría ser —contestó lentamente—. Pero no en el caso de Arturo Gámiz.

***

—Mi general, aquí están los representantes del Congreso del estado —explicó el coronel García Abauza—. Son tres diputados.

El general Tiburcio Garza Zamora se puso de pie y atravesó la oficina. Abrió la puerta y ordenó al asistente que los condujera al interior.

—Pasen a mi oficina, si son tan amables —dijo cuando saludaba de mano a cada uno de ellos.

Una vez que se sentaron en sofás de cuero negro, el diputado Mar de la Rosa comenzó a explicar:

—Señor general, a nombre de la Cuadragésima octava legislatura de nuestro estado queremos patentizarle las condolencias por la muerte de los miembros del ejército que cayeron en el cuartel de Madera.

—Agradezco sus palabras, señores diputados —respondió complacido el general Garza Zamora.

Un asistente entró portando una bandeja con tazas de café y vasos de agua. Se inclinó sobre la mesa de centro y fue depositado en ella las tazas y los vasos para cada uno. El general Garza Zamora volvió a hablar.

—En esta zona militar lamentamos las muertes que sufrieron ambos bandos. Es muy necesario orientar a campesinos, obreros, y sobre todo a las juventudes para que no se susciten casos lamentables como éste.

Luego hizo una pausa, en la que parecía reflexionar.

—¿Han identificado a todos los agresores, general? —intervino el diputado Avitia Ramos.

—Creemos que pronto identificaremos a todos, sí. Menos a los fugitivos, claro. Eso tardará algunos días más.

—¿Hay riesgo de que ataquen otra vez?

—Ningún riesgo, señor diputado. La verdad es que están aniquilados.

***

—Quiere información y que procedamos en algunas cosas como él piensa —explicó

el teniente coronel Jorge Díaz Arellano—. Acaba de llegar a Madera.

El general Gonzalo Bazán Guzmán lo miró con un gesto de extrañeza.

—¿De dónde?

—De la Procuraduría general de la república. Es el agente del ministerio público federal que enviaron para investigar el ataque al cuartel.

—Y su investigación se reduce a que nosotros le demos la información.

—Tal parece, mi general.

—¿Qué más quiere?

—No está de acuerdo con los procedimientos que hemos seguido para detener a los sospechosos que tenemos concentrados en un corral cercano al campo de aviación. Y quiere que se practique la autopsia a los cadáveres de los soldados; la considera necesaria para sustentar los procesos penales posteriores.

—¿Cree que estamos aquí sólo para escuchar sus ocurrencias? ¿Dónde está?

—Lo dejé en mi oficina.

—¿Qué hay de la Federal de seguridad?

—Han entrado en contacto con nosotros; creo que será útil colaborar con ellos.

—Yo también lo creo. Pero este agente, ¿cómo se llama?

—Javier García Travesí.

—Está loco. ¡Tasajear soldados!

—Sí, mi general.

—Vamos a su oficina —dijo el general Bazán Guzmán, poniéndose de pie—. Quiero ver a este pendejo.

Salieron. Atravesaron la calle lodosa. Cuando entraron en la oficina se puso de pie Javier García Travesí y extendió la mano para saludar.

***

Prisciliano Lozoya permaneció callado. Sudaba.

—Presionaron mucho a Pablo Gómez —comentó Pedro Muñoz Grado—. En Saucillo, en San Buenaventura. Fueron brutales con él.

Juan de la Torre se acercó a ellos.

—El comandante municipal de Saucillo se atrevió a allanar su casa en el campo de la Normal de Salaices y lo golpearon los policías frente a su propia familia. Quiso irse a Cuba, establecerse allá como médico y profesor.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Juan de la Torre—. ¿Se fue?

—No pudo irse. Me dijo que no quiso ayudarlo Vicente Lombardo Toledano.

—¡Cómo! —exclamó Prisciliano Lozoya.

—Pablo insistía el año pasado en que el candidato del Partido popular socialista fuera el propio Lombardo. Pero Lombardo quería apoyar a Gustavo Díaz Ordaz.

—Y así es, adoptaron como candidato a Díaz Ordaz —reconoció Prisciliano.

—Pablo no pudo vencer a Lombardo. Esa discrepancia enfrió la relación de ellos.

Cuando le pidió ayuda, Lombardo se mostró elusivo. Le cerraron las puertas. Por eso, cuando estaba más agobiado, yo insistí en que habláramos con Óscar Flores.

—Pero es abogado del banco mercantil y de Bosques de Chihuahua —adelantó Juan de la Torre.

—Pero yo lo convencí. Nos presentamos en su oficina y Óscar Flores le reclamó que era un delincuente por fraude, porque había hecho estudios de medicina y sólo trabajaba como profesor.

—¡Pero qué le podía reclamar! —exclamó Prisciliano.

—Pablo le respondió que ambos eran profesionistas. «En esto somos iguales —le dijo—. Pero yo vivo de mi sueldo de profesor y ejerzo mi profesión de médico sin cobrar un solo centavo a la gente pobre. En cambio, tú eres un abogado tramposo que has aprovechado los estudios que te pagó el país para enriquecerte, para convertirte en latifundista y ser un hijo de la chingada.» Luego se volvió hacia mí: «Te dije que no debíamos venir con este ladrón».

***

—Son tres cartas, señor, aquí están.

—¿Disponía de más información?

—Los agentes que estuvieron con ella en Ciudad Juárez piensan que no. Entregó las cartas de inmediato. En realidad, quiere saber de su hijo.

—¿No reconoció el cadáver?

—No lo reconoció en ninguna de las fotografías, aunque los agentes que estuvieron con ella la vieron sumamente nerviosa.

El teniente coronel Jorge Díaz Arellano revisó las cartas.

—La primera está firmada en la ciudad de México. En ella, Modesto Sierra Holguín le informa a su madre que estudia derecho agrario para ayudar a los campesinos.

El teniente coronel desechó la primera carta.

—Las otras dos son más útiles, señor. En una le informa a su madre que viajará a Las Nieves para preparar nuevas invasiones de tierras en el estado de Durango. La otra carta la envió el comité estatal de la UGOCM a la señora Sierra para informarle que su hijo se encontraba «cumpliendo una misión» en Las Nieves y la firman Manuel Moreno, secretario general, y Guadalupe Jacott, como secretaria de finanzas; ella firmó también el documento de la UGOCM que se encontraba en las ropas del doctor Pablo Gómez.

El teniente coronel terminó de revisar las cartas y luego preguntó:

—¿Hay novedades sobre Álvaro Ríos?

—Durante el asalto al cuartel de Madera no se hallaba en la región ni en Parral. Desde antier, el día 22, estuvo en Ciudad Juárez. Debía llegar a Chihuahua el día de ayer, el 23, y lo esperaban hoy o mañana en Parral. No llegó a ninguno de los dos

sitios. Pensamos que salió del estado. Viajó en un automóvil ford 59, color azul. Lo acompañaban tres personas. Aquí están sus nombres. Al parecer, uno de ellos vive en Parral. En cuestión de horas podríamos tener más noticias de él, porque estamos siguiendo el mayor número posible de sus contactos.

—¿Contamos con apoyo de las autoridades del estado?

—No lo necesitamos, señor.

***

Prisciliano Lozoya y Pedro Muñoz Grado depositaron en el piso de la avioneta, guardado ya en una bolsa negra, el cadáver de Pablo Gómez. Prisciliano había embalsamado ese cuerpo y el de Óscar Sandoval. El piloto se volvió en su asiento, para comprobar que la bolsa con el cadáver estuviera junto a la pared de la aeronave. Había espacio suficiente para transportar más cuerpos. Súbitamente la radio de la avioneta tronó, produjo un zumbido y el piloto buscó la frecuencia exacta de la onda que estaba provocando la interferencia; oyeron una voz tensa.

—¡Reciban instrucciones! —gritó una voz.

—¡Adelante! —escucharon que respondía otro hombre por radio.

—¡Son órdenes de gobierno para la guarnición de Madera! —insistió la voz del general Giner.

—¡Aquí Madera, adelante!

—No permitan que salgan de Madera los cuerpos de guerrilleros, ¿entienden? Habla el gobernador. Que no traigan los cuerpos de esos hijos de la chingada. Entierren a todos allá, en fosa común. Querían tierra, pues denles tierra hasta que se harten. ¿Escuchan?

—Afirmativo, señor gobernador. Procederemos con la orden.

Desconcertado, Pedro Muñoz Grado miró a Juan de la Torre. Prisciliano Lozoya había empalidecido.

—Giner reconoció que reclamaban tierra. Entonces no eran delincuentes, ¿verdad? —exclamó Juan de la Torre.

Un teniente, acompañado de una escolta de cuatro soldados, se aproximó a la avioneta.

—Bajen ese cuerpo —señaló la bolsa negra que contenía el cadáver de Pablo Gómez—. Hay que regresarlo al panteón. También el otro que ya embalsamaron.

—¡Cómo! —exclamó Pedro Muñoz Grado.

—Órdenes de mi general Giner —contestó el teniente, sin prisa, en voz neutra—. ¡Bajen ese cuerpo ustedes! —ordenó a dos soldados de la escolta.

***

—¿Quién es Samuel Solano González? —preguntó el teniente.

Un hombre cercano a los cuarenta años se quitó el sombrero.

—Soy yo.

En esa zona el panteón estaba de momento vacío. A lo lejos, muchos soldados entraban y salían portando armas largas. El teniente se volvió hacia un pelotón que lo esperaba junto a un vehículo militar en el crucero de la vereda. Por señas ordenó que se acercaran. El camión avanzó y los soldados aceleraron el paso detrás del vehículo. El teniente regresó con Samuel Solano González.

—¿Quiénes te van a ayudar? —preguntó.

—Estos amigos —contestó, señalando a dos muchachos que lo acompañaban.

—¿No necesitas más ayuda?

—Nosotros tres nos damos abasto, señor —respondió uno de los muchachos.

El camión llegó hasta ellos.

—¿Qué hacemos, mi teniente? —preguntó un sargento.

El teniente se dirigió a Samuel Solano González.

—Aquí tienen los cuerpos que deben enterrar. ¿Dónde los ponemos?

Solano González se acercó. Primero sintió el penetrante, intratable olor pestilente de los cadáveres que habían comenzado a descomponerse. Luego vio los cuerpos amontonados. Los contó en silencio. Eran siete. Miró al teniente, esperando una aclaración.

—¿Quieres ayuda? ¿Necesitas más enterradores?

Samuel Solano González sentía calor, a pesar de la lluvia que había estado cayendo durante la noche. Ahora había escampado, pero la humedad aumentaba. El olor descompuesto de los cadáveres era intenso, como una cosa presente, algo que pesaba, que existía independientemente, sin control.

—¿Aquí vamos a cavar las tumbas?

El teniente negó con la cabeza.

—Una tumba para todos. Los entierran así como están, en fosa común.

—¿Sin cajón? —preguntó confundido.

—Así como están. Entiérrenlos juntos.

—¿Les ponemos una sábana a cada uno?

—Estos cabrones se van a la tumba así. Entiérrenlos nada más, ¿no entiendes?

—Sí, señor.

El teniente se volvió hacia los soldados, que habían estado escuchando quietos, sin moverse.

—Ayuden a bajar los cadáveres. Rápido, porque ya quiero irme.

Comenzaron a bajar los cuerpos y a colocarlos en la tierra, descuidadamente. Al cargar uno de los cuerpos se desgarró la chamarra de mezclilla y la cabeza golpeó en el suelo; se rieron tres soldados; lo arrastraron así hasta la hilera. Cuando alinearon los cadáveres en la tierra, el teniente se acercó a Samuel Solano González y le puso una mano en el hombro.

—¿Necesitas algo?

—No, señor. Cavaremos la fosa. Nos apresuraremos.

El teniente se retiró. Algunos soldados se subieron en el camión cuando estaba ya en movimiento, echándose lentamente en reversa. Lejos de ahí, los enterradores distinguían las vallas de soldados y una especie de desfile militar, con banda de guerra.

—Van a sepultar a los soldados por allá —dijo uno de los enterradores, mientras hundía la pala en la tierra húmeda del panteón de Madera.

***

Florencio Lugo dudó si había transcurrido más de un día. Pensó que era el segundo. Ahora temblaba al caminar. El arma era más pesada. Trataba de guiarse por el movimiento del sol, pero la sierra era inmensa. Temía acercarse inadvertidamente a zonas ocupadas y patrulladas. Despertaba de pronto porque llovía, o porque el amanecer empezaba de nuevo, con la fuerza roja del crepúsculo que a veces creía seguir viendo o que recordaba confundido. Cerraba los ojos y una búsqueda obsesiva daba comienzo; se veía tratando de abrir una puerta, luego un arma, después una caja de herramientas, más tarde otra puerta. Difícil saber si se desmayaba o dormía. Había sangrado mucho. El esfuerzo y el hambre lo hacían mirar fijamente un punto, una luz, una montaña, una corriente de agua. Quizás la fiebre llegaba y se desvanecía como el sueño. Quizás el crepúsculo invadía el firmamento con el mismo aliento enrojecido del alba. Tal vez eran dos días. Ahora de nuevo caía la tarde. En la luminosidad del horizonte se expandían arterias enrojecidas y violetas. Era la segunda noche, pensó. Quizás la tercera. La sierra inmensa recibía el color del atardecer como una parte de su propia corpulencia, como un giro de su solitaria e innumerable fuerza, su incontable espacio.

***

Al atardecer llegó Polo Durán, con café caliente y comida. Media hora antes la lluvia se había suspendido, pero el agua seguía cayendo de las ramas de los pinos, en varios sitios, como un eco de las lluvias que habían cesado o un aviso de las que proseguirían.

—¿Traes noticias? —preguntó Escóbel.

Polo asintió.

—Hoy enterraron a los compañeros de ustedes —comentó Polo.

—¿Sabes los nombres? —volvió a preguntar Escóbel.

Ramón Mendoza bebía café caliente, pero había dejado de comer.

—¿Tienes nombres? —insistió Escóbel.

Polo Durán volvió a asentir. Luego hizo un movimiento con las manos que quizás no tenía sentido. En la sombra de los pinos la noche entraba lenta, suavemente. Fuera del promontorio, entre los huecos donde las altas ramas de los pinos se abrían, el crepúsculo crecía, se expandía con un color violáceo bajo las nubes, en el aire gris, distante.

—Ayer por la noche dejaron los cadáveres en la plataforma de un camión, frente a la comisaría. Llovió toda la noche. La gente dijo que cayó la lluvia para lavarlos.

Polo Durán hizo una pausa. Ramón Mendoza y Escóbel permanecían en silencio. El viento de pronto se agitaba, como si quisiera atraer la lluvia.

—Por órdenes del gobernador no se entregaron dos cuerpos a los familiares que habían viajado a Madera. Eran del doctor Pablo Gómez y de un joven llamado Óscar Sandoval. Y obligaron a estos familiares a presenciar el entierro de varios soldados. A los compañeros de ustedes los enterraron en una fosa común así como estaban, sin mortaja.

Polo Durán empezó a toser.

—¿Me regalan un poco de café? —preguntó.

Escóbel le acercó su taza. Polo tomó dos sorbos.

—Siete compañeros de ustedes fueron enterrados en la fosa común —prosiguió Polo Durán—. Sólo uno fue enterrado aparte por los familiares, en su propio sepulcro y en ataúd. Es tu hermano Antonio —le dijo a Escóbel—. Me dijeron así: Antonio Escóbel Gaytán.

—Pienso que a él lo confundieron con Antonio Gaytán —intervino Ramón Mendoza—. Querían referirse a Antonio Escóbel, no a Gaytán.

—Pues entre los compañeros de ustedes que fueron enterrados juntos se habla de Pablo Gómez, el mentado Martínez Valdivia, Arturo Gámiz y Óscar Sandoval. De los demás nadie sabe decir.

—Entre ellos iba Salomón Gaytán —dijo Ramón Mendoza—. Yo lo vi tirado cerca de Arturo.

—Siguen diciendo por radio que Salomón es de los heridos que logró fugarse hacia Cebadilla.

—Son mentirosos —comentó Escóbel.

Después de un momento de silencio, Ramón Mendoza se dirigió a Polo Durán.

—Prueba algo de lo que trajiste, Polo, para que no comamos sólo nosotros.

—Seguro —respondió Polo.

Ramón Mendoza repartió las porciones de carne seca y pan. Mientras comían, Polo Durán volvió a hablar.

—Nos dijeron también que por radio y por volantes arrojados desde una avioneta un doctor Francisco Uranga le informaba a su hijo Pedro y a un amigo suyo, Juan Fernández, que contaban con un indulto del gobernador y les pedía que se presentaran ante las autoridades militares, que les darían garantías.

—Ellos no estuvieron en el asalto —corrigió Escóbel.

—Ellos debían llegar a Madera por tren —explicó Ramón Mendoza.

—Ellos se fueron antes. No se quisieron quedar.

—No supimos de ellos. Porque no iban solos.

El sonido del bosque cambió. También el viento. La lluvia recomenzaba. Otra lluvia volvía a caer encima de la que aún conservaba el bosque, adelantándose al mundo oscuro, a la realidad de la tierra nocturna, a la oscuridad que de un momento a otro sería intratable e inicial, inmersa en el bosque, en su plena y solitaria profundidad.

***

Sonó el teléfono, pasaban las diez de la noche. Salvador del Toro levantó el auricular.

—Ya regresé —era la voz de Javier García Travesí.

—¿Estás aquí en el hotel?

—Sí, en mi habitación. ¿Ya cenaste?

—Te estaba esperando.

—¿Te parece que nos veamos abajo en diez minutos, en el restorán?

Salvador del Toro reordenó los papeles que había estado revisando. Se levantó de la mesa y luego se puso un suéter abierto, de botones. Apagó las luces y salió de la habitación.

En el bar encontró mucha gente. El restorán estaba casi vacío. Prefirió esperar frente a los ascensores. Casi inmediatamente bajó García Travesí. Se veía cansado, quizás a disgusto. Traía una chamarra de cuero, negra.

—Necesito una copa —dijo García Travesí al saludar—. Me urge.

—El restorán está casi vacío, pero el bar muy concurrido.

—Magnífico, vamos al restorán.

Atravesaron el vestíbulo.

—Hay estado de sitio en Madera —dijo García Travesí—. Todo está bajo el mando de los militares.

Ocuparon una mesa al fondo y pidieron al camarero dos whiskys con hielo.

—¿Quién lleva las investigaciones? —preguntó Salvador del Toro.

—El teniente coronel Jorge Díaz Arellano, del ministerio público militar. Fue muy parco al darme información.

Salvador del Toro guardó silencio.

—Cerca del campo de aviación vi detenidos a ochenta o cien individuos. Estaban amarrados de las manos y algunos tirados en el suelo. Parecía un corral con caballos.

El camarero puso en la mesa los dos vasos de whisky y dos carpetas con el menú.

—¿Tuviste alguna discusión con el teniente coronel?

—Le pedí que antes de sepultar a los soldados se hicieran las diligencias de reconocimiento y autopsia de los cadáveres, sólo así podríamos fincar el delito de homicidio y procesar legalmente a quien fuera culpable. No quiso decidir y fue a

informarle al general Gonzalo Bazán Guzmán, que desde el día de ayer tiene a su cargo el mando militar en la región. Cuando los dos entraron en la oficina, el general espetó con burla «¿Quién es el agentito que está pidiendo que se tasajeen los cadáveres?»

Dieron un largo sorbo a los vasos. Dos parejas jóvenes entraron en el restorán; el camarero les ofreció una mesa cercana a ellos.

—No les interesa cubrir trámites legales —continuó García Travesí—. Los cadáveres de los guerrilleros fueron paseados por el pueblo en un camión para cargar madera como ejemplo de lo que les sucede a los que atacan al ejército. Dos cadáveres se encontraban en sacos y en una avioneta para ser trasladados a la ciudad; los familiares habían ido por ellos. El gobernador Giner ordenó por radio que bajaran los cadáveres y arrojaran a todos en fosa común. «Querían tierra, que traguen tierra», espetó.

—El procurador Melgar de la Peña dijo que el general Giner obedeció instrucciones de la Secretaría de gobernación. El licenciado Luis Echeverría ordenó telefónicamente que se enterraran allá los cuerpos, en fosa común.

—¿Cómo?

—Que debían quedarse allá los cuerpos, para evitar movilizaciones populares de estudiantes o profesores en Chihuahua.

—Giner lo hubiera decidido por sí solo, sin necesidad de Echeverría. Incluso el sacerdote se negó a bendecir los cuerpos. En cambio, los soldados fueron enterrados con los honores de ordenanza y con misa de cuerpo presente.

—¿Quién era el sacerdote?

—Un tal Roberto Rodríguez Piña.

***

Se acercaban a Torreón de Cañas, en Durango. Álvaro Ríos había dormido unos momentos. Ahora despertaba. Benito Arredondo seguía al volante. En el asiento trasero, José María Lozoya acercó la bolsa de comida.

—¿Quieres comer alguna cosa, Álvaro? Te hemos dejado un poco.

—Estoy bien así, José María. Tengo sed, solamente.

—En mi casa tengo cerveza. O en la tienda de mi mujer, digo. O agua. Lo que quieras —dijo Francisco Contreras—. Vamos allá, Benito.

Benito Arredondo asintió.

—Hace rato nos decías que en la estación de ferrocarril te encontraste con los policías que debían vigilarte, ¿verdad?

Álvaro se desperezó. Tosió. Bajó un poco el vidrio de la ventana del automóvil. Entró de golpe un olor a tierra húmeda.

—Venían contigo Salomón Gaytán, Judith Reyes y Pablo Gómez —insistió Benito—. En Ciudad Cuauhtémoc abordaron una camioneta o autobús, ¿verdad?

Entraron en Torreón de Cañas. Era cerca de medianoche.

—¿Quieres que vayamos a casa de Pancho Contreras?

—¿No oíste que Álvaro tiene sed? Vamos a mi casa —reclamó Francisco desde el asiento trasero.

—Vamos, pues —secundó Álvaro.

Atravesaron dos largas calles con algunos charcos. Avanzaron después a lo largo de una huerta. Doblaron a la izquierda y entraron en una pequeña calle con numerosas viviendas. En pocos minutos llegaron a la casa de Francisco Contreras. Mientras abrían las portezuelas del automóvil, José María Lozoya preguntó:

—¿Carlos Ríos iba armado cuando lo mataron?

Álvaro Ríos tardó en contestar, parecía que no prestaba atención.

—Era pima, ¿verdad? —comentó Benito Arredondo.

—Sí —respondió Álvaro Ríos—. Era un indio pima. Y muy valiente.

—¿Pero iba armado? —insistió José María Lozoya.

—No creo, porque era muy pobre —dijo Álvaro Ríos, mientras bajaba del auto—. Además, era de mucha entereza, y armado no hubiera sido fácil que lo mataran.

—¿Pero por qué matarlo?

Álvaro Ríos estaba de pie, a un lado del automóvil. No tenía prisa. Tardaba en responder.

—Ya estaban los ánimos muy caldeados —contestó finalmente—. Fue producto de esa situación. Era de los más fieles partidarios de la lucha nuestra en Dolores. Ya estaba la lucha muy fuerte en contra de los Ibarra, de los Cuatro Amigos y de Bosques de Chihuahua. Lo mataron para amedrentarnos.

Francisco Contreras había descendido y abierto la puerta de su casa. Álvaro Ríos y Benito Arredondo entraron primero; luego José María Lozoya, con la bolsa de la comida que había sobrado.

—Tomen asiento —dijo Francisco—. Voy por la cerveza.

—Fue antes de que apresaran a los estudiantes en el primer encuentro en la sierra, ¿no es así? —preguntó Benito.

—Así es —contestó Álvaro; luego bostezó, sin que ello demostrara propiamente cansancio—. Por cierto, en esa ocasión, rumbo a Madera, Salomón y yo rodeábamos el río Sírupa, porque a Salomón se le olvidó el lugar exacto del vado y estuvimos a punto de golpearnos contra las rocas. Salomón iba a caballo y yo en mulo. Mis chaparreras se cayeron en la corriente, pero ellas solas salieron a flote y a la orilla. Llegamos al rancho de un amigo.

Francisco apareció con cervezas.

—Aquí tienen ustedes —dijo.

Destapó una para Álvaro Ríos.

—Yo prefiero agua —aclaró José María Lozoya.

—Yo también —dijo Benito.

—Ustedes deciden.

Álvaro Ríos bebió un largo trago. La espuma de la cerveza ascendió cubierta de burbujas.

—¿Pero qué pasó en Cuauhtémoc? —insistió Benito.

Álvaro Ríos volvió a beber de la botella de cerveza. No mostraba prisa. Miró a Benito apaciblemente, como si estuviera reflexionando.

—Pues ahí nos bajamos del tren, tomamos un taxi y fuimos a la casa de un compañero —contestó por fin—. Los policías tomaron otro taxi y nos siguieron. Cuando dejamos la casa, ellos todavía estaban ahí, no se separaron de nosotros. En la terminal de autobuses pretendían traernos en un vehículo de ellos, pero nos negamos. Hubo ahí un jaloneo, porque en un momento dado quisieron por la fuerza empujarme al carro. Total, nos subimos a una de esas camionetas de pasaje que le llaman «rápidos» y ellos se subieron también. En la terminal de los «rápidos» se hallaba el licenciado Juan Manuel Terrazas, que era el subprocurador o algo así, o subjefe de la policía judicial.

—¿Cómo supo que llegaban ustedes?

—Le avisaron los mismos policías, naturalmente. Nos trasladaron al palacio de gobierno, donde estaban las oficinas del general Mendoza, el jefe de la policía del estado. Nos entregaron con él y ahí dejaron libres a Judith, a Pablo y a Salomón. A mí me pasaron con el licenciado Hipólito Villa, que era el procurador; mandó traer comida y ahí cenamos. Pero toda la gente estaba afuera. No se iban.

—¿Te refieres a Judith y a Pablo?

Álvaro Ríos bebió un sorbo más de cerveza. Miró su reloj. Era tarde.

—No sólo a ellos. Había estudiantes y campesinos, porque se enteraron de que me querían apresar. Fue ahí donde Hipólito Villa tuvo una actitud inesperada, rara en ese tipo de funcionarios. Ordenó que me dieran un amparo.

—¿Cómo un amparo?

—Sí, lo hizo para protegerme.

—Pero habían llegado de un rancho —recordó Francisco.

—Sí, habíamos dormido en un jacal. A media noche una camioneta se detuvo con luces encendidas. Pensamos que eran los soldados. Salomón tardó en encontrar la ropa y yo salí casi a gatas, con una cobija, y entré al bosque. Oí que me llamaban por mi nombre; creí que era una trampa y corrí, escapé. Al amanecer entré por otro lado al rancho y encontré a nuestro amigo ordeñando. Me explicó que quienes conducían la camioneta vinieron a avisar que los soldados estaban cerca. Al llegar a Madera enviamos a Roberto Rodríguez para que se cerciorara de lo que ocurría. Así nos enteramos de que habían llevado presos a los estudiantes del encuentro de la sierra. Fue cuando nos encontramos con aquellos policías.

CAPÍTULO CUARTO

Estaba amaneciendo. Ramón Mendoza se incorporó. Escóbel también había escuchado. Trataron de localizar de dónde provenía el ruido. Las aguas del arroyo, a lo lejos, sonaban con fuerza al fondo. Pero había un rumor distinto.

—Son soldados —dijo Mendoza.

—Sí, creo que andan patrullando —aceptó Escóbel.

Por la densidad del pinar no lograban ver lo que ocurría en las pendientes. El sonido se hizo más definido. Ambos se acercaron cautelosamente a uno de los claros del promontorio.

—Andan tirando soldados así, por las lomas —comentó en voz baja Ramón Mendoza.

Distinguieron en varios claros de la pendiente del arroyo, distantes, a grupos de soldados que iban recorriendo lentamente la zona. Observaron con atención la pendiente, los pinares. A lo lejos empezó a oírse el ruido de motores; pertenecían a vehículos que no avanzaban por las brechas, que permanecían detenidos en algún lugar. Escóbel escupió.

—Creo que van a subir —dijo.

—No, piensan que estamos cerca del arroyo. No creo que suban.

Permanecieron varios minutos así, ocultos, tensos. Los soldados se detenían, regresaban, luego volvían a avanzar, a esparcirse. Parecían desconfiados, inseguros. Escóbel señaló con la mano un sitio del promontorio, con mucha densidad de pinos.

—Aquel sitio es el mejor para defendernos. Está muy escarpado y hay por atrás una pared de roca lisa muy elevada. Lo he revisado ya. No podrían subir por ahí.

Ramón Mendoza asintió. Poco a poco se acercaban otros motores.

—Vienen de Tres Ojitos —comentó Ramón Mendoza—. Son camionetas con más soldados.

Escóbel observó que las patrullas de soldados se desplazaban siguiendo el curso del arroyo, alejándose del promontorio donde ellos estaban. En ocasiones parecían dudar, regresar por la pendiente. Otro rumor comenzó a crecer. Un ruido potente se abrió paso en el bosque, a la distancia primero, después fue sorpresivo. Eran aviones. Sobrevolaban la zona de Tres Ojitos, los pinares, las sierras de los alrededores. Aviones, con un ruido ensordecedor; se alejaban, retornaban. Las patrullas de soldados se desplazaban con mayor rapidez cuando el ruido de los aviones se expandía atronador sobre ellos. O se desplazaban con mayor agitación, precipitadamente.

—¿Qué hacen con esos aviones? —preguntó Ramón Mendoza.

—Buscan un ejército —respondió Escóbel—. Son pendejos.

Permanecieron un poco más en el mismo sitio, atentos al desplazamiento de los

soldados y al vuelo de los aviones.

—Preparémonos —dijo Escóbel.

—No vendrán por aquí —dijo Ramón Mendoza.

—Posiblemente —comentó Escóbel—. Pero como si vinieran.

Cuidadosamente prepararon las armas y se ocultaron bajo gruesas cortezas de pino. En ocasiones oían gritos distantes de los soldados, ruido de motores ascendiendo o regresando a Tres Ojitos. Ambos sabían que transcurrirían así varias horas.

***

Al principio pareció un eco de la sierra, del viento, de la luz que se abría paso imponiendo y extendiendo los ruidos del alba. Luego Florencio Lugo escuchó claramente: eran perros que ladraban distantes. Como si lo hubiera decidido mucho tiempo atrás, avanzó hacia la zona donde escuchaba los ladridos. Pronto los distinguió con mayor nitidez; también mugidos de reses y relinchos de caballos. Venía con la ropa sucia y desgarrada; casi descalzo; el pantalón ensangrentado, endurecido; el rifle en la mano, cuyo peso rotundo parecía ahora pertenecer al brazo, al cuerpo, a su condición lastimosa. Sintió un olor diferente en el aire, en el amanecer. Un olor a basura, a humo, a ganado. Distinguió la ranchería, a lo lejos. Escondió el arma en unos arbustos y esperó, sentado bajo un árbol. Distantes, vio que se alejaban tres hombres montados a caballo; uno de ellos parecía muy joven; alcanzaba a oír las voces, traídas por el viento. Los cuervos y las tórtolas volaban ruidosamente, se posaban un instante en los encinos y los álamos y volvían a volar. Un campesino apareció al fondo de la arboleda. Lo oyó toser. Florencio Lugo lo saludó. El hombre se detuvo de inmediato, a distancia.

—Buenos días. ¿A dónde va? —preguntó sorprendido, sin acercarse.

—Ando perdido.

—Pero, ¿qué hace aquí, a quién busca? —insistió el campesino.

—Necesito ayuda.

El hombre se había aproximado, cauteloso, y lo observaba.

—¿De dónde viene? —preguntó con voz tranquila; esperó un instante, sin prisa —: ¿Vendrá del rumbo de Madera?

Florencio tardó en responder.

—Sí, de ese rumbo.

—¿Trajo esa arma?

El campesino señaló el fusil que asomaba por los arbustos. Florencio se dio cuenta de que no lo había escondido lo suficientemente bien. Reconoció que era suyo.

—Anduvo en el ataque al cuartel, entonces.

—Así es —contestó Florencio, después de un rato.

El campesino se hallaba junto a él.

—Lo ayudaré. Necesita curación en esa herida. Me llamo Gabino. Soy Gabino Hernández.

Se retiró unos pasos y empezó a silbar. Otros jinetes iban lejos, por la ruta que habían tomado los anteriores.

—Son muchos hombres —quiso protestar Florencio.

Los jinetes reconocieron los silbidos de Gabino Hernández, que les hacía señas con los brazos; lo distinguieron y avanzaron hacia él, al trote.

—Quizás traen ellos en las alforjas botellas de leche y comida. Lo vamos a ayudar. Primero coma. Luego lo llevaré a mi casa, para que descanse. Y no tiene que esconder el arma, puede andar con ella.

***

Llegó Matías a Temosachic ya avanzada la mañana. Era notorio el patrullaje de soldados y policías desde la estación de Yepómera. En el fondo de una caja de cartón puso la pistola y los cargadores; luego la llenó de manzanas. Llegó con la caja abierta, sin tapa, a la estación del ferrocarril. Había muchos soldados en el andén, observando con atención a los pasajeros. Matías abordó el vagón donde más soldados se hallaban concentrados y tomó un asiento al lado de la ventanilla. El billetero se acercó; lo miró con curiosidad y observó la caja de manzanas. Matías pidió un pasaje a la ciudad de Chihuahua. Había caminado por la sierra dos noches enteras y un día. Los soldados pasaban por el corredor, mirando los bultos. Matías recibió el billete a la ciudad de Chihuahua y pagó. Cuando lo revisó, vio que estaba cortado Madera-Chihuahua, no Temosachic-Chihuahua. No entendió, de pronto. Pensó corregirlo con el billetero, pero se contuvo. El tren iba lleno. Debía serenarse. Matías miró por la ventanilla, sujetaba el billete del pasaje sobre las manzanas. Sintió que un soldado tomaba asiento junto a él. Se volvió a mirarlo; era un sargento que observaba el billete de Matías.

—¿De dónde viene, amigo? —preguntó, sin mostrar hostilidad, pero sin cordialidad alguna.

—De Madera, mi sargento —respondió Matías tranquilo, con una sonrisa franca.

—¿No subió aquí en Temosachic? —insistió el soldado.

—Subí en Madera, pero aquí compré estas manzanas —respondió con rapidez—. ¿Quiere comer una?

Matías acercó al sargento la caja de manzanas, para que escogiera la que deseara. El soldado lo miró de frente; examinó los ojos claros, de color miel, casi dorados; había visto ese color de ojos en la sierra de Chihuahua muchas veces.

—No, amigo, gracias.

—No me gusta llegar con las manos vacías.

—Entonces viene de Madera.

—Ahí tomé el tren, pero soy de El Durazno.

—Ah, de El Durazno.

—Ahí vivo, sí.

—¿Qué tiene ahí?

—Pues unas vaquitas, una tierrita. Ahí trabajo. Pero necesito arreglar unos papeles en Chihuahua.

Un cabo se acercó al sargento y le habló en voz baja, señalando hacia el fondo del vagón. El sargento asintió y se volvió a mirar hacia atrás.

—Adelante. Que lo hagan —ordenó.

El cabo se retiró.

—¿Usted viene de Madera, sargento? —preguntó Matías.

El sargento lo miró sin contestar. Luego asintió.

—Me dijeron que allá hubo una matazón grande.

—¿Quién le dijo?

—Pues ahí se oye. Que estuvo feo. Que eran guerrilleros.

—No haga caso de lo que oye. Eran bandidos.

El cabo regresó y explicó otra vez algo en voz baja. El sargento negó con la cabeza, molesto.

—Cuando lleguemos a la estación de La Junta los revisan. Que aclaren todo.

El cabo volvió a retirarse. El sargento miró las manzanas de Matías, un largo rato, en silencio; luego echó la cabeza atrás y cerró los ojos, quizás dormitando. Quince minutos después el sargento se puso de pie.

—Bueno, amigo, al rato lo veo —dijo.

—Seguro —contestó Matías.

Un campesino tomó el lugar vacío.

***

—No llegaron juntos. Lo hicieron escalonadamente.

—No está claro aún. Pudieron haberse reunido en otro punto y haber llegado juntos a Madera.

—Pudo haber sido un sitio cercano. Es difícil andar cargando galones de gasolina por la sierra.

—Hay cabos sueltos todavía. Empecemos por el tuyo. Explica a los señores lo del chofer, lo del taxi, pues.

—¿Cuál taxi? —preguntó el coronel.

—Es un descubrimiento importante. Se trata de un taxista que en este momento está hospitalizado. Vamos, explica esa pista.

El agente abrió una carpeta y escogió varios papeles. Miró nuevamente al comandante de la Federal de seguridad que asintió sin pronunciar palabra. El agente inició su explicación:

—Entramos ya en contacto con las policías de Durango y de Coahuila a causa del

taxista José Estrada Santos. Trabaja desde hace tiempo en la ciudad de Torreón como chofer de un automóvil chevrolet modelo 1963 en el sitio de taxis 2-50, cercano a las terminales de autobuses. El chofer y el automóvil desaparecieron el 15 de septiembre y por denuncia de familiares de Estrada Santos la policía de Torreón trató de localizar este automóvil que reportaron como «robado». El día 18, por la tarde, se comunicó telefónicamente con su familia y les informó lo que después hemos confirmado con la policía del estado de Coahuila y nuestros agentes.

—¿Ahora está el hombre en Torreón? ¿Eso dijo? —insistió el coronel.

—Así es. En un hospital de la ciudad de Torreón.

—Continúe, porque hay varios datos muy útiles —insistió el comandante.

El agente levantó de nuevo los papeles.

—Según el chofer, a las seis de la mañana abordaron ese taxi cuatro individuos; tres de ellos muy jóvenes y uno de aproximadamente 35 años. Le pidieron que los llevara por la carretera de Bermejillo poco más adelante de La Zarca. Cuando los cuatro abordaron el automóvil, le indicaron que antes los llevara a una farmacia, y ahí el individuo de más edad compró varios medicamentos. Poco después de La Zarca le ordenaron que se detuviera y pistola en mano lo quitaron del volante, que ocupó el hombre de más edad, que actuaba como jefe, quien se puso unos lentes y un sombrero de ala angosta. En el entronque de la carretera panamericana con Canutillo se alejaron aproximadamente unos tres kilómetros; lo inmovilizaron por la fuerza, el «jefe» le inyectó en el brazo izquierdo uno de los medicamentos que había comprado en Torreón y a los pocos minutos se quedó dormido. Según el reporte médico, le estuvieron aplicando durante el trayecto varias inyecciones más, de manera que son muy inciertas las indicaciones que dio sobre la ruta que siguieron los cuatro hombres. Sin embargo, piensa que pasaron por Las Nieves, Canutillo, Villa Matamoros, Parral, Jiménez y Camargo; recuerda que en algún momento el automóvil se detuvo y esperaron a que anocheciera completamente; esto tal vez ocurrió en Delicias; supone que entraron en la ciudad de Chihuahua a medianoche y que después de circular por varios sitios se detuvieron en un lugar «donde había una banca de madera». A partir de ese momento perdió contacto con los cuatro hombres que lo abordaron en Torreón. En otro vehículo fue conducido a una casa que posiblemente, creemos, se encuentra en la colonia Industrial; ahí se turnaron vigilándolo dos jóvenes que no había visto y que no reconoció en ninguna de las fotografías que se le han mostrado. Afirma que después fue trasladado a dos domicilios más, uno de ellos, también creemos, posiblemente en El Rosario. Por fin, al día siguiente, lo soltaron en la avenida Zarco, y uno de los muchachos que lo vigilaron en la primera casa le hizo entrega de dos mil doscientos pesos. Lo dejaron ahí con la advertencia de que «al día siguiente» (otra vez un día «siguiente») podía ir a cierto lugar de Cuauhtémoc a recoger el automóvil. Ese día era el 17 de septiembre. Por la noche durmió y cenó en un hotel. El día 18 por la mañana fue a Ciudad Cuauhtémoc y no encontró el automóvil. Volvió a Chihuahua y se comunicó telefónicamente con su familia, antes de regresar a Torreón esa misma

tarde.

El comandante se puso de pie y pidió al agente los papeles.

—Éstos son los datos, señores, ahora analicemos los posibles indicios. Primero, ya encontramos el automóvil; lo dejaron en un rancho denominado Ojinaga, que está en el camino a Papigochi, en el municipio Guerrero, al pie de una cuesta que posiblemente no pudo remontar el vehículo que, por otra parte, ya no traía frenos, lo que nos permite suponer que estuvieron en distintas partes de la sierra antes de llegar a ese punto. En el hospital donde tienen bajo observación a Estrada Santos afirman que lo mantuvieron sedado con un narcótico llamado «seconal», que es muy utilizado como anestésico en intervenciones quirúrgicas. Esto nos permitiría suponer que el hombre como de 35 años era el doctor Pablo Gómez y que entre los otros jóvenes debía encontrarse necesariamente Arturo Gámiz. Creemos posible que otro de los jóvenes pudiera haber sido Salomón Gaytán, considerado también uno de los jefes de la gavilla. Del otro muchacho nada sabemos aún. Podría tratarse de Modesto Sierra Olguín, pues el chofer insistió en sus declaraciones que después de La Zarca pasaron por Las Nieves; uno de los documentos que portaba el doctor Gómez se relaciona con la madre de este muchacho y la madre nos ha proporcionado dos cartas en las que mencionan a Las Nieves como un lugar donde ese muchacho debía cumplir «una misión». Sin embargo, la señora no identificó a su hijo en ninguna de las fotografías de los cadáveres. Por otra parte, vieron a cuatro sujetos llegar a las 4:45 horas del 15 de septiembre a Torreón a bordo de un camión de la línea Transportes de los Altos, proveniente de Guadalajara; traían un bulto alargado como de un metro quince centímetros. Pero no hemos encontrado a nadie que recuerde que este grupo haya abordado un autobús en Guadalajara. Pensamos que sostuvieron más de una reunión. Aquí en Chihuahua, la primera; en algún lugar de la sierra, otra; por último, en Madera. Pero estos cuatro formaban un grupo. Los demás debieron irse por separado.

—Y algunos no llegaron. O no alcanzaron a llegar.

—¿Han revisado el taxi de Torreón?

—De un momento a otro lo tendremos aquí en la ciudad. Dimos la orden para que lo trajeran hoy mismo.

—Los jefes querían evitar el transporte público, es claro —insistió el coronel.

El comandante asintió y luego agregó:

—Los muchachos que después vigilaron al chofer de Torreón y las casas donde lo tuvieron forman parte necesariamente de los cuadros urbanos que colaboran con esta guerrilla. El dinero que le pagaron al chofer de Torreón fue el doble de lo que le habían prometido. Es lógico que los fugitivos se propongan entrar en contacto con estos cuadros y sus equipos.

—¿Álvaro Ríos?

—No, había otros cuadros. Tenemos operativos de vigilancia sobre ellos. Particularmente sobre Guadalupe Jacott. En menor medida, sobre el hijo del doctor Francisco Uranga. Nos acaban de comunicar que Pedro Uranga y Juan Fernández

aparecieron en la ciudad de México.

—¿Quién informó esto?

—El ex diputado, el padre de Juan Fernández. Lo informó al secretario de Gobierno. Dijo que su hijo y Pedro Uranga se encontraban en la ciudad de México un día antes del asalto al cuartel.

—Creen que somos pendejos, entonces.

—Ambos muchachos anduvieron la madrugada del 15 de septiembre pegando propaganda subversiva en varias calles de la ciudad de Chihuahua. Por las placas de un automóvil dieron con el domicilio de Pedro Uranga, y desde el día 16 pusieron ahí vigilancia policiaca. Vimos los registros de la policía municipal.

—Los apoyó otro grupo de estudiantes, claro.

—Lo importante ahora es que no se les ha localizado. No sabemos dónde están.

—Discúlpenme que regrese a nuestro tema inicial. Contamos con otra información reciente, que podría serles muy útil —dijo el coronel García Abauza—. El día de ayer se presentó con las autoridades militares de Madera un individuo llamado José Dolores Lozano García. Refirió que el 21 de septiembre en la noche manejaba en la sierra un camión de carga a su domicilio en Matachic. En una vereda lo detuvieron por señas dos individuos. Pensó que iban también a Matachic y aceptó llevarlos. En las matas que había a la orilla del camino aparecieron once jóvenes que treparon a la tarima del camión. Reconoció por fotografías a las dos personas que viajaron sentados junto a él: eran Pablo Gómez y Arturo Gámiz. Refirió que todos venían armados. Ya en marcha, Pablo Gómez le pidió que los llevara a Madera y le aseguró que le pagarían el servicio. Como Lozano García se negó, le propusieron alquilar el camión, pues ellos mismos podían manejarlo. Declaró que se vio obligado, pues, a llevarlos a Madera. Llegaron al amanecer del día 22 y permaneció con ellos hasta la mañana del día 23, con el camión oculto bajo unos árboles en el Presón de Golondrinas. Afirma que en la madrugada de ese día, hacia las cuatro de la mañana, procedieron a extraer gasolina del camión para llenar varios tanques y botellas.

—¿No era un cómplice?

—Posiblemente no lo sea, pero la información que nos proporcionó parece insuficiente en varios puntos. Afirma que con él permanecieron todo el tiempo dos muchachos, lo cual podría ser, en principio, probable. Pero también suponemos que estuvo con él permanentemente sólo una persona y que después, en la mañana del 23 pudieron haber regresado al camión uno o dos sobrevivientes, para llevarse el equipo dejado por el grupo. Es decir, la fuga de los asaltantes pudo haber ocurrido por ese sitio, hacia La Junta, no hacia la sierra de Cebadilla. Pero es probable que él haya intentado huir por la cuesta de la Borrega, precisamente hacia Cebadilla. Por otra parte, él afirma haber transportado en total a trece personas, la mayoría muchachos muy jóvenes. Por varias razones, creemos ahora que ése fue el número de los asaltantes. Pero su declaración oficial ante el teniente coronel Díaz Arellano sugiere otras posibilidades. Por ejemplo, es probable que hubiera otros puntos de

concentración progresiva de guerrilleros, pues confiaban en reunirse con otro grupo ahí en Madera o en el mismo Presón de Golondrinas. Pero ellos venían de otro punto de la sierra cuando interceptaron a Lozano García. No descartamos, además, como he dicho, que otros cómplices pudieran emplear la ruta de Cebadilla, porque el grupo de Gámiz fundamentalmente venía operando en esa zona y no en Matachic ni en Guerrero. Lozano García confesó que conocía de vista a uno de los once muchachos que viajaban en la tarima, porque lo había visto por la región, aunque no lo identificó en ninguna de las fotos de los cadáveres. Así que se trata de otro de los que lograron fugarse. Por último, hemos confirmado que Álvaro Ríos está en Durango.

—¿Desde cuándo?

—La mañana del día 23 salió de Ciudad Juárez hacia la ciudad de Chihuahua por la carretera panamericana. Debió haberse enterado del asalto al cuartel de Madera por radio o por los periódicos durante el viaje.

—Pero optó por no detenerse aquí.

—Así parece.

—No estaba al tanto del asalto, entonces.

—Creemos que no. Arturo Gámiz se había apartado de la UGOCM y del Partido popular socialista desde el asesinato de Florentino Ibarra, el año pasado.

—¿Y Pablo Gómez?

—Aún no lo podemos confirmar. Su hermano Raúl sigue formando parte de los militantes campesinos cercanos a Álvaro Ríos. Pero creemos que él no fungió como enlace con su hermano Pablo.

—Pero Álvaro Ríos aportó dinero, ¿no es así?

—No tenemos pruebas. Parece que Arturo Gámiz creó una organización independiente.

—¿Por qué Álvaro Ríos huyó del estado? ¿Cree que así estará a salvo?

—Teme que se le vincule con el ataque.

—Puede estar vinculado con el asalto.

—Álvaro Ríos es el responsable de invasiones de tierras, de numerosas marchas campesinas y de las gestiones políticas ante los departamentos y las secretarías de asuntos agrarios de Chihuahua, Durango y la ciudad de México. Es el responsable de esta corriente, no del alzamiento. En el ejército pensamos que el armamento principal lo conserva otra parte del grupo.

—¿Podría explicarnos esto?

—Sólo una parte de los alzados en armas atacó el cuartel de Madera, porque el armamento utilizado en el asalto era insuficiente. Pero en la sierra de Cebadilla los guerrilleros capturaron armamento de policías judiciales y de elementos del ejército en varios asaltos del año pasado y de este mismo año. Ese armamento no fue usado en el asalto al cuartel. No sabemos por qué no lo utilizaron. Entre los errores que tuvieron, uno de ellos fue éste. Así que otra parte del grupo debe poseerlo.

***

Por la tarde volvió el silencio. También la lluvia. El ruido de los aviones parecía haber impreso un nuevo ritmo en el bosque. Ahora resurgía un silencio más profundo quizás, como tratando de crecer de nuevo, de reocupar su territorio. La lluvia, los pinares, el ruido de molinos y los ladridos de perros atravesaban otra vez el espacio de ese silencio devuelto al día, al frío, a la espera. En un extremo del promontorio, Escóbel vigilaba la pendiente donde de nuevo podía escuchar claramente, al fondo, las aguas del arroyo. Ramón Mendoza vigilaba la pendiente de Tres Ojitos. La abundancia de los pinos parecía no ser tan segura ya. No debían permanecer más tiempo ahí. Estaban aún en el perímetro de patrullajes. No todos los campesinos eran de confianza, además. Ramón se levantó de su sitio y llamó a Escóbel. Comenzaba a caer la tarde. Escóbel se dirigía hacia Ramón. Era extraño verlo caminar así bajo la lluvia, a solas. Ahora Arturo, Salomón, el doctor, Antonio, Óscar, ya no estaban así, respirando, recibiendo la lluvia, esperando las cosas del día. Estaban bajo tierra, sin protegerse, sin defenderse. Debieron haber vencido. Pudieron haber vencido.

—Estamos muy cerca de ellos —dijo Escóbel.

—Lo he estado pensando yo también.

—Debemos retirarnos de aquí esta noche.

—Ya columbré una salida. Llegaremos en dos días, pero es seguro. En Santa Rita tengo familia y los campesinos son de confianza, muy valientes.

—Tendremos que atravesar la sierra que está por acá, pasando aquella zona —dijo, señalando un rumbo vago, hacia el poniente.

Caminaron para buscar entre los huecos del pinar la silueta de la sierra. Sólo vieron la lluvia, la caída arrítmica del agua desprendiéndose de las ramas de los pinos, la luz incompleta, gris, del atardecer. Pero crecía la fragancia de la tierra, de la madera viva, con raíces vivas, secretas, húmedas, reales.

***

Recorrieron la plaza central. En la esquina de la calle Libertad giraron hacia la izquierda, rumbo a la catedral. No eran las seis y media de la tarde pero ya había anochecido.

—He decidido regresar a México —dijo Javier García Travesí—. Creo que debo informar personalmente lo que está ocurriendo. Me refiero al aspecto militar.

—¿Al estado de sitio?

—No es compatible el criterio militar con gente como nosotros. No admiten señalamientos. Nos desprecian.

Salvador del Toro intuyó que Javier García Travesí no regresaría a Chihuahua.

Habían pasado ya por la estatua de Deza y Ulloa. Avanzaban hacia el costado oriente de la catedral.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana, quizás por la tarde.

—Yo he avanzado en algunas cosas —comentó Salvador del Toro.

—Hace año y medio que sabes cómo va este asunto.

—En parte, sí. Es una fase del mismo conflicto. Ahora resuelto al gusto del gobernador.

—¿Por qué dices que has avanzado?

—Los guerrilleros creían que había menos soldados en la guarnición de Madera. Pero estaban destacamentados ciento veinticinco soldados del primer batallón de infantería de Ciudad Juárez, bajo el mando del capitán segundo Faustino Arciniega Olea.

—¿Estaban provisionalmente ahí? ¿Es así?

—Varios bandoleros armados merodeaban la región. Habían atacado ya a la policía rural y a un pelotón de soldados.

—¿Bandoleros?

—Bandidos, abigeos, supongo. El capitán Arciniega Olea precisamente había salido con sus fuerzas a un recorrido rutinario de inspección y regresó en la madrugada del 23 de septiembre, la mañana del ataque.

—Por eso Gámiz pensó que pelearían solamente contra dos pelotones.

—Me parece lógico que el general Bazán Guzmán esté ahora al frente de las tropas en Madera, porque esa compañía militar que se desplazó pertenecía a su mando.

—Los estaban esperando, Salvador.

Habían rodeado la catedral y se encontraban de nuevo junto al monumento de Deza y Ulloa. Salvador del Toro pareció no entender.

—Los facinerosos a que te refieres son los hombres de Arturo Gámiz. Me lo dijo el procurador de Justicia del estado.

—No entiendo.

—El procurador Melgar de la Peña me explicó que la gente de Arturo Gámiz y Salomón Gaytán habían atacado el año pasado un cuartel de la policía rural y a principios de este mismo año habían emboscado a un pelotón de soldados. Esta compañía militar los buscaba. O mejor aún, los esperaba.

Javier García Travesí intentó avanzar. Salvador del Toro lo detuvo.

—¿Los esperaban?

—Revisa los diarios. Han publicado resúmenes de los hechos de armas de la gente de Gámiz anterior al asalto al cuartel de Madera. Los facinerosos que esperaban encontrar era la gente de Gámiz, los guerrilleros.

—Los denunciaron, entonces.

—Alguien soltó la información, podría ser. O estaban infiltrados. Ahora que

viajaré a la ciudad de México tendrás que ver más a menudo a Melgar de la Peña. Confirma estos puntos. La compañía militar vino a Madera en busca de la gente de Gámiz. O a esperarlos.

—Creo que fue una coincidencia. Los buscaban, pero no los esperaban.

—A veces las cosas pueden ser coincidencia. No ahora.

***

Polo Durán llegó al promontorio cuando ya había anochecido. Venía nervioso.

—Martín se quedó abajo, vigilando. Estábamos preocupados por ustedes.

—Estuvimos bien —contestó Escóbel—. Nos habíamos preparado.

—Deben salir de aquí. Hay muchos soldados durante el día.

—Te propongo una salida —atajó Ramón Mendoza—. Busca a mi cuñado. Nos parece mejor acercarnos primero a Santa Rita y de ahí desplazarnos más tarde hacia Sonora, a un rancho de familiares míos. En Santa Rita contamos con buenos compañeros.

—Estoy de acuerdo. Buscaré a tu cuñado.

—Adviértele que debemos salir ahora mismo, porque el ejército no está patrullando en la noche, sólo cuando amanece.

—Lo sé. Tenemos que adelantarnos.

***

Entraron en el recinto del Congreso del estado el secretario general de Gobierno, Vicente Grajeda Pedraza, y el jefe del Departamento de gobernación, Augusto Martínez Gil. Ante periodistas y diputados el presidente del Congreso tomó la palabra. Muchos hablaban. Había ruido, calor, humo de cigarrillos. El presidente del Congreso levantó la voz por segunda ocasión.

—Reunidos en sesión extraordinaria a lo largo de dos horas y media —repitió, pidiendo silencio en el recinto—, hemos decidido los integrantes de la Cuadragésima octava legislatura solicitar formalmente al presidente de la república el apoyo de las fuerzas federales.

El rumor volvió a crecer en el recinto del Congreso. El orador pidió silencio por tercera vez.

—Esto se debe, repito, a que el año pasado un grupo de individuos encabezados por Arturo Gámiz, el doctor Pablo Gómez Ramírez, Álvaro Ríos, Salvador, Antonio y Salomón Gaytán, opera en el municipio de Madera, ejecutando hechos delictuosos que trastornan el orden público y siembran la intranquilidad en todo el estado. Las autoridades han procedido a la persecución y castigo de tales hechos, pero no se ha logrado someterlos a los cauces de la legalidad.

El recinto ahora estaba en silencio. El diputado siguió con el mismo volumen de voz, que sonaba estentóreo, innecesario.

—Con fecha 29 de febrero de 1964 destruyeron un puente; el 5 de marzo del mismo año asesinaron al señor Florentino Ibarra; el 12 de abril siguiente incendiaron una casa y la estación de radio al servicio de la misma; el 15 de julio del mismo año atacaron por sorpresa a un grupo de agentes de la policía del estado, en Dolores, quitándoles las armas, privándolos de su libertad por varios días y lesionando a dos de ellos. En el presente año atacaron a un pelotón de soldados del 52 batallón de infantería en la sierra de Madera y el 23 de los corrientes, en forma sorpresiva y temeraria, atacaron la guarnición de la plaza de Ciudad Madera, con el saldo lamentable de seis muertos y nueve heridos del ejército nacional, ocho muertos de la gavilla asaltante, y un muerto y varios heridos de los moradores de dicha población. Una vez que el asalto fue rechazado por las fuerzas federales, el resto de los atacantes se internó en la sierra. Teniendo temor fundado de que dichos individuos persistan en su actitud de franca trasgresión a la ley y desobediencia a las autoridades, esta legislatura del estado de Chihuahua ha estimado que dicha situación justifica solicitar la protección de los Poderes de la Unión que autoriza el artículo 122 de la Constitución general de la república. En consecuencia, esta legislatura ha tomado el acuerdo de solicitar al presidente de la república se sirva disponer que las fuerzas federales presten a esta entidad federativa dicha protección.

Los aplausos irrumpieron en el recinto del Congreso. Un aplauso nutrido, vigoroso, que tornó inaudibles las últimas palabras con que el diputado dio término a la lectura del documento.

—Firman al calce —gritó, esforzándose en ser oído—, firman al calce, repito, el diputado presidente José Refugio Mar de la Rosa y los diputados secretarios Roberto González Loya y Manuel Avitia Ramos.

Los aplausos continuaban y el rumor crecía. El secretario de Gobierno se abría paso hacia el presidente del Congreso, para felicitarlo.

CAPÍTULO QUINTO

Salvador del Toro trató de reordenar las notas en el pequeño buró donde se hallaba el teléfono; primero oyó por el auricular una voz apenas audible, luego la voz clara, que lo saludaba.

—Gracias, don Manuel, estoy bien —contestó—. Le informo que el ministerio público militar ya dio por terminada su actuación en el caso Madera. El día 30 de septiembre nos turnaron al ministerio público federal todas las diligencias, incluidos el chofer José Lozano García, armas, equipo y objetos relacionado con el caso.

—¿Lozano García? —escuchó por el auricular la voz sorprendida de Manuel Rosales Miranda, director general de averiguaciones previas de la Procuraduría general de la república.

—Un chofer de Matachic, don Manuel. Conducía en la sierra el camión que los guerrilleros secuestraron el día 22 de septiembre. No está clara aún su participación. Transportó a los guerrilleros desde Matachic a Madera y cuidó el equipo. Asegura que lo obligaron.

—¿Por qué lo turnaron con nosotros? —volvió a escuchar la voz, lejana, casi distorsionada.

—Porque no les resultó útil. Nada sabe del grupo de Gámiz. Y no les interesa la investigación del caso ni los aspectos legales, como se lo demostraron al licenciado Javier García Travesí. Por cierto, viajó ayer temprano; seguramente ha hablado ya con usted.

—Sí, está aquí en la ciudad de México —Salvador del Toro escuchaba ahora la voz con nitidez—. Habló conmigo ayer por la tarde. Hoy nos presentaremos con el señor procurador. Lo cité aquí a las nueve treinta de la mañana. Por cierto, creí que usted telefonearía más temprano.

—La telefonista del hotel no pudo conseguir la conexión, licenciado; desde las ocho de la mañana se hallaban bloqueadas las líneas. Disculpe usted. Pero sigo considerando más seguro comunicarme desde la habitación del hotel que desde la oficina.

—Sin duda. Dígame, ¿dónde cree usted que las autoridades militares concentren su interés?

—En la campaña militar. No les interesan las diligencias del ministerio público ni fundamentar los procesos penales. Quieren acabar con los guerrilleros.

—¿Ha tenido alguna dificultad con el general Garza Zamora?

—Me ha reiterado su disposición a ayudarnos. Muy diferente del gobernador Giner.

—Hable más alto, por favor —de nuevo era apenas audible la voz de Rosales Miranda; Salvador del Toro sintió que la comunicación telefónica se había

interrumpido en un ruido de cables, de ecos metálicos—. ¿Me escucha ahora? —preguntó Salvador del Toro después de un instante; en el auricular seguía oyéndose un pequeño zumbido, como una corriente de agua cayendo a lo lejos.

—Ya lo escucho. ¿Qué me decía del gobernador? —regresó con claridad la voz del director.

—El general Giner cree que yo estoy aquí para encarcelar a sus enemigos. Está confundido. Preparó una lista de personas que él considera sus principales opositores; dice que son comunistas y quiere que los castigue.

—Está equivocado.

—Y furioso. Cree que mis funciones son meter a la cárcel a guerrilleros y profesores normalistas. Muy diferente el trato con el general Garza Zamora; por cierto, siempre le dice al gobernador «mi jefe».

—No está relacionado con su condición de gobernador, ¿verdad?

—No, se ve que es una relación de muchos años y que aprecia al general.

—¿Algo más, licenciado del Toro?

—Sí, hemos identificado otro cadáver, el del hermano de Arturo Gámiz, Emilio. Le decían «el Chato».

—¿Cómo lo identificó?

—Lo reconoció la secretaria Rita Alicia Almanza, uno de los apoyos que nos brinda el procurador del estado, el licenciado José Melgar de la Peña. Ella estaba ordenando las fotos de los cadáveres y lo identificó; en la mano izquierda tenía una pequeña malformación, muy planas las yemas de los dedos meñique y anular.

—Muy buen avance.

—No es fácil identificar cadáveres cuando ya están enterrados, don Manuel. Y las fotografías de que disponemos fueron tomadas por periodistas para planas de periódicos, no para efectos de identificación forense.

—Dígame, ¿necesita algún apoyo en particular?

—No, licenciado. Aunque tengo otra información.

—Lo escucho.

—Ayer me enteré de que la secretaria que envió el procurador Melgar de la Peña es en verdad su secretaria particular.

—Nos infiltraron, ¿no le parece?

—Ella me aseguró que se ha conducido con toda discreción y que no ha informado a la oficina del procurador de nada confidencial.

—¿Le cree usted?

—Sí, licenciado.

—Sin embargo, tome precauciones.

—Desde luego, así lo haré.

—¿Es todo?

—Le llamaré mañana, don Manuel. Gracias.

Colgó el auricular del teléfono. Eran las nueve quince de la mañana. Levantó los

papeles del buró y los llevó a la mesa. Tenía hambre. Aún disponía de tiempo.

***

En la mañana del tercer día llegó al faro de incendios. Francisco Ornelas buscó en vano señales que pudieran haber dejado compañeros sobrevivientes, ramas cortadas, piedras levantadas, basura. Se retiró del faro y continuó un día y medio avanzando hacia el este, manteniéndose en las alturas y evitando las hondonadas. El lunes por la mañana escuchó voces y risas de hombres, relinchos y resoplidos de caballos. Parecía un grupo de vaqueros. Pensó que se hallaba en las proximidades de un rancho. Los vaqueros venían por una vereda al fondo del promontorio. Cuando los jinetes se acercaron pudo distinguir los revólveres en la cintura y los rifles en las monturas. Eran policías rurales. Aguardó a que desaparecieran. Luego permaneció largo tiempo ahí, tratando de escuchar si el mismo grupo de policías o uno nuevo se acercaba. Subió a un sitio más alto, para divisar la zona. Un ruido de motores se escuchaba intermitentemente hacia el rumbo por donde se habían ido los policías. Debía evitar esa ruta. Sabía que estaba cerca de Yepómera. Dos días más de camino y llegaría a Temosachic. Decidió desprenderse ahí del rifle, la boina y la gabardina oscura. Aún no era mediodía. Comprobó que en el bolsillo secreto del pantalón de mezclilla se mantenía doblado cuidadosamente un billete de cincuenta pesos. Recorrió otra vez con la vista la posible ruta. Dos días quizás, se dijo de nuevo. En Temosachic tomaría el tren para llegar a la ciudad de Chihuahua. Podría arribar exactamente una semana después del ataque al cuartel. En el tren se encontraría con soldados. Las estaciones de ferrocarril estarían vigiladas por soldados y policías. Debía actuar con calma, sin precipitación.

***

—La cabaña está muy escondida, nadie lo encontrará —insistió Gabino.

—Yo opino que debe primero sanar de esa herida —intervino Arnulfo Sotelo.

—Tiene razón, no puede así atravesar la sierra.

—Si lo intenta, la herida se arruinará —repitió Arnulfo.

Arnulfo Sotelo le había estado haciendo curaciones en la pierna; era viejo y calvo; movía las grandes y fuertes manos despacio, con suavidad.

—No debemos permanecer más de dos días en un mismo lugar —volvió a explicar Florencio Lugo—. No depende esto de mi salud ni de opiniones, sino de la protección de ustedes y mía.

—Cerca de aquí, en un poblado por el que no debe usted pasar —dijo Arnulfo con naturalidad, sin apremio—, muchachos nuestros vieron ayer a Rito Caldera, el jefe de los rurales.

—Lo conozco —dijo Florencio.

—Lo mandaron a esta región en busca de los fugitivos del ataque al cuartel. Le preguntaron qué haría en caso de encontrarse con alguno de ellos. Contestó que se haría el desentendido, porque cuando lo desarmaron lo habían tratado muy bien.

—¿Crees que decía la verdad, Arnulfo? —inquirió Gabino.

El viejo se encogió de hombros. Pasó una de sus grandes manos sobre la calva, despacio. Luego miró a Gabino.

—Nadie sabe a qué atenerse con Rito Caldera —comentó.

Florencio Lugo permanecía callado. El día era apacible, luminoso. El ganado que regresaba al poblado, los caballos, los perros, las aves, producían un sonido múltiple, vivo, incansable.

—¿Se irá mañana temprano? —preguntó Arnulfo Sotelo.

—Así es —respondió Florencio—. Al rayar el alba.

Arnulfo sonrió. Sus abundantes cejas y bigote, encanecidos como sus escasos cabellos, parecían más desordenados. Acercó sus grandes manos a la herida de Florencio; la revisó. Luego se expresó con lentitud.

—Gabino, consigue una buena mula —dijo—. No puede irse caminando este hombre. Que lo acompañen dos de nuestros muchachos una buena parte de la jornada, hasta que se oriente. Ya él decidirá dónde quiere ir.

***

Llamaron de nuevo a la puerta. Atravesó la sala de su casa. Vio a tres hombres en la calle. Uno de ellos permanecía al volante de una vagoneta *jeep*.

—¿Manuel Márquez? —le preguntó el de más edad.

—Yo soy —respondió, sin abrir la puerta, detrás de la malla del mosquitero.

—Álvaro Ríos nos dijo que viniéramos con usted.

—¿Los mandó Álvaro?

El hombre salió de la casa y miró el vehículo; era de color azul oscuro, muy sucio.

—¿Son amigos de Álvaro?

—Sí, gente suya.

Manuel Márquez asintió, sin agregar palabra, a la espera de que el hombre prosiguiera.

—Dijo que usted podría venir con nosotros a la sierra de Cebadilla. Somos periodistas de la ciudad de México y necesitamos un guía.

—¿Cuándo quieren ir?

—Ahora. Tenemos que escribir un artículo para nuestra revista, sobre la guerrilla. Es casi mediodía y tenemos prisa.

Dudó un momento. Miró al más viejo. Entró de nuevo en la casa. Poco después salió; traía puesto un sombrero y bajo el brazo una chamarra negra.

—Vamos, entonces.

Ascendió al amplio *jeep* techado. El hombre que se disponía a conducir le extendió la mano. También el fotógrafo, que ocupó la otra parte del asiento delantero.

—Soy Rodrigo Moya —le dijo el fotógrafo.

—Soy Víctor Rico Galán —se presentó el hombre de más edad, sentado junto a Márquez.

Cuando arrancó la vagoneta, Víctor Rico Galán se volvió de nuevo hacia él.

—Márquez, ¿qué estabas haciendo la mañana del 23 de septiembre? ¿Oíste los tiros?

—Sí. Estaba durmiendo en la sala.

—¿Y oíste los tiros?

—Se oían, sí. En la madrugada.

—¿Y qué hiciste?

—Fue hace ocho días.

—¿Qué hiciste?

—Me asomé. Pero esa mañana el ejército recogía a la gente que salía. Creían que todos los habíamos atacado.

—¿Los detenían?

—Sí, para saber quiénes eran, a dónde iban.

Manuel Márquez señaló dos veces la ruta. Empezaban a salir de Ciudad Madera.

—A mucha gente le quitaron la ropa —agregó Márquez.

Víctor Rico Galán no entendió.

—Eran trabajadores de los aserraderos, de las fábricas. Los desnudaban para que no se pudieran ir, para inmovilizarlos.

—¿Y los dejaban en la calle o qué?

—Pues por un rato.

—¿Mientras investigaban?

—Sí. Luego ya los echaban así otra vez.

Subieron por la cuesta de La Borrega. Víctor Rico Galán se había quitado las botas para descansar los pies. Una camioneta llena de soldados y campesinos los detuvo en el entronque; descendió un teniente y se acercó a Víctor Rico Galán.

—¿Quién es usted? —preguntó el teniente.

—Vengo de la ciudad de México. Soy periodista. Trabajo para las revistas *Siempre!* y *Sucesos.*

Rico Galán mostró su credencial y Rodrigo Moya la suya. El muchacho que conducía mostró una credencial de estudiante de la Normal de Chihuahua. El teniente los dejó seguir. Medio kilómetro más adelante vieron dos camiones de transporte maderero, también con soldados y campesinos. Los camiones bloquearon el camino. Varios soldados cortaron cartucho y se desplegaron en posiciones de ataque; les apuntaron con rifles M-1 y mosquetones de 7 milímetros. Víctor Rico Galán comprendió que el teniente se había comunicado por radio con este contingente.

Comenzó a calzarse las botas de campaña y a atarse las cintas; estaba nervioso, trataba de hacer tiempo, de pensar. Rodrigo Moya también sintió miedo, pero descendió del *jeep* con la cámara fotográfica lista, decidido a tomar fotos de los camiones y de los soldados. Un militar acompañado de una escolta se desprendió del contingente y se acercó a la vagoneta.

—¡El señor Rico Galán! Hasta que lo conocemos —exclamó en un tono que intentaba ser festivo.

Cuando Rico Galán descendió del vehículo terminaba de amarrarse las cintas de las botas. No contestaba. El oficial siguió hablando. Vestía uniforme de campaña y casco, sin insignia; portaba pistola 45 y rifle M-1. El oficial entendió que Rico Galán trataba de descubrir alguna insignia.

—Soy el general Gonzalo Bazán Guzmán —aclaró—. Su lector y amigo. Desde el día 23 soy el jefe de armas en esta zona de Madera. Sólo provisionalmente, porque soy comandante del primer batallón de infantería con sede en Ciudad Juárez. Me da gusto conocerlo. Puedo decirle que sus artículos son favoritos del ejército, porque llaman la atención sobre los problemas del país.

A medida que el general hablaba, Víctor Rico Galán notó que iba desapareciendo la tirantez del soldado amenazador y surgía la cordialidad estudiada de un político en funciones. Caminaron hacia el retén. Manuel Márquez no alcanzó a escuchar la conversación. Rico Galán en ocasiones parecía negar algo agitando las manos. El general pidió a Rodrigo Moya que se identificara y luego ordenó que descendiera el muchacho que venía al volante. Manuel Márquez quedó solo en el vehículo. Distinguió en la brecha, a unos metros de distancia, tres camionetas *pick up* de Sírupa; eran de los Portillo, que poseían tierras a la orilla del río, a un lado de su rancho. Regresó el general y le ordenó que descendiera.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Manuel Márquez.

—¿Qué eres de Francisco Márquez, el que está preso en Ciudad Juárez?

—Soy su hijo.

El general dio unos pasos atrás y ordenó:

—¡Cúbranse!

Los soldados rápidamente se cubrieron de un posible ataque y dos volvieron a cortar cartucho y se acercaron a Manuel Márquez.

—Pues quedas arrestado.

Lo obligaron a abordar una camioneta donde se hallaban dos campesinos detenidos y varios soldados con las armas cruzadas. Márquez vio entre los oficiales del retén militar al jefe de la policía rural, a Rito Caldera. Rodrigo tomaba fotos de las otras camionetas y de la cuesta de La Borrega. Uno de los soldados le prohibió seguir tomando fotos.

—Cuando me lo diga el comandante dejaré de hacerlo —contestó.

El general se había retirado con Rico Galán un amplio trecho, con preocupación

de su escolta, que le pedía que se cubriera tras la camioneta.

—Es verdad que los campesinos tienen dificultades —aceptó el general—. Los trámites son largos. Hay que comprender que no puede el gobierno resolver inmediatamente. Pero se van a repartir más de 70 mil hectáreas. Está bien luchar por los caminos legales, pero no alentar a estos fanáticos feroces que siguen escondidos en esta sierra. Hoy salieron dos personas de Madera a llevarles comida; huyeron, no pudimos coparlos. Son de la Unión general de obreros y campesinos, la UGOCM; ellos están alentando y protegiendo a estos gavilleros.

Hacía frecuentes pausas y fumaba con un gesto nervioso. Miraba escrutadoramente a Rico Galán.

—¿Qué irá usted a escribir?, me pregunto.

—Lo que yo vea, general. Nada más.

—Tengo órdenes de perdonar las vidas de los insurrectos que se entreguen. Y debo hablar con quienes los apoyan para que depongan su actitud y se convenzan de que lo correcto es defender sus derechos por métodos pacíficos.

—Muy mala prueba para creerle es la detención de Márquez, general. Su único delito ha sido servirme de guía.

—No está detenido. No hay nada contra él —atajó el general Bazán.

El general regresó hacia la brecha y ordenó a un sargento:

—Déjenlo bajar.

Manuel Márquez descendió de la camioneta de inmediato. Los soldados continuaron con las armas cruzadas, desconcertados por las órdenes del general que empezaba a amonestar a Márquez:

—Manuel, escúchame. No quiero que lleves parque a los guerrilleros. Mucho menos comida, nada.

—¿Por qué me dice esto? —contestó Manuel Márquez, visiblemente nervioso—. ¿Por qué me habla así?

—Porque algo sabemos, Manuel.

—No, señor. Vengo con estas gentes —insistió—. Soy el guía de ellos.

El general se dirigió de nuevo a Víctor Rico Galán.

—Ya he entendido. Pero una vez más, ¿cómo dio con este hombre y por qué?

—Preguntando se llega a muchas partes, general. Ya le hemos contestado la misma pregunta durante una hora.

El general entregó unas tarjetas a Rico Galán.

—Si se topan con una patrulla militar, digan que hablaron conmigo.

En ese momento Manuel Márquez observó que el general no traía insignias. «Anda disfrazado», pensó. El estudiante se puso de nuevo al volante y arrancaron por la misma cuesta. Víctor Rico Galán se volvió hacia Manuel Márquez:

—¿Por qué diste tu nombre, Manuel? Debiste haber dado otro, para que no supieran quién eres.

—Vi gente que me conocía, unos rancheros de Cebadilla. No podía yo engañar.

—¿Creen que todavía andan los guerrilleros en la sierra?

—Creen que en cualquier camino pueden toparlos.

—¿Crees tú que sea así?

—Los andan buscando. Ellos temen eso.

—¿Cuántos soldados había en el cuartel cuando atacaron los guerrilleros?

—Cuando el ataque, serían unos ciento cincuenta, en un promedio. Entre ciento cincuenta y doscientos elementos del ejército. Y pues hubo algunos tumbados.

—¿Cuántos crees que tumbaron?

—Unos cincuenta, cuando menos.

—¿Entre el pueblo se dijo que eran cincuenta?

—El mismo ejército echó los muertos en los trenes que salían. Ellos no querían que se supiera cuántas bajas les hicieron. Pero desde hace ocho días están así, con los caminos vigilados. Y deteniendo a todos, controlando. Sólo durante el día.

Cuando tomaron la brecha a Cebadilla aparecieron en sentido contrario varios camiones troceros, que volvieron a obstruir el paso. Un capitán descendió de uno de los vehículos. Varios soldados lo acompañaron. El capitán pidió a señas que se detuvieran.

—¡Alto! —ordenó cuando estuvieron cerca.

Se aproximó a la vagoneta.

—¿A dónde van? ¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

Víctor Rico Galán descendió. Mostró una de las tarjetas que le dio el general Bazán Guzmán.

—Soy periodista. Vengo de la ciudad de México.

—Ah, ya estuvieron con mi general Bazán —exclamó el militar al leer la tarjeta.

El capitán se retiró hacia las camionetas troceras, con la patrulla militar. Después de unos momentos regresó. Víctor Rico Galán y Rodrigo esperaban de pie. Las camionetas comenzaron a apartarse de la brecha.

—Pueden pasar —exclamó el capitán.

***

A las cuatro de la tarde llegaron a Cebadilla de Dolores. Víctor Rico Galán sintió que los campesinos los recibieron con desconfiada cortesía.

—¿Arturo Gámiz? No lo conocemos —dijo uno de los campesinos jóvenes.

—Nunca vino por aquí —sentenció otro más viejo.

—¿De Madera? Algunos rumores han llegado, pero no sabemos.

Se hallaban en una pequeña tienda que olía a costales y a humedad. Era una cabaña de adobe y techo de madera. Márquez conocía a dos de los campesinos que se hallaban ahí. Algunos más se fueron acercando a la puerta, desconfiados. Hubo momentos de largo silencio. Un perro grande, que pertenecía al dueño de la tienda, se movía inquieto en medio de los campesinos, pero también silencioso. Víctor Rico

Galán llevó gradualmente la conversación hacia los conflictos de los ejidos.

—¿Y va a publicar en la ciudad de México lo que está sucediendo aquí, con nosotros? —preguntó uno de los más jóvenes, llamado Hildeberto.

—Así es —contestó Rico Galán.

—Este ejido se extiende a lo largo del valle —comentó por fin uno de los campesinos, llamado Rodolfo Cornejo—. Pero el terrateniente Francisco Portillo reclama estas tierras. En una ocasión los soldados quemaron las casas y echaron a la gente, pero los campesinos volvieron y solicitaron la ampliación de las tierras ejidales.

—Que aún no se ha concedido —exclamó el más viejo—. Quieren dar a cambio unos peñones donde hasta las cabras se resbalan. Manuel conoce este caso.

Víctor Rico Galán se volvió a mirar a Manuel Márquez, sin prisa, a la espera de su respuesta. Los campesinos escuchaban sentados en la tierra, afuera de la tienda, frente a la puerta.

—Portillo quiere el valle y los soldados están con Portillo —explicó Manuel Márquez—. Por eso los mantuvieron confinados en lo que era casi un campo de concentración. Estaba cercado.

—En el primer encuentro de la sierra, en 1963, los estudiantes derribaron esa cerca. Nadie la ha vuelto a levantar —dijo otro de los campesinos jóvenes.

—Ese encuentro lo organizó Arturo Gámiz, señores. ¿Cómo es que no lo conocieron? —preguntó afable Rico Galán.

Varios campesinos del grupo sonrieron. Luego guardaron silencio.

—Bueno —dijo el más viejo—, es que a veces hay desconfianza.

—La gente ha sufrido mucho por acá. Se la ha reprimido. Los cuelgan de los árboles.

—¿Los ahorcan?

—A veces sí.

—A mí me colgaron los soldados de un árbol para que dijera dónde estaban los guerrilleros —dijo Martín Rascón—. Me tuvieron suspendido, casi asfixiado, y perdí el conocimiento. Cuando me recuperé me interrogaron de nuevo y me volvieron a colgar cuantas veces les dio la gana. Las rozaduras en el cuello me duraron mucho tiempo.

—Sí, así es. Cuando no saben nada, los siguen colgando —explicó el hermano de Rascón.

—No crea que Martín fue el único. Sólo de Cebadilla colgaron a siete campesinos. Igual, para que hablaran. Y en un rancho llegaron a colgar a un niño de doce años.

—Ese niño es de los Gaytán. Sobrino de Salomón y Salvador Gaytán. Lo estuvieron colgando varias veces, porque se propusieron saber dónde se escondían sus tíos.

—También mataron a Cornelio González, de Las Moras.

***

Hacía rato que había oscurecido, pero el frío todavía era agradable. Hicieron una comida con sardinas enlatadas, galletas y cerveza. Víctor Rico Galán vio su reloj, eran las nueve de la noche.

—¿Cuánto haríamos de aquí a Huizopa? —preguntó.

—Solamente podría ir a caballo —contestó el campesino llamado Hildeberto.

—En tres o cuatro días dan la vuelta completa —dijo Martín Rascón.

—Así es. De tres a cuatro días para ir de aquí a Huizopa y regresar de allá a Cebadilla —aseguró el más viejo.

—No tengo tiempo —replicó Víctor Rico Galán—. Entonces debo regresar a México inmediatamente.

Se despidieron. Subieron a la vagoneta y empezaron a salir del caserío, para regresar a Madera. Manuel Márquez le pidió a Rodrigo Moya que disminuyera la velocidad.

—Dos compañeros nos están siguiendo —advirtió Márquez—. Daremos un rodeo en la primera loma y ahí nos detendremos para que ellos se adelanten y vean si no hay soldados esperándonos en la brecha.

Llegaron al sitio señalado por Márquez y giraron a la derecha; poco antes de un kilómetro doblaron a la izquierda y ascendieron por una pendiente del bosque; cerca de un claro detuvieron el vehículo y descendieron. Hacía más frío. La oscuridad era densa en el bosque, pero el cielo se veía limpio. Era innumerable la luz de las estrellas nítidas y potentes. Víctor Rico Galán y Rodrigo Moya caminaron. El silencio era intenso, como algo que los acompañara o que hubieran sorprendido en lo alto del promontorio. Márquez no se alejó de la vagoneta; permanecía quieto, callado, a unos pasos del claro. Alcanzaba a escuchar las voces de Rico Galán y Rodrigo, que conversaban y contemplaban el cielo. El estudiante orinaba atrás de la vagoneta; su gorra blanca parecía un pañuelo que se desplazaba suavemente por la oscuridad del bosque. Márquez sentía frío, algo de sueño.

Víctor Rico Galán y Rodrigo no habían contemplado el firmamento así, tan despejado. Las estrellas parecían producir un fino rumor. Destilaban su luz como un sonido que desconcertaba, que envolvía la noche y la aligeraba, la hacía descender, acercarse a las cosas. El firmamento parecía respirar, estar vivo, tener a flor de piel, pero sujetos, los tejidos de las constelaciones, su muchedumbre luminosa. Contemplaron la blanquísima luz de estrellas fijas, de racimos y enjambres espaciosos. Vieron estrellas fugaces, abundantes, sorpresivas, brotando y cayendo en el vacío del espacio. Entre las rayas luminosas de estrellas fugaces y la luz de estrellas fijas, vieron puntos radiantes que se desplazaban suavemente, que no desaparecían; las distinguieron hacia la constelación de Orión, que ascendía expandiéndose, como arrastrando en un montoncito de semillas de luz el inquieto

enjambre de las Pléyades.

—Posiblemente es un avión —sugirió Víctor Rico Galán.

—No —comentó Rodrigo—. Sólo en un cielo despejadísimo se ven claramente. Su desplazamiento es así; parece lento y constante. Son satélites.

Víctor sonrió, con cierta reserva. Luego observó.

—Tienes razón, su desplazamiento es muy lento.

—Pero van a 28 mil kilómetros por hora.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendido Rico Galán.

—Es su velocidad en órbita. Al despegar de la tierra deben ascender a una velocidad de once kilómetros punto dos por segundo.

Víctor Rico Galán miraba con asombro a Rodrigo Moya, aguardando que le dijera que se trataba de un juego.

—Es la velocidad de ascenso para que un cuerpo se libre de la gravitación —agregó Rodrigo, sin inmutarse, mirando el firmamento luminoso, constelado.

***

Conforme ascendieron por la sierra, la temperatura cambió. El frío fue recrudeciéndose. A medianoche, cansados, entraron en la ciudad de Madera.

—No vimos retenes militares, Manuel. ¿A qué se debe? —preguntó Rico Galán mientras descendían de la vagoneta.

—Dejan los caminos solos en la noche. Tienen miedo los del ejército, yo creo.

Se hallaban frente a la casa de Manuel Márquez. Manuel se despidió de mano de Rodrigo y del estudiante. Se acercó a Víctor Rico Galán, que lo abrazó.

—Yo sé que nos vamos y a ti te pueden apresar, Manuel. Házmelo saber con tus amigos y los denunciaremos en periódicos y revistas. Te ayudaremos.

—Seguro —contestó Manuel Márquez, sonriendo.

***

Escóbel se había bañado en el río y tenía dos horas dormido. Ramón conversaba con su tío Guillermo Mendoza y con su primo Jesús. El primo de Ramón se hallaba contento. Se le transparentaba cierto orgullo de que Escóbel y él hubieran llegado a su casa. Era mayor que Ramón muchos años, casi veinte. Su tío Guillermo pasaba ya de los sesenta años. Estaban relajados, después de muchos días. Ellos les informaron que Salvador y Antonio Gaytán estaban en la sierra de Cebadilla, protegidos por campesinos e indígenas de El Naranjo, y que un campesino de Santa Rita buscaba contacto con Florencio Lugo en la región de Casas Grandes y de Zaragoza. Ramón había recorrido los plantíos de abundante maíz y frijol y vio a los hatos de ganado pastorear en potreros con hierba muy crecida. Habían comido carne y requesón; ahora

probaban duraznos en conserva. El calor y la humedad los relajaba. Cerca de la casa se extendían hileras de encinos, de maguey cimarrón y de sotol.

—¿Trajeron armas de México para el asalto al cuartel? —preguntó su primo Jesús.

—Sí. Envueltas en cobijas. Desde luego, mal amarradas. Teníamos que dar una apariencia de personas que andan llevando cosas que no se ordenan nada. Por medio de esas tácticas.

—Las traían en dónde, ¿en tren, en camión?

—En camión las trajimos. Aparte, otros de nuestros compañeros aquí en Chihuahua las subieron.

—¿Con quién llegaste de Chihuahua? —preguntó su tío.

—Con un grupo que traía Arturo Gámiz. Llegamos en un carro de taxi que se quedó en Guerrero. Yo tenía que llevar a otros compañeros de ahí hasta Ariseachic, en donde estaba Miguel Quiñones. Arturo se fue adelante con el grupo y yo me llevé al otro.

—¿Con quién dices, primo?

—Arturo iba con Salomón, el doctor Pablo, Óscar Sandoval, Guadalupe Escóbel. Todos nos fuimos a pie a Ariseachic. Íbamos a concentrarnos ahí.

—¿Los dos grupos se fueron caminando a Ariseachic?

—Sí, los dos grupos.

—Pero, ¿por distintas rutas o cómo?

—Llevábamos la misma dirección, pero con distintos tiempos. Yo debía apoyar al segundo grupo, guiarlo.

—¿Y por qué Ariseachic? No conocimos a Quiñones, ¿verdad? —volvió a intervenir el tío.

—Es un lugar muy silencioso, tío. Y la gente muy cooperadora, amiga nuestra. Ahí puede llegar usted preguntando y nadie sabe nada. Una gente muy cooperadora, muy buena. Sin agraviar a la presente, claro.

Jesús y el tío Guillermo sonrieron.

—Sigues siendo una persona muy fina, primo.

Ramón también sonrió. Tomó otro pedazo de dulce de durazno.

—¿Cuándo llegaron a Ariseachic? —preguntó Jesús, retomando el asunto.

—El 20 llegamos.

—Ahí iban a recoger armas.

—A recoger armas y compañeros. Y al no haber llegado los armamentos y la demás gente, decidimos venir rápido y atacar.

—¿Quién era el responsable de llevar al otro grupo? ¿Salvador? —preguntó el tío Guillermo.

—Sí, Salvador Gaytán. No pudo llegar. No sé qué pasó. El 21 salimos a pie rumbo a Cocomórachic y caminamos toda la noche. En la madrugada tomamos un camión y el chofer nos fue manejando. Buen compañero ese muchacho.

—¿Lo conocían?

—No, lo conocía yo.

—¿Se habían puesto de acuerdo con él?

—Era Cristóforo Lozano, tío. Lozano García. ¿No recuerda a esa familia? De Tres Ojitos. Nada más lo encontramos y le pedimos, pues, que nos ayudara. Nos vinimos y fuimos a dar al Presón de Golondrinas. Llegamos el día 22. Ya para eso debía haber dos personas vigilando el cuartel. Tenían que adelantarse dos personas.

—¿En Madera esperaban ustedes reunirse con otros grupos?

—No, la reunión era en Ariseachic.

—¿No dices que venían otros también con armas? —insistió el tío Guillermo.

—Ése era Salvador Gaytán, pero no alcanzó a llegar. No sé por qué.

—¿Por qué no decidieron suspender el ataque? ¿No hubo gente que argumentara que no se atacara?

—Sí, hubo alguien. Pero Pablo y Arturo dijeron: «Si no atacamos el 23 en la mañana, pues no tendremos voz». Se discutió mucho y pensaron que sí se podía. Traíamos las granadas. Por eso Pablo dijo: «Tenemos que atacar, porque nos puede ir peor».

—¿Qué opinó Salomón Gaytán? —preguntó Jesús.

—Que había que atacar. Todos pensamos en lo mismo, que podía haber una denuncia.

—¿Pero no podía ser grave, digamos, que ustedes atacaran con doce personas en lugar de atacar con cuarenta?

—Pues claro que era mucho mejor atacar con cuarenta que con doce. Pero también podíamos hacerlo así. Hubo algunos detalles en el asalto. Entrando el último soldado de la ronda, mi misión era quebrar el foco que estaba a la entrada. Yo estaba metido como así, en la esquina. Y Arturo y también Salomón Gaytán con una diferencia de unos cinco o seis metros. A las 5:45 de la mañana di en el blanco. Fue el primer tiro. Luego, pues arrancaron del otro lado. Ya estaba apagado el cuartel. Se empezaron a oír los tiros del profesor Pablo Gómez y otros compañeros. Empezaron también los tiros de Salomón. Pues hubo un momento en que ya casi estaba tomado el cuartel. Pero yo no veo nada por atrás. Ahí nos falló a nosotros.

—¿Ustedes ya habían dominado a los que estaban en el cuartel?

—Ya habíamos dominado. Pero al rato entraron los tiros de la laguna y muchos tiros por detrás, por abajo. Llegaron otros soldados, seguramente los habían pedido por radio…

—¿Por la laguna? —preguntó Jesús.

—Sí. Entonces alguien gritó: «¡Retirada!» Entre los mismos compañeros teníamos que gritar «¡retirada!». Pero ya no podíamos salir de ahí, porque nos estaban tirando por detrás. Yo tenía que tirar hacia allá y acá. Y luego hirieron a Arturo y a Salomón.

—¿Junto a ti quién estaba?

—Arturo estaba junto a mí, como a seis metros. Y Salomón más arribita, en el mismo bordo. Yo tenía que cuidar el paso en las zanjas. No los dejaba salir de ahí. Todavía tenía que volverme a mirar arriba. Y no podía errar, ¿verdad? Del otro lado estaban Óscar Sandoval y Florencio Lugo. Y Escóbel. Y Quiñones y Antonio Escóbel me parece que estaban con Pablo. Paco estaba solo, me refiero a un sobrino del doctor Pablo Gómez. Es decir, había unos que estaban más retirados, que eran Matías, que estaba fuera, y Paco, que estaba cerca de una casa donde había unas milpas.

—¿Viste caer a Salomón y a Arturo? —preguntó el tío, apesadumbrado.

—A los dos los vi tirados. A los demás ya no los pude localizar y no gritaban, ya no había más gritos, muchos tiros nada más.

—¿Empezaste la retirada cuando los viste caídos? —preguntó Jesús.

—No, seguí allí. Traté de llevarme alguno, pero tenía que disparar para atrás y al frente. Yo trataba de que no me dieran. Entonces vino una locomotora por el riel y se paró ahí. Fue cuando me levanté protegiéndome detrás de una rueda de la locomotora. Me sirvió como escudo. El maquinista me hizo señas para que no me retirara de la rueda mientras el tren iba avanzando, avanzando. Cuando llevaba unos doscientos metros, me di la vuelta. El maquinista me sacó sin daño.

—Entonces los apoyaron —comentó el tío, atento, como si reflexionara o lo dijera para sí mismo.

—Nos apoyaron. Nos cuidaron. Yo no podía salir al despoblado. Yo estaba atrapado ahí, desde luego que en calidad de tirador. Pero de otro modo yo no hubiera salido.

—¿Cómo se salvaron ustedes? —preguntó Jesús.

—Salimos por la sierra, por el monte, corriendo. Sólo corrimos. Nos escondimos en la parte que le dicen «Las Lajas», arriba de un cerro. Desde ahí veíamos a los soldados pasar. Y nosotros, pues impacientes, queríamos bajar.

—¿Los soldados nunca subieron dónde estaban ustedes?

—No, pasaban por abajo. Querían capturarnos rápido, antes de que anocheciera. No sabían que podíamos estar ahí. No les era fácil. Ya estábamos en terreno de nosotros. Todo el día estuvimos vigilando, hasta que oscureció.

—¿Qué pensabas mientras estabas en el combate? —preguntó Jesús.

—En el triunfo.

El tío Guillermo encendió un cigarrillo. Permanecía en silencio, escuchando a su hijo y a Ramón. A veces sonreía, asintiendo, callado.

—Pero, ¿qué pensabas?

—En el triunfo. Con los compañeros muertos siente uno más valor, más deseos de pelear y vencer. Uno va por el triunfo. Si pierde, pues ni modo, ¿verdad? Yo combatí por el triunfo.

—¿Y tras la máquina, cómo decidiste retirarte?

—El de la locomotora hizo que me retirara. Hacía señas para que yo lo siguiera.

—¿No dudaste cuando el maquinista te hizo la señal?

—No, no. Yo me puse detrás de la rueda de la máquina que estuvo un ratito ahí, detenida. Tuve oportunidad de defenderme así unos minutos. Después el maquinista ya le dio, le dio, primero despacito y luego más recio hasta que me hizo señas de que ya, que me diera vuelta.

—¿Al llegar a dónde?

—A la orilla del camino, cerca de un canal.

—Cuando estabas retirándote y se te unió Escóbel, ¿sentiste miedo? ¿En qué pensabas?

—Pues el miedo había que sentirlo antes. ¡Qué escándalo! Después ya no tiene uno que sentir miedo, porque ya no tiene caso. Ya con el miedo no se puede, no hay remedio. Uno tiene que controlarse.

—¿Pero no sentiste miedo?

—No, no sentí.

—¿Qué sentías?

—Ganas de pelear. Era lo que sentía yo.

CAPÍTULO SEXTO

—¿Crees que con esto se frenará el movimiento campesino? —preguntó Ramón García.

—Creo que también nos afectará a nosotros —contestó Álvaro Ríos—. No sólo a quienes participaron en el asalto.

—¿Te arrestarán? —insistió Ramón García.

—Hay que tomar medidas. Quizás ya no hay remedio y obliguen a todos a seguir adelante. Físicamente no debo regresar a Madera por algún tiempo. Pero es necesario mantener contacto con los dirigentes de Madera aquí o en otra parte.

Se hallaban en la casa de Francisco Contreras, cerca del mediodía. La mañana había sido calurosa y despejada. Esperaban de un momento a otro a dos compañeros de Parral con información de la sierra. Sabían que agentes de la Federal de seguridad y del ejército se hallaban en Durango y que en Las Nieves y en Torreón de Cañas trataron de identificar a varias personas, particularmente a Manuel Sierra Holguín. Los agentes poseían una relación de dirigentes de la UGOCM, pero no habían intentado aprehender a Álvaro Ríos, por lo menos abiertamente. Contra su costumbre, se notaba nervioso a Ramón García.

—El ataque podría haber tenido una justificación, pero es posible que no haya sido suficientemente bien calculado —planteó de nuevo Mario Cruz.

—¿Cómo debió haber sido? —inquirió Francisco Contreras.

—Nunca supe cómo lo planearon —aclaró Álvaro.

—Pero ya habías pensado en esa posibilidad —insistió Mario Cruz.

—La primera vez que decidimos defendernos con las armas, ya organizadamente, fue en Santa Rita, es cierto —reconoció Álvaro Ríos.

—¿En Madera? —repitió Francisco Contreras.

—Muy cerca de Madera, en el municipio de Temosachic. Yo estaba en la casa de Pancho Márquez, dormido todavía. Gilberto Quezada tocó a la ventana muy temprano. Salí y me puse de acuerdo con él. Le dije que llamara a los compañeros de más confianza. Y al rato se juntó bastante gente.

—¿Cuántos? —quiso saber Ramón García.

—Primero como quince, después fueron más, nos estuvimos turnando.

—¿Qué había pasado en Santa Rita? —interrumpió Francisco Contreras.

—Los policías judiciales habían exigido a las familias de los campesinos que se salieran. Antes, los pistoleros y los mismos judiciales habían cometido actos terribles. Cuando varios compañeros de Santa Rita se encontraban en México, de comisión, sacaron a las familias y las tiraron en el monte, a campo raso, y les quemaron las casas. Había mucho rencor en la gente.

—Así actúan en todos sitios —aseguró Ramón García.

—Los campesinos vivían en tierras que les habían heredado sus padres, pero no tenían legalizada la posesión. Cuatro Amigos y Bosques de Chihuahua legalizaron los terrenos a nombre de ellos y se convirtieron de pronto en los dueños legales. Mostraban los papeles a las familias y les decían: «¡Sálganse de aquí, ya no pueden seguir aquí, vamos a ocupar este lugar!». Lo que ocurría en Santa Rita ocurría en otros lugares. Y lo que ocurriera ahí con el desalojo, iba a ocurrir también en otras partes. Había que darle fuerza a esos compañeros. Había que sentar un precedente.

—¿Cuántas eran las familias de Santa Rita? —preguntó Ramón García.

—Serían unas quince familias.

—¿Pero cuántos hombres había en total ahí entre hijos y padres de familia? —reiteró.

—No sé decirte ahora. Pero no eran una fuerza combativa, Ramón. Eran campesinos que trataban de defenderse.

—De acuerdo, pero contigo llegaron quince hombres más a apoyarlos —concluyó Ramón, volviéndose a mirar a Mario Cruz.

—Sí, nosotros llegamos a apoyarlos —aceptó Álvaro.

—Arturo Gámiz y Pablo Gómez no contaron en Madera con un contingente de esta dimensión, ¿no es así?

—Creemos que no —contestó Mario Cruz.

—Pero Arturo y Pablo encabezaban una organización guerrillera. Eso es distinto —interrumpió Álvaro Ríos—. Nosotros sólo éramos campesinos en una acción defensiva, no en el ataque a una guarnición militar. No es lo mismo, Ramón, insisto.

—Pero según los periódicos no eran ni catorce hombres los que atacaron el cuartel —replicó Ramón—. Contra más de cien soldados.

—Ciento veinte soldados —precisó Mario Cruz.

—¿Contra qué número de policías judiciales iban a enfrentarse ustedes en Santa Rita?

—Insisto en que es otra cosa una organización guerrillera. Porque en nuestro caso los judiciales no eran muchos, nueve o diez —reconoció Álvaro Ríos—. Pero nuestra preocupación era diferente. Yo de inmediato reuní en un grupo a los que ponían más interés en el asunto. Entre ellos, Salomón Gaytán, Guillermo y Jesús, hermanos de David Estrada, Alberto Vargas, Gilberto Quezada, otros compañeros del rumbo y muchachos de Madera que dieron muy buenas ideas.

—Conozco a los Estrada —dijo Mario Cruz.

—Yo también —secundó Francisco Contreras.

—En fin, hicimos un plan de defensa. Claro, apoyado por una decisión tremenda de la gente. Porque esperamos nueve días. Y dentro del plan estaba contemplado nuestro siguiente paso. Es decir, en caso de que llegaran y los derrotáramos, teníamos que pensar qué debíamos hacer después. Yo sentí que estuvimos muy cerca de un levantamiento, porque estábamos seguros de que en el caso mío, en el de Salomón Gaytán y en el de varios compañeros, ya no podríamos hacer vida legal.

—De haber vencido a los judiciales en ese momento, los hubieran perseguido a ustedes, hasta acabarlos —aseguró Ramón.

—Estábamos seguros de ello. De ahí que empezáramos a pensar en esto seriamente. El plan no era escondernos para que no nos encontraran, sino levantar a más gente de la zona misma, donde había mucha inconformidad. Con muchos habíamos hablado de la necesidad de no permitir en ninguna circunstancia que los desalojaran. Había que echar mano de todos los medios, sobre todo porque las quejas que se llevaban continuamente ante la Procuraduría no prosperaban y la pelea era defender las posesiones. La gente llegó al convencimiento de que no quedaba más que defenderse así, con las armas.

—¿Esto lo discutieron ustedes antes de llegar a Santa Rita o ahí en Santa Rita? —preguntó Mario Cruz.

—Ya estando en Santa Rita, con la gente que acudió. Teníamos reuniones con mucha frecuencia para analizar la situación y concluimos que si se presentaban los soldados, los enfrentábamos y quedábamos con vida, tendríamos que seguir luchando en otras condiciones, ya no podíamos hacer vida legal y muchos de los que estaban ahí dijeron adelante, adelante.

—¿Y qué sucedió, entonces? —insistió Ramón.

—Empecé con la idea de integrar un grupo para eso, prepararlo de otra manera. El movimiento campesino era fuerte, e iba avanzando cada vez más. Pero si este camino legal, pacífico, no nos daba resultado, tendríamos que prepararnos en otro sentido también, con las armas. A Salomón Gaytán y a su hermano Antonio les vi muchas cualidades y los llevé a Chihuahua. Primero que estudiaran, que terminaran la primaria. Se metieron a la escuela y rápidamente terminaron la primaria. Y ahí mismo empezamos a platicar. Rentamos un local, aparte de la oficina pública que ya teníamos. Allí empezamos a reunir materiales, documentos, mapas. A platicar sobre la capacitación militar. Pensé en mandar compañeros a otros países y hacer indagaciones, con quién conectarnos. Empecé a manejar al mismo tiempo que el proceso del movimiento social campesino, este otro proceso de entrenamiento armado. Uno en el aspecto legal y otro para preparar el alzamiento cuando fuera conveniente. Ésa es la verdad.

Ramón García se puso de pie. Tosió.

—¿Trae cigarrillos alguno de ustedes? —preguntó.

Mario Cruz le extendió un paquete de cigarrillos y fósforos. Ramón tomó uno y lo encendió.

—¿Dices que no era el local de la UGOCM? —señaló Francisco Contreras.

—Era una oficina exclusivamente para esa planeación militar. La conocían nada más Arturo Gámiz, el doctor Pablo Gómez, Salomón Gaytán y Lupito Escóbel. Y yo, naturalmente. Y Chacón. Ahí planeamos la toma del Agrario. Y teníamos mucho material concentrado, mapas militares. Donde veía algo relativo a la lucha armada, yo lo adquiría como podía. Ahí lo concentrábamos con vistas a poner en otro lugar un

centro de preparación más adecuado. Pero en esa casa empezamos a juntar cosas y a tratar asuntos más delicados. Está en la calle Ángel Trías, detrás de la Posada Tierra Blanca.

Ramón García seguía de pie. Fumaba lentamente, atento a la conversación.

—¿Quiénes son Alejandro Suárez y Alsacio Vanegas? —interrogó Mario.

—Arsacio. Como les digo, yo pensaba en prepararnos militarmente y encontrar quién nos entrenara. Alejandro Suárez, amigo mío desde hace mucho tiempo, conocía a Arsacio Vanegas, que fue el preparador físico del grupo de Fidel Castro. Como yo era el que andaba en esa indagación, me llevó con él, y en diversas ocasiones estuvimos con Arsacio en su casa, que vive por Lecumberri. También por ese rumbo vive Alejandro Suárez. Fue como entramos en contacto con Arsacio. Y nos ayudaron mucho David Estrada y su esposa Carlota Murrieta. Ella es de Tarachi, de Sonora. Viven enfrente de la alameda central, en la ciudad de México. Los dos merecen un monumento.

—¿Por qué no te informaron que atacarían, Álvaro? —volvió a plantear Ramón, que aún permanecía de pie y fumaba lo que restaba del cigarrillo.

—Porque analizamos ahí, muy elementales, por supuesto, varios escritos, que ya se referían muy concretamente al desarrollo de la lucha tal como la entendíamos nosotros para esa etapa. De ahí salieron documentos y acuerdos que no pudieron concretarse por distintas razones. Por ejemplo, en esa casa llegamos al acuerdo de tomar el cuartel de San Buenaventura. Yo no estaba de acuerdo con asaltar cuarteles en esa etapa de nuestra preparación militar. Sin embargo, por no dar la impresión de que estaba en desacuerdo con la lucha armada ni mucho menos, puesto que yo era el promotor de esa preparación, una vez que ya hubo consenso en atacarlo pedí que me autorizaran a dirigir la toma del cuartel. Yo tenía el convencimiento de que podía tomarlo. También de que no era el momento para hacerlo, naturalmente, que faltaba un largo trecho para llegar a esa etapa. Porque ya habíamos previsto que yo me concentrara en organizar el movimiento en Durango para después hacer lo mismo en Zacatecas y luego en Coahuila. Pero varios me dijeron que yo tenía miedo, incluso me lo reclamó así Matías Fernández. ¿No lo conocen, verdad?

—Yo sí. Él estuvo preso. Hombre muy cercano al doctor Gómez —dijo Francisco Contreras.

—«Si se trata de demostrar valor», les dije, «sólo porque estamos decididos a entrarle a la lucha armada, pues hay muchísimas cosas en esta etapa que requieren de una enorme decisión personal y también de valor». Uno de los argumentos de los compañeros para asaltar el cuartel era la necesidad de hacernos de armas. Pero hacerse de armas es lo más fácil del mundo, sin necesidad de arriesgarse en el asalto a un cuartel. Se pueden conseguir de otra fuente, de otra manera. Pero ya había en ellos esa obsesión y no quedaba otra. Por mis tareas aquí en Durango había perdido comunicación con ellos. Ahora veo que finalmente decidieron actuar por su cuenta.

—¿Esto lo sabía Jacinto López?

—No. Ni Vicente Lombardo Toledano, claro. Quizás lo sospecharon, pero nunca se les propuso.

—Lombardo lo hubiera rechazado.

—Yo sé bien cómo piensan Jacinto y Lombardo. Por supuesto que no estaban ni estarán de acuerdo.

—¿Nunca hubo una solicitud de apoyo al Partido popular para el levantamiento?

—No, en lo absoluto.

***

—¿Crees que todos lo entendíamos?

—Por eso estamos recapitulando las cosas. Tú misma lo has propuesto.

—De acuerdo, Saúl, sigamos reordenando las cosas. Primero aquí, en Chihuahua.

—En Chihuahua nos concentramos en una casa de seguridad. En dos, tres horas se verificó el equipo y se repartieron las armas. Los que se entrenaban en México eran entre doce y quince personas. En esa casa del barrio Santo Niño se nos explica muy rápidamente que el objetivo es Madera. Claro que antes se habían reunido ustedes con Arturo, Salomón y Pablo. Acordaron que saliéramos en tres grupos. En el taxi de Torreón se irían los mismos: Arturo, Salomón, Óscar Sandoval y mi tío Pablo. Creo que dos más se unieron a ellos. En tren se irían los otros que entrenaban en México.

—Se fueron en autobús, Saúl.

—Yo sabía que en tren.

—Regresaron en tren, pero se fueron en autobús.

—Bueno, debían irse vestidos normalmente, sin armas, sin nada; al llegar a la ciudad de Madera debían hospedarse y levantar planos de las instalaciones estratégicas: el cuartel, la comandancia de policía, bancos, radiodifusora, conseguir material para hacer bombas molotov y calcular el número de soldados. Eran Pedro, Juanito, el otro Juan, el que se llamaba Águila, y creo que dos compañeros de Jalisco. En automóvil iríamos los menos conocidos, porque no teníamos orden de aprehensión ni nada por el estilo. Debíamos llegar hasta un cierto lugar, no recuerdo exactamente si Tomochic. Ahí nos conectaríamos con Miguel Quiñones o con Rafael Valdivia, uno de esos dos, para juntarnos con el grupo de Arturo.

—Era Miguel Quiñones, Saúl. En Ariseachic debían reunirse los grupos. Martínez Valdivia estaba en Basúchil.

—Así es, en Ariseachic debíamos reunirnos. Yo iba en el chevrolet viejo. El chofer se regresaría con el carro.

—¿Iban ocho o nueve?

—Íbamos Emilio Gámiz, Matías, Paco, yo. Recuerdo que éramos siete, más el chofer, que era maestro de música, Fernando Hernández. Llevábamos nuestras

armas y las del grupo que yo pensaba que se había ido en tren. Nos conectaríamos con ellos en Ciudad Madera, en un lugar que se llama Los Leones. Ahí se repartiría la gente para el asalto.

—Faltaba otro grupo, el de Salvador y Antonio Gaytán.

—Pero eso no todos lo sabíamos.

—Ellos traían las armas que se habían tomado a policías y a soldados durante los enfrentamientos en la sierra.

—Tienes razón, faltaban esas armas.

—Escúchame, Saúl, ¿cuántos estaban en México? ¿Más de quince compañeros?

—Entre doce y quince.

—Supongamos que quince. El grupo en que tú ibas era de siete. Con Salvador Gaytán venían sólo su hermano y acaso dos compañeros más. Si se hubieran reunido todos, hubieran sido veinticinco personas. Pocos para más de cien soldados.

—No sabíamos que habría tantos soldados. Eres muy cuidadosa en tus cálculos y en las líneas del plan, pero falta recordar esto. Era una responsabilidad del grupo que dices tú que se fue en autobús. Cuando yo estuve en Madera, me di cuenta de que había como cincuenta soldados, pero no tuve a quién darle esa información.

—Bueno, volvamos a la idea del asalto.

—Tuvimos muchas dificultades. Nos detuvimos unos kilómetros después de ciudad de Guerrero, porque el río venía muy crecido. Permanecimos ahí casi medio día. Acordamos que uno de nosotros fuera a Madera a avisarle al otro grupo que no se desesperara. Porque el ataque pensaban hacerlo entre el 16 y 17 de septiembre, y ya para esas fechas era el 17.

—Pero la reunión en Chihuahua fue el día 15.

—El 15. O espera, no estoy muy seguro. La reunión fue muy tarde, porque mi tío y Arturo Gámiz llegaron en el taxi secuestrado en Torreón.

—Fue el 15 en la noche. Tú y yo los esperamos en la pequeña plaza triangular de la calle Lerdo, ¿no recuerdas? Tuvieron que salir la mañana del 16. Hubiera sido imposible atacar ese día. Ni siquiera el 17.

—Yo recuerdo la fecha del 17 de septiembre.

—Sí, para la concentración de los grupos.

—El caso es que dormimos la noche del 16 junto al río y al día siguiente me tocó ir a Madera a avisar a los que se hospedaban en el hotel. Ellos tenían que acudir todas las noches al Presón de Los Leones y ahí…

—Presón de Golondrinas, Saúl, no de Los Leones.

—Pues ahí debían esperar respuesta de nosotros. Al no encontrar contacto y no disponer de más dinero, se fueron.

—Ellos estaban ahí cuando tú llegaste. Se fueron dos o tres días después.

—¿No se habían ido?

—No. Estaban en Madera.

—Pues llegué en camión el mismo día 17. Por cierto, en la terminal de camiones

el jefe de los rurales, Rito Caldera, veía atentamente a los pasajeros que llegábamos. En fin, los busqué en hoteles y en el pueblo y no aparecieron. En la noche fui a buscarlos al Presón, pero ni siquiera di con el lugar. Regresé al hotel casi de madrugada y muy sucio. No llevaba cambio de ropa, así que quizás llamé la atención. Posiblemente fue un error también preguntarle a la camarera dónde estaban situados los edificios que yo debí haber localizado por mí mismo. Ya había desayunado y estaba de pie en el ventanal del hotel contemplando la lluvia. De pronto, por el reflejo del vidrio vi la imagen de la camarera hablando con un hombre alto, de chamarra negra. Me volví a verlos y ella me estaba señalando con la mano. El hombre salió por el frente del restorán y yo salí por atrás del hotel, para seguirlo. Al doblar unas cuantas calles supe que se dirigía a la comandancia de policía. Lo estuve vigilando a distancia de dos calles. Al rato salió de la comandancia con un acompañante. Me distinguieron y comenzaron a seguirme. Caminé más rápido y ellos también. Corrí finalmente y ellos tras de mí. Tuve que ocultarme en unos maizales, en las afueras del pueblo. Posiblemente ya habían encontrado el taxi; no sé si concordaron esas fechas cuando el taxista dio su versión a la policía y andaban buscando a los sospechosos. En esas milpas me oculté hasta las ocho de la noche. Me acerqué a una curva donde el tren tenía que disminuir la velocidad y ahí me subí y me dormí entre unos troncos, mojado y con frío, porque durante el día estuvo cayendo una llovizna muy fina. Un garrotero me despertó, pero me dejó ir en el cabús hasta La Junta. Abordé un camión y llegué a Anáhuac. De ahí pedí aventón hasta Chihuahua. Primero fui a buscar a Pedro y a Paquita, pero desde el día 16 les habían montado vigilancia policiaca. De ahí me fui a tu casa. Tú y yo pensamos que como no pudieron concentrarse los grupos se había postergado el ataque. Pero sigo creyendo que pudimos habernos reunido todos.

—Sólo algunos tenían entrenamiento, debemos tomarlo en cuenta.

—En táctica militar, es cierto. Pero calculábamos que serían dos pelotones, máximo. Si no se rendían, incendiaríamos el cuartel para obligarlos a salir y tendríamos copadas las salidas. Sobre esa base el triunfo era fácil, en lo que cabe hablar de facilidad en estas cuestiones.

—Pero tú viste a cincuenta soldados.

—Pensábamos que la acción tendría una gran repercusión a nivel campesino y de escuelas normales rurales. En ese momento había una efervescencia tremenda y mucho contacto con otras normales rurales; yo recuerdo que Pablo y Arturo sostuvieron pláticas en el Mexe, de Hidalgo, y en San Marcos, Zacatecas. En el estado de Chihuahua iba a sobrar, pero así, sobrar gente para incorporarse a nosotros. En una ocasión, cuando Arturo hizo las primeras acciones, mi tío Pablo Gómez tuvo que bajar del tren a un grupo de muchachas que se querían remontar a la sierra. Eran de la normal de Saucillo.

—¿Por qué atacaron, Saúl, si los grupos no habían podido reunirse?

—Ellos discutieron si se atacaba en esas condiciones o no. Creo que mi tío

propuso no atacar. Pero como era la primera vez que participaba en acciones armadas no quiso insistir mucho, para que no pensaran que tenía miedo. Parece que la última decisión la tomó Arturo.

—Las acciones armadas anteriores habían sido exitosas. Arturo y Salomón se sentían seguros.

—Sí, habían emboscado a agentes judiciales y a soldados. No habían fallado. Tenían confianza.

—Varios de ellos participaron en un ataque al cuartel de la policía judicial, cuando capturaron a Rito Caldera. Me refiero a ese asalto. Fue al amanecer y también se apostaron en semicírculo, con armas y bombas molotov. En esa ocasión lograron incendiar la casa que funcionaba como cuartel. Pensaron que sería igual esta vez. Por eso cuesta mucho trabajo creer que solamente fue un gran descuido.

—Esa idea de que nos traicionaron surgió casi inmediatamente, ¿recuerdas? Después del ataque, todos se quedaron escondidos, menos yo, porque no había orden de detención abierta contra mí. Y no detuvieron a nadie, aunque hubiera sido muy fácil: tenían detectados a todos y había muchas denuncias sobre maestros y estudiantes que simpatizaban o estaban ligados con la guerrilla. Había órdenes de aprehensión que no llevaron a cabo. No catearon casas que tenían perfectamente localizadas. Era más bien un cerco para aterrorizarnos. Pero seguíamos pensando que nada más tú y yo podíamos actuar abiertamente.

—Sí, nada más tú y yo, así fue.

—Pero andábamos sin comer, desvelados; no podíamos hacer un balance a fondo. Era fundamental que no se desmoralizara la gente y que tuvieran la confianza de que iba a seguir el movimiento. Por eso empezamos a ver a estudiantes y maestros que pertenecían a la organización y les dábamos consignas para seguir preparándose, para conseguir material, lo que fuera. Eso duramos haciéndolo… no recuerdo exactamente.

—Tres semanas, Saúl, luego entramos en la clandestinidad.

—Sí, después de dos meses hablábamos ya del «movimiento 23 de septiembre», lo que se pudiera llamar la tendencia estudiantil. Como no lográbamos tener contacto con el grupo de la sierra en el que habían quedado sobrevivientes, formamos el comité preparatorio de restauración. Éramos alrededor de siete personas.

—Sí, éramos siete.

—Entonces se incorporó Jacobo Gámiz. Meses atrás, cuando el grupo se entrenaba militarmente en México, él le sirvió a Arturo Gámiz en un papel muy similar al mío, de buzón y para conseguir ayuda económica o lugares donde dormir. Debió haber tenido en ese momento 22 años. Cuando lo vimos, ya tenía la decisión tomada. Como estaba casado, llevó a su esposa y a una hija recién nacida con los suegros y se incorporó de inmediato. Empezamos a conseguir equipo, a organizarnos internamente, a mandar correos a Chihuahua para coordinar a la gente y mantener los contactos con el aparato urbano, que había quedado intacto. En Chihuahua se

había quedado Óscar González y nosotros le dijimos que estábamos trabajando. Fue cuando empezó a haber cierta desconfianza porque pensaron que nosotros queríamos tomar la dirección del movimiento. Porque nosotros no veíamos el movimiento como una lucha regional contra los caciques y así lo veía la gente de la sierra. Ya había desconfianza. Óscar González me imagino que siguió un proceso similar, porque él decía que nosotros no podíamos quedar en la dirección.

—¿No era ya, en el fondo, una lucha abierta por la dirección?

—Mi impresión es que los sobrevivientes y los compañeros de la sierra querían tener juntos ciertos acuerdos antes de reunirse con nosotros. Me refiero a Lupito, Salvador, Antonio, Ramón, Óscar González, el Capitán y Juan Águila. Eran seis o siete, yo creo. Por esos días conocimos los antecedentes del capitán Lorenzo Cárdenas Barajas. Gente de Cuba nos dijo que pertenece al grupo de inteligencia del ejército, pero no podíamos decirle esto a los compañeros, porque aún creían en él, nos hubieran acusado de provocadores. Tiempo después, cuando yo salí de la cárcel, comprendí que incluso Juan Águila actuaba como agente del gobierno.

—Lo del Capitán es seguro, Saúl.

—Tenía mucha influencia sobre ellos por el entrenamiento militar que les había dado. También porque en México llegaban a la casa de él. Era dueño de una fábrica de mosaicos por la avenida División del Norte. Unos dormían en su casa y les pagaba hotel a otros. Les daba dinero, los sostenía. Cuando íbamos en el chevrolet hacia la sierra, a Guerrero, un compañero nos iba diciendo que el capitán habla como se le presente la persona. Si es de México, le da el sonecito. Con los nuestros habla como norteño, para poderse identificar, con una voz timbrada. A este compañero le tocó oírlo hablar con otro de por allí y le hablaba de otra manera. En todo tiempo es muy consciente de cómo está hablando. Según como le hablen, hace lo mismo. El contacto fue por un diputado que se llama Rafael Estrada Villa; él nos decía que el capitán Cárdenas había entrenado a los cubanos. Pero el capitán nos traicionó.

—Por ello pensé que Óscar González defendería una tercera posición, pero se plegó a ellos.

—Yo creo que en el fondo pensaba como nosotros, que después del trabajo de masas no debíamos concentrarnos otra vez en un solo estado, sino crear un movimiento nacional. La tendencia de ellos era regresarse a Chihuahua, a la sierra. Éste era otro punto de escisión. Fue cuando Óscar González leyó un documento en el que señalaba que no era el momento de la lucha guerrillera, sino hacer una lucha de masas. Como entonces todos eran fanáticos de la guerrilla, no lo fusilaron ahí porque no podían.

—Pero en el fondo estaba de acuerdo con ellos, porque se plegó a la decisión de seguir en la lucha armada.

—Fue fundamental esa discusión del rompimiento. Fue muy crítica, muy tensa, pero sin violencia. Por eso decidimos repartirnos por mitad el equipo. Estos

compañeros deciden continuar con el capitán Cárdenas y ese mismo día nosotros desmantelamos el departamento y nos desaparecimos. Desconfiábamos del capitán Cárdenas. Temíamos que por sus informes pudieran detenernos, cualquier cosa.

—Dime qué pasó con ustedes, porque yo me fui a Guerrero en ese momento.

—Nos retiramos a ese lugar del estado de Hidalgo, al Chico. Queríamos concentrarnos en capacitación teórica y entrenamiento físico. El entrenamiento militar era muy reducido, porque no podíamos recurrir a nadie. Leíamos manuales de la guerra de guerrillas y cosas de ese estilo, particularmente los apuntes de Arturo Gámiz sobre el guerrillero. Tú regresaste muy pronto, ¿recuerdas? Venías muy sorprendida del trabajo en el estado de Guerrero. Sabíamos que había más condiciones en ese entonces para desarrollarnos y crecer en el ambiente rural, pero lo importante es que ya teníamos la concepción del movimiento a un nivel nacional y necesitábamos un aparato urbano de apoyo que también realizara acciones. El control del aparato urbano inicial lo seguimos manteniendo nosotros. Pero los contactos con simpatizantes campesinos se quedaron con el grupo de Óscar González y los Gaytán. Luego tomó forma nuestra concepción de aglutinar los futuros cuadros de la organización sobre la base de un consejo comandante, podíamos decir de un estado mayor. Las decisiones debían surgir de las discusiones en ese estado mayor. Discutíamos, se tomaban directrices y luego cada quien se iba a su lugar respectivo, a Guerrero, Durango o Chihuahua, y otros se quedaban en México. Analizábamos los resultados, se hacían las críticas del trabajo, se veía cuáles habían sido los avances y planteábamos nuevas directrices para varios meses. En eso estábamos…

—En eso estábamos, Saúl, cuando nos aprehenden.

—Sí, cuando nos aprehenden.

***

—Quizás sea cuestión de términos o de conceptos, pero a nosotros también nos importa acabar con la guerrilla. No veo otro camino para asegurar la paz social en el estado —comentó el procurador José Melgar de la Peña.

—Acabar con los guerrilleros es una solución fragmentaria. Una solución policiaca, digamos —replicó Salvador del Toro—. No una solución de fondo.

—Y para usted una solución de fondo pasaría por la expropiación de las tierras de Bosques de Chihuahua.

—No sólo de Bosques de Chihuahua y de Cuatro Amigos. Pasaría por un cambio de mentalidad política en el gobernador Giner, que ve los conflictos agrarios como un ataque personal a su gobierno.

—Es difícil para un gobernador ver los conflictos como algo ajeno. Además, la prensa está en contra suya. El coronel García Valseca, dueño de la cadena de periódicos a la que pertenece *El Heraldo* tiene pleito contra él.

—Sólo trato de explicarme algunas cosas en voz alta. Porque usted es abogado.

—Lo interrumpí. Discúlpeme usted, por favor.

Salvador del Toro miró al procurador José Melgar de la Peña. Parecía atento, amigable. Parecía sonreír, incluso. Era como si estuviera viviendo de nuevo algo ya ocurrido, ya planeado, ya solucionado de antemano y vuelto a descomponer. Se encontraban en el palacio federal de la ciudad de Chihuahua. Eran casi las nueve de la noche, pero había movimiento aún en esa planta superior del edificio; un grupo de militares aguardaba en el corredor exterior, frente a las oficinas del general Garza Zamora; alcanzaban a escuchar las voces, nutridas, constantes. La oficina de Salvador del Toro parecía tranquila, como si no fuera un despacho público, sino un lugar familiar, apacible. Terminaban de beber la segunda taza de café.

—Ayer en la tarde me pidió el gobernador que lo visitara —prosiguió Salvador del Toro; el procurador lo escuchó, atento—. Sacó una hoja de papel del escritorio y me dijo: «Ésta es la lista de mis enemigos. Le pido que los meta a la cárcel». Comenzó a leer la lista. La encabezaba el licenciado Guillermo Gallardo.

—El director del semanario *Índice.*

Salvador del Toro asintió.

—Está preso por homicidio, no por opiniones políticas —apuntó el procurador Melgar de la Peña—. Cuestiones pasionales, amores con un joven.

Salvador del Toro tosió.

—Le gustan los muchachos —insistió el procurador.

Salvador del Toro no tenía esa información y el procurador lo notó.

—Me extraña que el gobernador le pidiera a usted meter a la cárcel a esos supuestos enemigos —avanzó Melgar de la Peña—. Primero, porque Gallardo ya está preso. Segundo, porque si el general quisiera meter a alguien más a la cárcel sabría a quién pedirlo. No a usted.

—Precisamente. Quise explicarle que mi trabajo consiste en iniciar la averiguación previa cuando se denuncien hechos delictivos para después ejercer acción penal en caso de que ello proceda legalmente. El general me interrumpió. «¡Está bueno!», dijo. «Ya hablaremos otro día.»

—¿Usted cree que no se le puede contradecir? —preguntó el procurador.

—Cuando usted y yo desayunamos con él me pidió que fuera duro contra los inconformes, que sólo así podía restablecerse el orden, ¿no lo recuerda ya?

—El gobernador es general, licenciado. Piensa como general, actúa como general y está acostumbrado a mandar. Cuando se le habla de cosas legales cree que no se le quiere ayudar.

—A Javier García Travesí le fue peor con el general Bazán Guzmán.

—Parece que es una característica de los generales.

—A excepción de Garza Zamora, creo.

—Sí, tiene razón.

—¿Sabía usted que uno de los latifundistas de la familia Ibarra, Florentino, mató

a un familiar de los Gaytán y que arrastró el cadáver a cabeza de silla? —comentó de pronto Salvador del Toro.

—No lo sabía. ¿Quiere decir que en esto hay razones personales y no sólo agrarias?

—El ejército llegó desde hace algunos meses a la sierra en busca de los guerrilleros. Pero la policía rural y los pistoleros de las grandes empresas latifundistas tienen años en la sierra agrediendo a la población.

—A veces se me olvida que es usted un agente del ministerio público —rió de buena gana el procurador.

—Algo entendí de los conflictos agrarios en Chihuahua el año pasado. Usted no era aún procurador.

—Lo era el licenciado Hipólito Villa, es cierto.

—En esa ocasión conocí a Arturo Gámiz. Supe cómo era él. También conocí al gobernador Giner. Ahora vuelvo a saber cómo es él, se lo aseguro.

—No necesita asegurarlo. Se lo creo.

Llamaron a la puerta. Salvador del Toro se incorporó y atravesó la oficina. Abrió la puerta de madera y vidrio de gota. Era un asistente del general Garza Zamora. Le hizo entrega de un documento. Salvador del Toro asintió en silencio, luego aseguró que se comunicaría con ellos al día siguiente, a primera hora. Regresó al escritorio.

—¿Más café, señor procurador?

—Estoy bien así, gracias.

—Le decía que trabajé muy de cerca con el delegado del departamento agrario, el ingeniero Eduardo Juárez Santoscoy —reanudó Salvador del Toro la conversación—. Creo que en ese momento estuvimos a punto de solucionar para siempre este conflicto.

—«Siempre» es una palabra muy filosófica, licenciado. Difícil de situarla en la realidad.

—Si hubiéramos resuelto las cosas como se le ordenó al gobernador Giner, jamás se hubieran levantado en armas. Hablé con Arturo Gámiz lo suficiente para solucionar el conflicto de la invasión de tierras de 1964.

—Dice usted bien: «Como se le ordenó al gobernador Giner». Las autoridades federales creen que todo consiste en ordenar. Todo mundo nos ordena.

—«Todo mundo» es una expresión también muy abarcante, señor procurador, y muy difícil de identificar en la realidad.

Melgar de la Peña volvió a reír. Era afable. Había brillo y buen humor en sus ojos.

—Bueno, licenciado Del Toro, en ese mismo año, en 1964, Arturo Gámiz se levantó en armas. Quizás un mes después de hablar con usted.

—Lo obligaron a levantarse en armas, después del mitin que acabó en incendio.

—Por ese incendio el licenciado Hipólito Villa dejó la Procuraduría del estado y yo lo reemplacé el 15 de mayo. Pudieron haber lesionado gravemente al licenciado Gustavo Díaz Ordaz, que era candidato presidencial. Ahora es presidente de la

república. Fueron estudiantes normalistas los causantes.

—Pero no gente de Gámiz.

—Para el general Giner no hay mucha diferencia. Lo importante para él es que estos muchachos son «palominos», gente del líder nacional Danzós Palomino, y por lo tanto forman parte de otros conflictos del país, no del estado de Chihuahua. Les dice «muchachitos».

—No era un muchachito el doctor Pablo Gómez, por ejemplo.

—Por cierto, ¿sabe usted que Pablo Gómez y su hermano Raúl participaron el año pasado en las elecciones federales? Hicieron campaña como candidatos a diputados federales del Partido popular socialista por los distritos de Saucillo y de Guerrero.

—Ya estaba levantado Gámiz.

—Así es.

—Eso demuestra que aún pensaban que era posible luchar por medios legales y no sólo con las armas. Eran gente abierta.

—Demuestra también que era un grupo difícil de entender, complejo. El doctor Pablo Gómez intentó irse el año pasado a Cuba, cuando fracasó en las elecciones. Quiso llevarse a la familia, establecerse allá como médico y profesor.

—¿Por qué no se fue?

—La izquierda se pelea entre sí. Alguien de su propio partido lo bloqueó. O quizás del Partido comunista. Lo vetaron y Cuba le retiró la invitación. Se incorporó después al grupo de Gámiz, tardíamente. Quizás a principios de este mismo año.

—El destino.

—Vaya usted a saber. Pero volviendo a ese asunto del Departamento agrario y Gámiz.

—Le decía que Arturo Gámiz era muy abierto y tenía mucha disposición. Pero el asunto era viejo. Ya había instrucciones presidenciales que no se cumplieron y estaban suspendidas. En octubre o noviembre de 1960 estuvo aquí, de gira en el estado de Chihuahua, el presidente Adolfo López Mateos, y le volvieron a plantear por escrito el mismo reclamo de tierras. Yo analicé el escrito en un memorándum enviado en marzo del 61 al jefe del Departamento de asuntos agrarios y colonización, en la ciudad de México. Denunciaban latifundios en los municipios de Casas Grandes, Madera, Temosachic y Gómez Farías. Hablaban de la ex hacienda de Bavícora, de la Hacienda de Chávez, de Casa Colorada, las Varas y muchas más. Claro, también denunciaban los atracos que habían sufrido de Bosques de Chihuahua y de los Cuatro Amigos. Le estoy diciendo a usted cosas del dominio público, no información reservada.

—Le agradezco que toda la información que comparte conmigo sea del dominio público, licenciado. Así no me compromete.

—Ni usted ni yo —confirmó sonriente Salvador del Toro.

—Este reclamo era de la Unión general de obreros y campesinos de México, ¿no es así? —continuó Melgar de la Peña.

—En efecto, de la UGOCM. Firmaban tres dirigentes regionales. Uno de ellos se apellidaba Luján.

—Leonel Luján. Se trata del hijo del profesor Francisco Luján Adame, un líder campesino de Madera, al que asesinaron.

—En el escrito denunciaban ese asesinato y el de otro campesino llamado Carlos Ríos como acciones de pistoleros de Bosques de Chihuahua y de Cuatro Amigos.

—Eso se dijo.

—Usted conoce sobradamente estos asuntos, señor procurador, son viejos ya, insisto. En el caso de Carlos Ríos vieron a Florentino Ibarra asesinarlo a sangre fría. En cuanto al asesino de Luján Adame, se fugó de la oficina y todavía recomendó que ayudaran al profesor, porque se estaba muriendo.

—Álvaro Ríos y Arturo Gámiz organizaron una caravana de campesinos como protesta. Gámiz estaba ya muy comprometido desde entonces. A partir de esa caravana empezaron las marchas y las invasiones de tierras en el estado de Chihuahua.

—Pero Arturo Gámiz no aparece en el documento. Junto a Luján firma un Márquez.

—Francisco Márquez. Se encuentra preso en Ciudad Juárez.

—¿Por qué?

El procurador sonrió de nuevo.

—Desconozco el caso —contestó—. Pero habrá cometido algún delito.

—¿No fue porque organizaba marchas, caravanas o invasiones de tierras?

—O ataques a cuarteles, como ahora, le faltó decir.

Esta vez rió Salvador del Toro.

—Aquí no fabricamos delitos, se lo aseguro —apuntó el procurador, aún sonriente.

Salvador del Toro revisó entre sus papeles, buscando una nota. El procurador lo observaba en silencio. Era tarde. Sintió sed.

—Aquí está —dijo por fin Salvador del Toro—. Manuel Márquez. Debe ser el hijo.

—¿De Francisco Márquez?

—Sí —Salvador del Toro releía la nota en silencio—. Tienen detenido a su hijo aquí, en la ciudad de Chihuahua —levantó la vista—. ¿Usted lo arrestó?

—Claro que no. ¿Por organizar caravanas y marchas? Primera noticia que tengo.

—El ejército se molestó porque este muchacho sirvió de guía al periodista Víctor Rico Galán. Estuvieron en Cebadilla de Dolores. Rico Galán preparó un reportaje para la revista *Sucesos.* El general Bazán Guzmán está preocupado. Estuvo conversando con él en una brecha de la sierra. Quiso aprehender ahí mismo a Márquez, pero Rico Galán lo amenazó con hacer un escándalo en la prensa de la ciudad de México.

—Gracias por esta información que aún no es del dominio público, licenciado.

Pero es interesante que un periodista de la talla de Víctor Rico Galán haya visitado la sierra, ¿no?

—El muchacho está detenido aquí, en la ciudad de Chihuahua. Lo detuvieron cuerpos policiacos. Y no dudo de que esta información la haga de dominio público muy pronto Rico Galán, no yo.

—No lo tiene la policía que está bajo mi mando, se lo aseguro.

—Entonces lo detuvo la policía del estado, el general Mendoza, ¿eso me quiere decir?

—A esos policías les llaman en la sierra «los rurales».

—Están bajo el mando del general Mendoza, ¿verdad?

—Usted es dueño de toda la información, licenciado. Nada nos ha dejado saber a nosotros ya. Y usted entenderá que esta policía es irregular.

—No irregular. Ilegal, inconstitucional.

—Así es. Podríamos decirlo así. El brazo derecho del general Mendoza en la sierra se llama Rito Caldera.

—Quizás están esperando que aparezca el artículo en la ciudad de México para liberarlo.

—Tal vez. ¿Y cómo llegó Rico Galán con este muchacho?

—Al parecer, por recomendación de Álvaro Ríos.

—Ah, es asunto de Álvaro Ríos. Lo envió Álvaro.

—La última firma en el documento de que le hablaba era precisamente de Álvaro Ríos.

—¡Seguro!

—Leonel Luján y Márquez firmaban por el Comité ejecutivo de obreros y campesinos de la región de Madera. Álvaro Ríos por el secretariado nacional de la UGOCM.

—Álvaro Ríos está ahora en Durango. Cree que lo van a arrestar por el ataque al cuartel.

—¿Piensa usted que está implicado en el asalto?

—No. Estuvo en Ciudad Juárez los días 21 y 22 de septiembre. El día 23, el día del ataque, salió de Ciudad Juárez y ya no se detuvo, siguió por la carretera panamericana hasta llegar a Durango.

—El documento del Congreso del estado lo menciona como guerrillero.

—Los diputados arrearon parejo. Lo metieron en el mismo saco.

—Pero él no está implicado en el levantamiento armado.

—Vea usted que con Álvaro Ríos y con Arturo Gámiz empezaron las caravanas de campesinos, los plantones y las invasiones de tierras. Y ahí estuvieron Pablo Gómez y su hermano Raúl. Y todos los que se convirtieron en guerrilleros, los que aún no se convierten o los que ya no quisieron serlo. Un año después de ese escrito que usted elogia tanto, en 1962, invadieron tierras en un lugar de la sierra llamado Santa Rita. Álvaro Ríos y Salomón Gaytán eran los dirigentes. También Pancho

Márquez, el padre de este muchacho que dice usted que tienen detenido. Fue una invasión muy organizada y sabemos que varias docenas de campesinos estaban armados y dispuestos a enfrentarse a la policía judicial. Corrimos un gran riesgo ahí. Desde entonces han traído al estado todo revuelto. Y ahora no solamente Chihuahua, sino Durango. Álvaro Ríos ya ha organizado marchas de campesinos e invasiones de tierras en Durango.

—Algunos documentos que tenía en sus ropas el doctor Pablo Gómez vinculan a la UGOCM con varios sitios de Durango, como Las Nieves y Torreón de Cañas.

—Ahí se reunieron Arturo Gámiz y sus guerrilleros el año pasado con estudiantes y campesinos. Ahí está ahora Álvaro Ríos. Por eso el general Giner le pidió a usted ayuda.

—No me pidió ayuda para entender ni investigar, sólo para encarcelar.

—Qué raro que le pida eso, insisto, porque el gobernador piensa que no lo han querido apoyar las autoridades federales agrarias. Quiere ver si hacen más caso al Congreso del estado.

—Usted sabe que yo soy un modesto empleado de la Procuraduría general de la república. No tengo el menor acceso a las decisiones de las autoridades federales a las que se refiere el general Giner.

—Los informes que usted envía al señor procurador general de la república son ahora enviadas directamente al presidente de la república, licenciado.

—Reciben informes más útiles del general Tiburcio Garza Zamora y del secretario de Gobierno del estado.

—Ellos proporcionan información importante desde el punto de vista del gobierno del estado. Pero usted ofrece un análisis muy diferente.

—No diferente, sólo procesalmente válido. Jurídicamente válido.

—En este momento es difícil distinguir entre los procedimientos jurídicamente válidos y la toma de decisiones políticas.

—Mis funciones en Chihuahua son muy limitadas. El general Giner cree que puedo actuar más allá de mis atribuciones.

—Quizás esté equivocado el general Giner. Y yo también. Pero en la ciudad de México creen que estamos muy lejos del país. Creen que afectando latifundios en Chihuahua resolverán el conflicto en el país entero. Álvaro Ríos ahora está organizando campesinos en Durango. No sabemos si mañana tendremos conflictos en otros estados del país.

—¿Por qué no han arrestado a Álvaro Ríos, entonces?

—Hace tres o cuatro años lo arrestaron por homicidio tumultuario. A mí me tocó defenderlo como abogado.

—¿Usted?

—Yo era en ese momento defensor de oficio y me encomendaron el caso. Demostré que él no había participado en el linchamiento de uno de los muchachos que envió el obispo Talamás para interrumpir un mitin.

—¿El obispo?

—Protestaban por la invasión de Estados Unidos en Playa Girón. Era una concentración popular de apoyo a Cuba. No le gustó al obispo.

—Fue en 1961, entonces.

—Así es, fue en 1961. Yo contaba con muchas fotografías de la concentración. Lo defendí y lo libré de esa imputación.

—¿Lo defendería ahora?

—Quizás nuestras perspectivas sean diferentes. A usted le interesará cada vez más, yo supongo, investigar a gente como Álvaro Ríos. Hablábamos hace un momento del periodista Rico Galán. Por ejemplo, quizás ya sabe usted que Luis Echeverría, el secretario de Gobernación, exigió al licenciado Vicente Grajeda Pedraza, nuestro secretario de Gobierno, que arrestáramos a Rico Galán con sus cómplices subversivos de Chihuahua. Pero además le digo que Luis Echeverría habla directamente con el general Giner; Echeverría le comunica telefónicamente todas las órdenes. El general Giner no se manda solo.

—¿Qué ocurrió?

—Echeverría cree que uno de los cómplices de Rico Galán en Chihuahua es Pepe Lolo. El licenciado Grajeda se rehusó a aceptar tal locura. No se rió en el teléfono por respeto.

—¿Cuál Pepe Lolo?

—José Dolores Fernández, el dueño del restorán «La olla». Es asturiano. Atendió a Rico Galán por eso mismo, porque ambos son españoles. Nadie en Chihuahua sería capaz de tanta locura. ¡Imagínese usted! ¡Arrestar a Pepe Lolo por subversivo! ¡Qué ocurrencia!

***

Fue una semana antes, el día 9 de septiembre. Llegaron dos compañeros y los alojamos en la parte trasera de nuestra casa, en la planta alta. Ahí habíamos instalado el mimeógrafo y mesas para imprimir los materiales que se necesitaran, como los documentos del Segundo encuentro de la sierra «Heraclio Bernal» y periódicos sobre las invasiones de tierras y marchas campesinas. Llegaron en la noche y traían varios bultos; no supe si transportaban dinamita, armas o documentos. Juan Águila era comunicativo; Jesús Valdivia, el campesino de San Miguel Allende, Guanajuato, más silencioso. Tú misma venías a prepararles comida en nuestra casa y Óscar González y tú hablaban en privado con ellos largo tiempo, en las tardes. Pero nadie nos dijo lo que planeaban hacer. Ni a Juan Fernández y a sus dos hermanas, que vivían con nosotros, ni a Paquita y a mí. La noche del 15 de septiembre Saúl y tú esperaron al grupo que venía en el taxi secuestrado en Torreón. Los demás habían llegado por tren o en autobús. El caso es, como se dice, que había una parvada de gente en nuestra casa. Cuando terminó la reunión, Óscar González

nos dijo a Juan Fernández y a mí que nos fuéramos a Madera con Jesús Valdivia, Juan Águila y dos compañeros más, que no conocíamos. Llegamos a la estación de autobuses la mañana del 16 y abordamos primero Juan Fernández y yo, luego Jesús Valdivia y Juan Águila, y más tarde los otros dos compañeros, como si fuéramos desconocidos. Llegamos al atardecer. Debíamos investigar el movimiento de soldados en el cuartel, cuántos se concentraban en la ciudad o alrededores y localizar la radiodifusora y bancos de la ciudad. Dormimos en un hotelito y al día siguiente nos dedicamos a recabar la información. No anduvimos juntos, sino por separado, en parejas, como habíamos viajado en el autobús. En la noche salimos de Madera y caminamos por los llanos hacia el Presón de Golondrinas; ahí otros compañeros nos iban a encontrar. Ascendimos por el camino hasta que topamos con unas casitas donde había perros. Nos regresamos y volvimos a hacer el recorrido varias veces. Al amanecer retornamos a Madera. Muy temprano los soldados se formaban en fila entre la barraca más grande, la de dos pisos y techo de lámina, y el edificio de Bosques de Chihuahua, que antes había sido el de los talleres de Ferrocarriles, la Casa Redonda. Calculamos que de 113 a 116 soldados se formaban para tomar el rancho o pasar revista en ese espacio del cuartel. No vimos camiones por la brecha ni campamentos fuera de la ciudad. Pero a dos calles de la Presidencia municipal permanecían durante la noche quince o veinte soldados más; tal vez para la vigilancia de bancos e instalaciones del ayuntamiento. Juan Fernández y yo pensamos que en la sierra desarrollaríamos acciones preparatorias y que una de ellas era recabar esta información para tomarla en cuenta después. «Ustedes vean cuántos soldados hay, cómo es el movimiento del cuartel, cambios de guardias, cómo es el lugar» y cosas así. Pero Óscar González nunca nos dijo: «En dos días vamos a atacar el cuartel». Tampoco nos lo dijiste tú, que estabas informada. Pienso que por razones de seguridad lo mismo le ocurrió a nuestros compañeros. Y resulta que el día 19 empezaron a seguir un cabo y varios policías a Juan Águila y a Jesús Valdivia; un rato los estuvieron vigilando; éstos anduvieron haciéndose locos por ahí. Esa noche, cuando salimos a los llanos, decidimos no regresar al hotel. Después del recorrido nocturno salimos del camino y asamos elotes al amanecer, para que no se viera la lumbre ni el humo. Nos metimos a los cerritos más cercanos, del lado izquierdo. Había un maizal en flor y ahí dormimos. Vigilamos durante el día con mucha atención. En la noche regresamos al camino, ahora sí ya muy cautos, y emprendimos nuestros recorridos. Como a nadie encontramos, decidimos regresar a Chihuahua. Ya no dormimos en el maizal, porque durante el día pasaron por allí dos muchachos a caballo y nos vieron. Nos metimos en otro cerro más alto, pero junto a la brecha. Dormimos parte de la noche debajo de un encino, todos juntos para no tener frío, porque esa noche fue la primera helada. Llegamos a tomar el tren al amanecer y en los rieles había escarcha. Cuatro o cinco personas esperaban el tren ahí, en el Presón de Golondrinas. A las seis de la mañana llegó la máquina y abordamos otra vez cada quien por su parte, como desconocidos. Llegamos a la ciudad de

Chihuahua el mismo día 21, por la tarde. Cuando el tren empezó a disminuir la velocidad, antes de que se detuviera en la terminal, nos bajamos y caminamos. A tres calles de la casa, Juan Fernández y yo nos dimos cuenta de que había un carro de policía enfrente de la puerta. Después supimos que la vigilancia estaba desde el día 16 y me esperaban. En la madrugada del 15, varios compañeros universitarios nos acompañaron a pegar en las calles carteles de lucha política. Por las placas del automóvil la policía dio con mi casa. Juan y yo acordamos de inmediato que el mejor lugar para escondernos era precisamente ahí, en la casa. Enviamos a Jesús Valdivia y a Juan Águila a un sitio distinto para que esperaran un contacto nuestro. Los otros compañeros se habían retirado ellos solos. Juan Fernández y yo hicimos tiempo para que oscureciera y por atrás de la casa, sin hacer ruido, nos brincamos la barda. Dormimos ahí la noche del 21, la del 22 y en la mañana del 23 tuvimos noticia de lo que había pasado. Vinieron vecinos a decirlo y creían que yo estaba muerto. Entonces Paquita tiene que llorar por mi muerte, salir afuera y llorar con todos. En la noche del 23 un amigo que es de Ciudad Juárez vino a dar las condolencias. A este ingeniero le pedimos que buscara a Jesús Valdivia y a Juan Águila y les diera dinero para que se pudieran ir y evitar que los capturaran. Óscar González estaba desaparecido porque ésa era la instrucción. El día 24 decidimos salir, pues esto era ya un maremagnum. Tenía la sensación de que los acontecimientos se precipitaban aceleradamente, nos arrastraban muy rápido por un corredor sin fondo, se sucedían como imágenes vertiginosas. Ignoraba si terminarían de pronto, si saldríamos vivos, si nos capturarían. La derrota pesaba como una pesadilla o un sueño, y yo quería despertar, salir de esa angustia, de la duda que aumentaba cada segundo. Me preguntaba si con la desaparición de Pablo Gómez y de Arturo Gámiz esto seguiría existiendo o todo se había acabado. Sentía que sin movernos de ahí complicábamos más las cosas. El general Giner había mandado a mi padre a reconocer mi cadáver. Llegó a Madera y le dijeron: «Doctor Uranga, ahí está su hijo». Examinó el cadáver y dijo que no era yo. «Tiene que ser este otro», le replicaron. Vieron todos los cadáveres y mi padre aseguró que ninguno era el de su hijo. Los militares parecían molestos, más que desconcertados. De acuerdo contigo, decidimos desaparecer un tiempo y buscarte después en casa de aquel maestro de Legaria, en la ciudad de México. Un amigo de la familia de Juan Fernández nos llevó en automóvil, por carretera. Yo vi a mi padre esa noche que salimos. Sin avisar, en la oscuridad, me brinqué la barda y fui al cuarto de la sirvienta. Había gente, dolientes, los tíos. Cuando no había nadie, a medianoche, mi papá se apareció. Escenas estremecedoras. Luego, por el jardín, me fui a la casa para saludar a mi mamá y a mis hermanas. Me acuerdo de estas escenas, a la vez de alegría y angustia. A las tres de la mañana, como habíamos quedado, salí y nos fuimos por carretera hasta México. Llegamos en 24 horas, turnándonos al volante. El papá de Juan, como había sido diputado, acompañado de mi padre, pidió una entrevista con Luis Echeverría, secretario de Gobernación. Echeverría les propuso que nos entregaran y que

seríamos bien tratados. Nos encontramos con nuestros padres en el parque del monumento a la madre, en la calle Sullivan, en la ciudad de México. Estuvimos con ellos caminando. El papá de Juan insistió más que el mío. Nos pidió que declaráramos que no teníamos nada que ver, ése era el argumento. Pero nosotros no aceptamos. Nos despedimos de ellos hasta nunca, porque no sabíamos qué iba a pasar, cuánto tiempo había que esperar. Entramos en contacto con Óscar González, que estaba en una casa de la calle de Extremadura, casi llegando a avenida Revolución. Vivía en un cuarto del departamento de su hermana. Ya habíamos hablado tú y nosotros con el profesor en Legaria. Él y su esposa habían conseguido un departamento, casi nuevo, en la colonia Olivares, cerca de la Secretaría de la defensa, que nos prestaron. Ahí llegaron Ramón Mendoza y Lupito Escóbel a fines de diciembre. Claro, nosotros confiábamos en Óscar González porque había sido nuestro compañero de clases varios años en la preparatoria y por él habíamos asistido a una sesión de discusión, de análisis, de la Juventud popular socialista. Cuando hablaba con nosotros apuntaba ideas y traía un libro bajo el brazo, siempre. Era un estudiante muy brillante; lo admirábamos y le decíamos el «machete» por su aplicación al estudio. Por eso Óscar tenía influencia sobre nosotros, no el partido. Él afirmaba que teníamos capacidad física para unirnos con el movimiento en la sierra. En cambio, argumentaba que él debía permanecer con los cuadros urbanos porque el pie plano y la dificultad de visión le impedían ser útil en la sierra. Tú decías que era un cobarde, porque el doctor Pablo Gómez tenía pie plano y se había incorporado al grupo con Arturo Gámiz y los Gaytán, al Grupo popular guerrillero, como se autonombraron. En fin, nuestros enlaces principales eran tú y Óscar González, pero a través de Óscar llegaron siempre a los estudiantes universitarios las peticiones de apoyo. Óscar nos decía necesitamos dinero, botas, ropa, armas, imprimir documentos. Tenía contacto con nosotros, pero también con los normalistas y con los propios campesinos; con Álvaro Ríos y Arturo Gámiz, naturalmente; con los hermanos Rodríguez Ford y con Saúl Chacón. El caso es que por él aceptamos Juan Fernández y yo, del grupo de la universidad, incorporarnos al movimiento en la sierra. Óscar era muy agudo en su análisis de la guerrilla y del movimiento campesino, cierto. Afirmaba que tácticamente no había funcionado el ataque al cuartel, pero que la estrategia general era correcta, que debíamos intentarlo de nuevo. Quizás se sentía obligado a reivindicar su papel, a demostrar que no era falta de valor, como tú has pensado. O tal vez no estaba convencido de que fuera lo correcto en ese momento. O al menos, que fuera tan fácil. Hablamos mucho en un café de chinos frente al mercado de Mixcoac, en la ciudad de México, cerca de la casa de su hermana. Su posición era muy racional. Insistía en analizar, en reflexionar. Nos preguntábamos por los errores de táctica o si en realidad no se puede y es demasiado el reto. No tenía dudas en que debíamos cambiar el mundo. Pero debíamos cambiar de táctica, revisar, analizar si éste era o no el camino. Esto nos producía angustia, no teníamos una vida normal y necesitábamos el triunfo para

volver a tenerla. Sí, conoce el movimiento campesino por toda la sierra y en muchas zonas del estado. Comprende que de ese movimiento de masas se desprendió la guerrilla. Las dos figuras importantes que no pertenecían a la región, que llegaron del exterior, Álvaro Ríos y Arturo Gámiz, se tornaron más combativos cuando los pistoleros de Cuatro Amigos mataron al profesor Francisco Luján Adame. Óscar González entendió que no debía desarticularse la fuerza de las organizaciones campesinas. Consideró un error el distanciamiento entre Álvaro Ríos y Arturo Gámiz. No debían plantearse las diferentes decisiones como una ruptura entre el alzamiento armado y la inmensa fuerza del movimiento que sigue con Álvaro Ríos y que podrá seguir con él no sé cuántos años más. Óscar González no aceptaba una lucha solamente local, de enemigos y aliados con nombre y apellido. Proponía una articulación mayor de los movimientos rurales en más regiones del país. Pero ahora Óscar González ha regresado con el grupo que sobrevivió a Arturo Gámiz. Quiere continuar y reorganizar la guerrilla en la sierra. Me es difícil entender el cambio. Me es difícil aceptar que pueda confiar en el capitán Cárdenas Barajas. No se trata con el capitán de un asunto policiaco, sino de una acción de inteligencia militar. Quizás tú, más informada, con una mejor memoria, te lo has explicado ya. Pero, ¿puede recomenzarse todavía? O mejor, ¿hay tiempo todavía?

CAPÍTULO SÉPTIMO

—Miren ustedes, Rivera fue el primero que encabezó aquí en el estado la lucha campesina —retomó la palabra el profesor Francisco Luján Adame—. Porque después de la revolución de 1910 surgieron muchos latifundistas de ella misma, como el general Guerrero o incluso el mismo general Giner. Socorro Rivera organizó a los campesinos por las vías legales y logró que se expropiaran algunas tierras de la ex hacienda de Bavícora, que son de los ejidos Gómez Farías, Peña Blanca, La Pinta y otras más. Muchos trataron de conectarse con Rivera para iniciar trámites de legalización, expropiación o dotación de tierras. Fue el despertar de la lucha campesina entre nosotros.

—Dicen que lo mandó Lázaro Cárdenas, pero si fue así, no lo protegió y dejó que lo mataran —reclamó David Estrada.

—¿Era cardenista, entonces? —preguntó Arturo Gámiz.

—Decían que era del Partido comunista y una especie de insurrecto, porque atentaba contra los intereses de los ricos. Pero cualquiera que se introdujera en latifundios era castigado o asesinado, anduviera entre los grupos de Socorro Rivera o no. Por eso pensamos que no tuvo apoyo del gobierno.

—Rivera vino de San Luis Potosí y fue luchador agrario en la Bavícora, cierto —aclaró el profesor Luján Adame—. Pero yo había partido desde Ferrocarriles nacionales —volvió a exponer—. Después de Ferrocarriles, la Compañía Noroeste pasó a Bosques de Chihuahua. La compañía de Ferrocarriles permaneció durante la explotación minera; con Porfirio Díaz empezó oficialmente tal explotación y aprovecharon la vía ferrocarrilera de Estación Madera para beneficiar los bosques, porque no había transportes de gasolina, sino de vapor. Entonces había tranquilidad en el campesino. En esas épocas las compañías no ambicionaban la tierra, sino aprovechar al campesino con sus atajos de mulas, con pasturas, con madera, para mover sus maquinarias o transportar personal técnico y a los mismos gerentes. El campesino maderense fue el pionero, el hombre que trabajó la tierra, productor de semillas, para que se procesaran las riquezas minerales. Hacia 1950 terminan diversas concesiones de tierras otorgadas por el gobierno federal, y en nuestra región pasan a manos de los Trouyet, a los Vallina, con el nombre Bosques de Chihuahua. Ya se había acabado la explotación minera. Había que explotar lo forestal. Como había una documentación que pasó a manos de Bosques de Chihuahua, entonces se convirtieron en los aparentes dueños de la tierra y exigieron a los campesinos que les compraran la misma tierra que ellos habían poseído durante varias generaciones. ¿No hay con qué comprarla? Pues comienzan a despojarlos. A quien no abandonara las tierras lo acusaban de abigeo, de posesionarse de propiedad ajena y de hombre peligroso. Así comenzaron a llenarse las cárceles de campesinos. Por eso nació la lucha aquí. Por

eso es importante la época de Rivera.

—Volviendo a este asunto de Socorro Rivera —intervino Álvaro Ríos—. Quizás se trató de una traición planeada con gente de su propia organización. Pues participaron muchas personas, ¿verdad?

—Ocurrió en abril de 1939, en el sitio conocido como la Mesilla —respondió el profesor Luján Adame—. Algunos campesinos trataron de prevenir a Socorro Rivera y a sus hombres de que los pistoleros llevaban orden de matarlos en el lugar donde los encontraran, pero llegaron tarde. Acompañaban a Rivera, entre otros, Crescencio Macías y Manuel Jiménez. Semanas atrás se habían salvado los tres de una emboscada en Yepómera, por la noche, y lograron repeler a tiros a los matones. Esta vez montaban a caballo los guardias y los dirigía Isaías Álvarez, que les exigió primero retirarse de las tierras. Luego ordenó a Macías y a Jiménez que entregaran las armas. Rivera dijo a sus amigos que sólo venían por él. «Si entregamos las armas nos matarán aquí mismo», repuso Jiménez en voz baja. Isaías Álvarez sonrió y se acomodó en su montura; con voz violenta volvió a exigir las armas. Jiménez sabía que estaban a punto de abrir fuego sobre ellos, así que desenfundó y acribilló a Isaías. El tiroteo empezó. Varios campesinos corrieron por los surcos a esconderse en los matorrales. Socorro Rivera se arrojó al suelo en busca de un pequeño saco donde guardaba comida y una pistola. Crescencio mató a varios de los pistoleros, pero finalmente eliminaron a Rivera y a sus dos compañeros, a Jiménez y a Macías. Los velaron aquí, en Madera, en la escuela pública. Y fueron enterrados también aquí. Están en el panteón municipal.

—Se encontraban trabajando. Los mataron a mansalva. Fueron pistoleros a sueldo. Por eso Cárdenas no pudo hacer nada. Todo se diluyó. ¿Cómo investigar así?

—Pero lo habían convencido ya de hacer una tregua en las invasiones de tierras. No querían que fuera tan radical —insistió Álvaro Ríos.

—¿Pero lo liquida la policía, entonces? —preguntó Arturo Gámiz.

—Sí, la policía.

—No, fueron guardias blancas. Pistoleros de los hacendados —repitió el profesor Luján Adame.

***

—Los campesinos creen que mataron al profesor Francisco Luján Adame por órdenes de los Cuatro Amigos.

—¿Y así fue?

—La gente lo cree.

—¿El asesino trabaja para alguno de ellos?

—Es difícil saberlo. Pero la gente asegura que así lo ordenaron. Alcanzaron a ver que el asesino salió a la calle. Uno de los muchachos más jóvenes gritó que lo detuvieran. El hombre se volvió hacia él. «¿Para qué a mí? Mejor deténganlo a él,

¿no ven que se está cayendo?» Entraron a ayudar al profesor Luján Adame, que ya estaba ensangrentado.

—¿Sigue el profesor Gámiz con ellos?

—Álvaro Ríos y Arturo Gámiz son los principales instigadores de la caravana, señor procurador. Empezaron con algo más de doscientas personas cuando salieron de la ciudad de Madera. En el trayecto se les fueron uniendo muchos contingentes de estudiantes y campesinos. Aquí en la ciudad de Chihuahua se les unieron más. El informe que tengo es que para este momento los que se acercan a la plaza de gobierno son ya cerca de cinco mil personas.

—¿Y los encabezan Álvaro Ríos y Arturo Gámiz?

—Así es, señor procurador. Y los hombres que tenemos infiltrados en la marcha dicen que la gente asegura que éste es el inicio de un muy fuerte movimiento campesino. Que ahora ya nadie los va a detener.

***

—¿Por qué manda esa carta?

—Porque él piensa que ya es una autoridad.

El general Giner siguió inmóvil, esperando algo más.

—Salvador Gaytán acaba de ganar la presidencia de la seccional, señor gobernador, y creo que esto lo decidió a enviarle esta carta.

—¿Y quién es él, además de presidente seccional?

—Gente del profesor Arturo Gámiz. Del profesor Luján Adame. De Álvaro Ríos. De los activistas de Madera y Cebadilla.

—¿Qué más?

—Trabajó con la familia Ibarra y luego fue arrendatario. Pero los conflictos de sus hermanos son precisamente con los Ibarra.

—¿Cuál es el contenido principal de la carta, licenciado?

El secretario de Gobierno extendió el papel sobre el escritorio del gobernador.

—Dígame usted el contenido principal, licenciado. Léalo.

—«Que el pueblo contaba con una gran pila de agua potable; los caciques la dinamitaron y la usaron como corral para ganado. Que el local de la escuela, ya sin maestros, lo convirtieron en caballerizas. Que el huerto principal fue destrozado y en él pusieron pesebres para engorda de reses.»

—¿Y qué quiere? —interrumpió el general Giner.

—Entiendo que denunciar y evitar los conflictos.

—Pues que denuncie lo que quiera, pero lo que importa es precisamente que él evite los conflictos.

***

—Sí, señor gobernador, todas las invasiones de tierras se han efectuado en los municipios de Madera y Gómez Farías.

El general Giner se levantó de la silla del escritorio y el secretario de Gobierno se puso de pie de inmediato.

—En el noreste del estado están los revoltosos.

—Así es, señor gobernador.

—¿Quiénes los dirigen?

—Los mismos, pero ahora son más.

—¿Más de qué?

—Son más campesinos y estudiantes. Pero siguen al frente Arturo Gámiz y Álvaro Ríos. Los mismos.

—¿Y organizan en unas cuantas semanas quince invasiones de tierras?

—Perdón, pero no llegan a quince.

—¿Pasan de diez?

—Sí, general.

—Léame la lista de los predios invadidos.

—Son predios de Las Peñitas, Guadalupe Victoria, Huizopa, Cebadilla, Casa Colorada, Durazno, El Serrucho, El Refugio y La Junta de los Ríos. Son doce invasiones las enlistadas y sabemos que la reunión donde las prepararon con todo detalle tuvo lugar el primer día de este año, mi general.

—Cerraremos las escuelas normales mientras pasa esta ola de invasiones de tierras. Necesitan escarmiento. Sobre todo en los internados rurales, porque desde ahí viene todo.

—¿Cómo quiere que procedamos, señor gobernador?

El general Giner se aproximó a la ventana del despacho. La mañana era fría y gris. Pocas gentes caminaban por la calle a esa hora.

—Yo preferiría convertir esas escuelas en criaderos de cerdos. Pero en la ciudad de México no entienden.

***

—¿Encuerados? —gritó el comandante.

—Sí, mi comandante.

—¿Pretende que yo informe que envié a un puñado de inútiles a capturar a esos forajidos?

—Entiendo.

—No, usted no entiende. Yo soy el que necesita entender.

—Es que se trata de los Ibarra, mi comandante, y no todos en la región los quieren. Ahí la caballería no puede moverse fácilmente. Florentino Ibarra era hermano del principal cacique.

—¿Tú también le dices cacique?

—No, mi comandante.

—Si no servían, ¿para qué llevaron caballos a esa sierra?

—Entiendo, mi comandante.

—¿Por qué no jodieron a Salvador Gaytán? ¿Les dio miedo?

—Salvador no intervino, mi comandante. Su hermano Salomón y su primo Antonio Escóbel mataron al señor Florentino Ibarra. Al parecer querían matar a José Ibarra, pero sólo encontraron a Florentino. Le dijeron que saliera de Dolores, que se fuera. Dicen que había matado personalmente a un líder campesino, a Carlos Ríos, un indígena. «Venimos a cobrarte unas cuentas», le advirtió Salomón Gaytán.

—¿Defendían a un indio?

—Parece que hace más de diez años este Ibarra sacó de su casa con pistoleros, a rastras, al padre de Salomón, para colgarlo y amedrentarlo. Querían quitarle las tierras. Y no sé si Florentino Ibarra lo atacó a tiros días después.

—Eso qué. Si todo mundo quisiera vengarse, nunca acabaríamos.

—Pues él trató de usar un arma. Pero Salomón se adelantó y le pegó en la cara dos tiros. Cuando se retiraron, pasaron por la presidencia, porque Salvador Gaytán es presidente seccional en Dolores. Me dijeron que Salomón le explicó: «Ni modo, hermanito, no nos pudimos aguantar ya las injusticias. Ya empezamos y ahora a seguirle».

—¿Qué supo del rojillo Arturo Gámiz?

—Ya no regresó a Dolores a dar clases y se unió a ellos. También otro primo, Guadalupe Escóbel, hermano de Antonio. Ya son seis o siete hombres, mi comandante.

—¿No pudieron contra siete hombres?

—Es una sierra muy quebrada, ellos la conocen muy bien y los campesinos de ahí los ayudan, les pasan informes, les llevan comida, les avisan por dónde andamos. Ya les llaman «los guerrilleros». Hay muchos ranchitos alrededor de Dolores, mi comandante, y ellos se movilizan con mucha protección. Por más que presionamos a los campesinos, no quieren colaborar con nosotros. Y ellos conocen los ríos de la zona. Todos esos cabrones arroyos. En uno de ellos nos detuvieron, no pudimos hacer gran cosa.

—¿Gran cosa? Les quitaron armas, les quitaron radiotransmisores, les quitaron ropa, zapatos. Los mandaron encuerados. ¿Le parece poco?

—No, mi comandante.

—¿Cuántas armas perdieron?

—Menos de veinticinco armas, mi comandante.

—¿Menos de veinticinco?

—Más de treinta armas, mi comandante.

—Quiero de planta un cuerpo de la policía rural en el mineral de Dolores. Que Rito Caldera se encargue de acuartelar una base con hombres menos pendejos.

—Sí, mi comandante.

—Antes de que termine este mes, ¿entiende?

—Sí, mi comandante.

***

—¿Dónde tienen el radiotransmisor?

—Está en un cuartito afuera, frente al cerro. Para llegar a él tienen que pasar por un balcón.

—¿Y cuántos policías han visto?

—No más de diez. Son como ocho. El comandante es Rito Caldera.

—Enfrente de la casa hay una pendiente —dijo el otro campesino, el más joven —. Y una caballeriza, y el arroyo al lado. Es un arroyo profundo. Al final de la casa está el cuartel de los policías y no tiene salida por la parte de atrás.

***

Antes del amanecer, todavía en la oscuridad, Salomón Gaytán se apostó en el promontorio desde el que dominaba el patio y la casa de dos plantas de piedra y vigas de madera. A la izquierda, en otro cerro, distinguió el desplazamiento de Arturo Gámiz y de Antonio Escóbel. Esperó que Florencio Lugo y Margarito Ruiz se apostaran cerca de los cuartos donde estaba el radiotransmisor y las caballerizas. Vio a Matías Fernández correr hacia las bodegas. Comenzó a notar un barrunto de luz arenosa en el horizonte, tratando de abrirse paso muy tenuemente. Hacía calor. El rumor del arroyo cercano, de los insectos, se elevaba como el vaho del amanecer remoto, pero que se aproximaba. Tronó el primer disparo cuando Salomón creyó ver un leve pulso de luminosidad en el oriente. Dos tiros más resonaron y una bomba molotov estalló en la puerta del cuartel. Un policía se asomó desconcertado y fue herido en un hombro; Salomón lo vio arrastrarse hacia el interior. Arturo Gámiz arrojó botellas con gasolina. El tiroteo se intensificó. Salomón permanecía atento a los movimientos en la casa. La planta alta estaba oscura; quizás se hallaba desocupada. En varias ocasiones advirtió que dos policías intentaron salir de la habitación central para penetrar en el cuarto del radiotransmisor. Observó que un leve resplandor de fuego comenzaba a cintilar en el interior de dos habitaciones. También lentamente el azul cobalto de la mañana iba tornándose más profundo y abriéndose con vetas violáceas de un color como el fuego. Amanecía, lenta, indeteniblemente. El cielo enrojecía y comenzaba con toda su corpulencia a soltar la luz, a abrirse a la luz, tersa, suavemente. Las llamas crecieron en la casa que servía de cuartel a la policía rural. El incendio se intensificó y el humo comenzó a expandirse desde la puerta hacia las gradas del patio. Salomón vio que el incendio abarcaba la casa entera, la

segunda planta. Los policías comenzaron a gritar desde el interior.

—¡Nos rendimos! —gritaban. ¡No disparen!

Desde un extremo del patio, Antonio Escóbel respondió:

—¡Salgan formados en hilera, uno por uno! Tú, Rito Caldera, al frente, con las armas de todos.

Arturo Gámiz bajó del cerro y se detuvo en el patio. Rito Caldera salió de la habitación y esperó un momento en las gradas. Estaba en calzoncillos. A pesar del humo, Salomón distinguía a los hombres. Rito Caldera intentó avanzar. Su movimiento no fue claro; quizás intentó disparar contra Arturo Gámiz. Salomón lo apuntaba ya con el rifle, pero Antonio Escóbel se adelantó.

Salomón Gaytán se reunió con el grupo. Los policías estaban tendidos boca abajo en la tierra del patio, en camiseta y calzoncillos; no habían tenido tiempo de vestirse ni de calzarse.

—Están sometidos —atajó Arturo Gámiz.

—Asumo la responsabilidad —insistió Salomón.

—No somos asesinos —reiteró Gámiz.

—Dejémoslo asi. Que se vayan —propuso Florencio Lugo.

—Ellos no obedecen, Arturo. Matan, saquean, torturan.

Salomón miró a los demás. Antonio Escóbel escupió.

—Tiene razón Arturo —propuso con voz neutra.

—No estoy de acuerdo —repitió Salomón.

—Yo tampoco, pero tiene razón —insistió Antonio.

Pasó un largo tiempo, de muchos segundos, de minutos quizás. Arturo Gámiz tosió.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Pero que sea en el centro del pueblo, como escarmiento.

—Si los fusilamos en el centro del pueblo comprometeremos a la gente, reprimirán a las familias —advirtió Antonio Escóbel.

—No metamos a las familias en esto. Es responsabilidad nuestra. Yo me encargo —aseguró Salomón.

Arturo Gámiz asintió, sin hablar. Salomón Gaytán ordenó a los policías caminar al fondo del patio, junto a la barda. Las llamas seguían consumiendo la casa. Había amanecido, pero el incendio parecía ignorar el alba, retroceder a la oscuridad, buscar la noche en las raíces de las llamas, en el oscurecimiento de los muros, en el ruido de las vigas ardiendo, de los cristales estallando en las ventanas. Los policías se colocaron en hilera, de pie, aún confundidos. Dos de ellos respiraban con la boca muy abierta, pálidos. Rito Caldera produjo de pronto un ruido enronquecido, como si se le hubiera roto en el interior algo metálico o de madera; cayó de rodillas, moviendo la cabeza hacia los lados. Lloraba. Un lamento ronco volvió a brotar de otro cuerpo. Dos policías más soltaron un gemido profundo. El policía más viejo repitió desesperado:

—Yo tengo mis padres, por favor, seis padrecitos.

—Querrás decir seis hijos, eso quieres decir, ¿verdad? —corrigió Antonio.

—Ayúdenme —rogó con voz ronca Rito Caldera—. No me maten. No me maten, muchachos.

Su cuerpo se agitaba por el llanto, por el ronco gemido que lo doblegaba. Era un pedazo de tronco sucio, caído, rodando junto al fuego de la casa. Arturo Gámiz se acercó a Antonio Escóbel.

—Piensa que somos asesinos como él —le comentó en voz baja.

***

Desensilló el caballo y lo dejó con la rienda, sin freno, atado a un madero del corral. Sentía hambre. Entró en la cocina. Hervía el puchero en la olla azul. El perfume del carbón se mezclaba con el olor de la carne y la fragancia del comino. En la mesa había carne seca. Escogió dos pedazos. La madre tomó un poco de masa blanca, de trigo, para preparar tortillas.

—Los muchachos fueron a Cebadilla.

—¿Están con Salvador?

—Les pidió que lo ayudaran con no sé qué archivo. Regresarán por la tarde.

—Yo también los necesitaba. Hay que reparar las cercas. Bien que lo saben.

—Pero tu hermano Salvador los necesitó hoy.

Empezó a ascender de la estufa el olor de las tortillas de trigo, dulce, limpio, cuando algo cambió en el ambiente. El caballo resopló nervioso y trató de desprenderse de la cerca. Los perros ladraron junto a la bodega. Miró hacia el camino. Primero vio correr por la pendiente a dos soldados. Luego distinguió a otro, que los esperaba. Tres más aparecieron entre los árboles, arriba de la pequeña hondonada. Venían como a doscientos metros. La madre estaba junto a él, tensa.

—Vete con tu hermano Salomón y ya no regreses. Los soldados quieren torturarte. Quizás ahora te maten colgado de un árbol. Cuida a tu hermano. Yo estaré bien. Sé que están en Arroyo Amplio. Búscalos ahí.

Antonio Gaytán retiró al caballo de la cerca, con cuidado, y lo sujetó para ponerle el freno. Abrió la reja del corral y lo montó sin ensillar. Sintió el olor penetrante del animal. Tomó el camino al galope, buscando perderse entre la arboleda y alcanzar la serranía. Escuchó a lo lejos los gritos de dos soldados, lo suficientemente lejos para saber que no podrían seguirlo. Sentía la respiración poderosa del caballo, el calor, el sudor.

***

—Los Gaytán, que hay muchos aquí en Madera, fíjese, eran los hombres de

confianza de las compañías Lee, los secretarios en estas minerías de Dolores. De Moris vienen nuestros padres. Pero venían ellos con esos principios de la guerra de 1910, del movimiento revolucionario de Pancho Villa. Con él estuvo mi abuelo.

—Igual que el mío —intervino Ramón Mendoza.

—Así es —aceptó Salvador Gaytán.

—Mi abuelo fue revolucionario de Francisco Villa —insistió Ramón Mendoza.

—Bueno, ellos vienen de aquella lucha de 1910. El padre de Ramón y el mío. Mi padre, hijo natural de la familia Gaytán. Mi abuela era sangre del apache. Vemos al apache como gente mala. Pero el apache se defendió a su manera, con su criterio; fue valiente, guerrero. De ahí vino la madre de mi padre. Y en la fuerza de nosotros se suma la de mi madre. Ella tiene mucho de español. Pero nuestra sangre tiene mucho de lo otro, de la otra tribu.

***

Los soldados acampaban en un corral de piedra en el Arroyo de Las Moras. Eran doce y los acompañaba el hijo de Ramón Molina. La ranchería colindaba con el río Tutuaca y en temporada de lluvias la empleaban para ordeña. Tenían preso a un indio pima; lo habían sorprendido transportando municiones en los aparejos de su montura. Ramón Mendoza y Salvador Gaytán estaban ocultos en el arroyo con dos de los hermanos Yáñez y con Manuel Ríos y Mauricio Torres.

—Te vamos a colgar de este sauz —amenazaban los soldados al indio—. ¿A quién le llevabas estas municiones?

El indio pima guardaba silencio. Comenzaba a anochecer. Los soldados encendieron una fogata y mantuvieron a un soldado de guardia. El indio durmió amarrado, con las manos atadas por la espalda. Al amanecer, el sargento, un soldado y el hijo de Ramón Molina lo despertaron. Algunos soldados aún dormían y dos ya cocinaban. Lanzaron la soga por arriba del sauce; el otro extremo lo ajustaron al cuello del indio. Salvador Gaytán apuntó con el rifle calibre 30.06 de mira telescópica. La cuerda se tensó en un vaivén; se oyó una detonación y se trozó. El indio cayó en la arena. Corrió de inmediato río abajo, veloz, sin sombrero. Los soldados, desconcertados, también corrieron hacia el campo. Los que estaban dormidos se incorporaron sin tomar las armas. Uno que estaba cocinando quiso alcanzar la suya, pero los tiros se lo impedían. Ascendieron por el arroyo; también el hijo de Ramón Molina, alto y corpulento. A Carlos Yáñez la pólvora del arma le quemó los ojos. Salvador Gaytán y Mauricio Torres lo quitaron de su sitio para que se lavara con el agua del arroyo. Después procedieron a recoger carabinas, pistolas, fornituras completas. Habían dejado cantimploras, ropa, cuchillos, incluso siete pares de botas. En la olla del cocinero había carpas en caldo con cebollas, tomate, chile y cilantro. Comenzaron a comer con avidez cuando Carlos Yáñez pudo ver de nuevo; le lloraban mucho los ojos y los tenía enrojecidos.

Semana y media después llegaron al Arroyo de Los Otates. Un sobrino de Juan Antonio Reyes cuidaba el rancho. Les informó que habían pasado por ahí más de doscientos soldados y que acampaban en Cebadilla. En un llano a la orilla del arroyo vieron un pino grande tirado por el viento. Mauricio dijo que se adelantaría, pero de pronto comenzó a retroceder.

—Corran —dijo en voz baja.

Retrocedían cuando comenzaron a sentir disparos desde los árboles. No eran aún las diez de la mañana. Los estaban esperando. Alguien había comentado que irían a Los Otates. Se sintieron envueltos en una red, en un prolongado e intenso zumbido. Llegaron al pino atravesado en el arroyo y ahí se parapetaron, con el agua en las rodillas. Un soldado se movió al pie de un álamo y Ramón Mendoza lo vio. Apuntó y dio en el blanco. Un soldado joven acudió a ayudarlo y otro de los seis también hizo blanco y lo vieron caer. Con esos dos heridos los soldados parecieron moverse como hormigas y se alejaron llevándose en hombros a los lesionados.

Aprovecharon esa fuga para retirarse de prisa por el arroyo. Querían llegar cien metros más adelante, donde el arroyo era profundo. Después les dijeron que esa partida militar se había ido a Cebadilla, a reunirse con los doscientos soldados acampados ahí. Una semana más tarde policías rurales los detuvieron en San Juanito.

—¿No han visto gente armada en la sierra? —les preguntaron.

—No, no hay —dijeron—. No sabemos.

Quizás los policías sospecharon algo, pero se marcharon.

—Así fue mejor. Mejor para todos.

***

Traía dos acompañantes. Él iba montado en un macho blanco; los otros en una mula alazana y en una parda. Los detuvieron antes de la pendiente.

—Apéese —ordenó con voz firme Salvador Gaytán—. Pero de inmediato, señor Molina.

Molina traía una metralleta en su mula, pero Antonio Gaytán estaba a su lado ya, encañonándolo. Guadalupe Escóbel y José Prieto apuntaban a los otros dos. Ramón Molina bajó de la mula.

—También ustedes —ordenó Salvador Gaytán.

Uno de los acompañantes parecía un niño.

—¿Quién eres? —preguntó Antonio Gaytán.

—Es mi nieto —aclaró Ramón Molina.

Desarmaron a cada uno y les ataron las manos por detrás.

—Ya estamos listos —avisó Salvador Gaytán—. Regresaremos a tu casa, por las armas. ¿Cuántas armas tienes?

—No tengo armas —respondió Molina secamente.

—¿Un jefe de la policía rural no tiene armas? —se burló Escóbel.

—Ya lo veremos —insistió Antonio—. Llévatelos por aquella vinata —señaló un horno de piedra, al fondo de la arboleda—. Lupito y yo vamos al rancho a buscar las armas.

Salvador Gaytán y José Prieto salieron del camino arbolado con los Molina y se dirigieron al centro del predio. Caminaron en silencio y sin prisa. Un aroma dulce atravesaba la arboleda. Cuando llegaron a las pilas de piedra se detuvieron. En la vinata había pencas de agave secas y ya maceradas, amarillentas. Los cantos lisos de las pencas del sotol parecían brillar y conservaban un ligero olor ácido que parecía haber penetrado en la piedra.

Poco después, a lo lejos, Salvador vio que su hermano y Escóbel salían de la casa del rancho. Venían al paso con otra mula que habían tomado seguramente del corral. Notó que el aparejo pesaba, se bamboleaba ligeramente.

—Encontramos veinte armas —gritó Escóbel, antes de llegar, atravesando el predio.

—¿Qué pasó aquí? —reclamó Salvador Gaytán a Ramón Molina.

—Uno se equivoca —tardó en contestar.

Cuando llegaron con las armas, Escóbel se acercó a Salvador Gaytán y le habló en voz baja.

—Reconozco mis errores —aceptó Ramón Molina—. Yo les ofrezco un monto. Les confieso que me arrepiento. Considérenlo.

Antonio Gaytán lo encaró.

—Cuando ustedes asesinaron, despojaron, violaron, ¿no había arrepentimiento? No venimos por dinero. Salomón y nuestros compañeros no pensaron que se solucionaban las cosas si Florentino Ibarra o José Ibarra ya estaban arrepentidos. Siguen ustedes sólo con despojos y torturas.

Antonio Gaytán se dirigió al nieto de Molina.

—Váyase para su casa —le dijo.

El muchacho estaba desconcertado.

—Váyase, le repito.

El muchacho se retiró. Antonio lo siguió con la vista. El muchacho atravesaba el predio muy rápido, casi corriendo. Molina volvió a insistir.

—Tengo sesenta mil pesos. Son suyos si termina aquí todo.

—Tu hijo ofreció dinero por mi cabeza, ¿recuerdas? —contestó Salvador Gaytán.

—Vamos junto a ese árbol. Ahí lo soltaremos —dijo Escóbel.

Antonio siguió atento al muchacho, que corría a lo lejos. El muchacho desapareció tras la arboleda, subiendo una pendiente.

—Lo soltaremos porque no ajusticiamos a la gente amarrada —repitió Escóbel.

Antonio se aproximó al árbol señalado por Escóbel y desanudó las sogas con que habían atado a los hombres.

—Están listos —dijo Escóbel—, con las manos libres.

El acompañante de Molina se frotó la muñeca de la mano derecha. Una de las

mulas dio unos pasos ruidosamente, resbalando. Molina miraba de frente. Escóbel sintió el metal de la pistola tibio, como si fuera una rama cálida del árbol, no un metal frío. Disparó. Sintió en la descarga que el golpe de la pistola era suave, que el rebote del arma se ablandaba. Sintió el olor de la pólvora otra vez. Oyó los disparos de todos. Los cuerpos parecían parte de la tierra, parecían querer descansar, buscar algo. Le sorprendió a Escóbel la oscuridad de la sangre. Parecía más oscura, más quieta. Parecía producir un breve ruido, un silbido apenas audible, como si ella también pisara suavemente sobre la tierra.

CAPÍTULO OCTAVO

(2 de septiembre de 1965. Azcapotzalco, ciudad de México).

—Nos preparamos para combatir, no para hacer planes indefinidamente —afirmó Arturo Gámiz.

—No estamos proponiendo cancelar el asalto al cuartel, sino recabar información de lo que está ocurriendo —aclaró Salomón Gaytán.

—Es necesario saber en qué consiste la campaña militar que montó el ejército en la sierra —insistió Pablo Gómez.

—No sabemos qué ha hecho el ejército en los últimos tres meses, cuando dejaron la sierra Salvador y Ramón —apoyó Salomón Gaytán—. Es posible que siga militarizada la zona.

—Quieren decir que Salvador y Ramón se equivocaron, ¿no es así? Que se adelantaron, al menos —preguntó Arturo Gámiz.

—¿Les hemos dicho acaso que no debieron actuar, que debieron hacer las cosas de otro modo? —preguntó Pablo Gómez a Salvador Gaytán y a Ramón Mendoza.

—No, seguro que no —contestó Ramón.

—Era necesario conocer las acciones que ellos dos desarrollaron en abril y mayo para evaluar principalmente la respuesta del gobierno, eso es todo —concluyó Pablo Gómez.

—Así es. Y quiero repetirlo —comentó Salomón Gaytán—, debemos conocer las acciones que el ejército ha desarrollado durante el tiempo que ellos han estado aquí, con nosotros.

—¿Cuándo llegaron? —preguntó Pablo Gómez.

—Los primeros días de julio —aclaró Ramón Mendoza—. Tenemos dos meses que nos enfrentamos con los soldados en el Arroyo de Las Moras, que fue el 27 de mayo. Luego fue la emboscada en el Arroyo de Los Otates. Ahí tomamos la decisión de buscarlos a ustedes. Así que desde junio dejamos la sierra.

—Son tres meses —dijo Salomón—. Nos falta información de lo que ha hecho el gobierno en estos tres meses —repitió.

—La información importante es que no hemos perdido la vida de ningún compañero —argumentó Óscar Sandoval—. Se han llevado a cabo muchas acciones antes de Salvador Gaytán y Ramón Mendoza. Pienso que hay condiciones para que actuemos.

—Estoy de acuerdo —secundó Rafael Martínez Valdivia—. Y atacar ahora será una sorpresa.

—No estoy muy seguro en cuanto a la sorpresa —interrumpió Salomón Gaytán —. El ejército ha montado operativos para enfrentarse a guerrilleros, no a caravanas

de campesinos ni a invasores de tierras.

—Una campaña de doscientos soldados en busca de seis guerrilleros no me parece poca cosa. Ésa es la cantidad que les dijeron, ¿no es así? —volvió a preguntar Pablo Gómez.

—Así es —respondió Ramón Mendoza.

—Importa la información —aceptó Arturo Gámiz—, pero en función de una acción concreta, Pablo. El ataque al cuartel de Madera es una decisión, no un plan en abstracto. Y la información que necesitamos debe estar en función del asalto al cuartel. Las razones políticas, sociales, para actuar en esa zona son más importantes que la información sobre los movimientos del ejército.

—Es cierto —apoyó Óscar Sandoval.

—Creo que la respuesta de campesinos y de estudiantes será enorme después de la toma del cuartel —expresó Rafael Martínez Valdivia—. No debemos eludir ese compromiso.

—Además —prosiguió Arturo Gámiz—, necesitamos evaluar nuestra preparación política y militar. Hemos hecho análisis de cada una de las acciones emprendidas; también de las acciones de Salvador Gaytán y Ramón Mendoza. Ahora debemos pasar a los hechos. Como evaluación, como un examen necesario.

—Aquí hemos aprendido cómo leer un mapa, cómo levantar un plano topográfico o realizar una emboscada —intervino Florencio Lugo—. El entrenamiento físico ha sido muy importante para compañeros nuevos. Pero las condiciones del entrenamiento no son las mismas que en la sierra. El simple hecho de saber que no hay enemigos que persiguen, que después de cada práctica hay posibilidades de descansar, condiciona otra situación psicológica. Sólo nos forma el combate, compañeros. O los triunfos y las derrotas.

—El punto en el que insistimos Pablo Gómez y yo —reiteró Salomón Gaytán— es en el de que no tenemos información de lo ocurrido después de la última acción de Salvador y de Ramón.

—Ya lo hemos discutido —replicó Óscar Sandoval—. Ahora debemos concentrarnos en el ataque al cuartel.

—Del ataque a los soldados en el Arroyo de Las Moras desconocemos lo más importante —agregó Pablo Gómez—, que es la respuesta del ejército.

—¿Para qué necesitamos esa información? —atajó Arturo Gámiz—. ¿Para decidir si pasamos a la acción o no? Debemos cuidar esto.

—Pero si en la acción estamos ya desde hace tiempo —repitió Óscar Sandoval.

—¿Ustedes que opinan? —preguntó repentinamente Arturo Gámiz.

Salvador Gaytán tardó en contestar.

—Cuando Ramón y yo llegamos, ni Arturo ni el doctor Pablo Gómez nos preguntaron: «¿Por qué lo hicieron?» Yo no recuerdo que nos hayan dicho: «¿Por qué se adelantaron?»

—Al contrario —apoyó Ramón Mendoza.

—Nos dijeron que fuéramos organizando más fuerzas, fortaleciendo nuestro movimiento. Pero había muchas cosas que se nos tenían que aclarar. Nosotros ya éramos un comando. Lo que sucede es que cuando ustedes se retiraron, ni Ramón ni yo teníamos conocimiento de que estuvieran preparando una acción más planificada, como ésta de Madera, que se está analizando. Así como ustedes tuvieron acciones directas contra el cacicazgo, por tortura, por persecuciones, por lo que quieran; cuando ustedes están aquí se viene la represión contra el nuevo centro de población El Naranjo.

—Hablas de ahora, de este año —interrumpió Pablo Gómez.

—Sí, de este año, de este 1965. Los campesinos del Ejido El Naranjo me pidieron que yo, como presidente seccional, denunciara ante las autoridades agrarias los atropellos y despojos que pretendía hacer con las fuerzas rurales la familia de Ramón Molina. Los ejidatarios se quejaban de que eran víctimas de violaciones, crímenes y atentados brutales. Yo cumplí con mis funciones de denuncia, pero las autoridades jamás hicieron caso. Los campesinos tomaron decisiones más firmes y acordaron defender a costa de lo que fuera sus tierras y sus familias. Se fueron al campo armados, comunicándome que me dejaban informado por ser yo de sus confianzas. Convencido de que por la vía de la denuncia jamás se iban a componer las cosas, me integré a los indígenas que conformaban aquella comunidad y que habían decidido defender tierras y familias con las armas en la mano.

—Eran familias pimas, no tarahumaras —aclaró Ramón Mendoza.

—Previamente a mi salida de la presidencia seccional, que fue el 5 de mayo, el gobierno había capturado a treinta indígenas y había asesinado a Leonardo y Cornelio Rivera, compañeros que vivían en el rancho de El Durazno. El 27 de mayo emboscamos a veintiséis uniformados en el Arroyo de Las Moras, que está en los terrenos de la tribu indígena de los pimas, como dice Ramón. Los desarmamos y no nos propusimos liquidarlos, sino exigir que dejaran en libertad a aquel pueblo indígena que defendía las tierras que durante muchas generaciones habían sido de ellos. También exigíamos que encarcelaran a Ramón Molina y a sus esbirros. Después Ramón Mendoza y yo tomamos la decisión de buscarlos a ustedes. Ésa fue la acción de Ramón y mía, no dejarlos solos. Pero nos desorientan cuando ustedes nos dicen: «Ya vámonos preparando porque hay que hacer una acción». Pero cómo que una acción, si ya hemos hecho muchas, los campesinos. Y fuertes. Y estamos aquí porque formamos un cuerpo, y es único; sabía que deberíamos estar aquí, con ustedes, en algún momento. Que quede muy claro. Y no estoy aquí porque me hubieran reprimido en la presidencia seccional de Cebadilla de Dolores. Pero Ramón Molina tiene respaldo de todas partes, insisto, de los terratenientes, de los madereros, del gobierno.

—Perdón que les diga esto, pero a mi padre se le metieron por el ojo de una aguja y les vendió un terrenito —explicó Ramón Mendoza—. Pero ellos quisieron cercar todo. «No, señores, lo de mi madre no lo he vendido todavía, así que por aquí no van

a echar cerco.» Querían apoderarse de El Bajo. Metieron ganado y se les reproduce muy bien, porque son terrenos muy buenos; pasto, aguas termales que producen azufre; no necesitan darle sal al ganado. Por eso es el pleito. El mundo es para todos y alcanza bien para todos, ¿cómo que nada más para cuatro señores que se llaman los Cuatro Amigos? Al padre de los Gaytán lo acusaron de abigeo. A mi padre también. Nunca les pudieron comprobar nada. A Jesús Peña lo mismo. A los Estrada también, acusaciones falsas. Piensan que en la cárcel se doblegará la gente y cederá a amenazas. Es la lucha de ellos. La de nuestros padres ha sido otra. Así nos educaron, así nos hicieron capaces.

—El ataque contra los padres de nosotros —volvió a apoyar Salvador Gaytán— es por esto. Los Ibarra, los Ronquillo, Tomás Vega, los Prieto, los Bolívar, tomaron tierras, mataron gente. Desde luego, mandaban borrachos, porque tienen vinatas. Lo hacían pasar como pleito de borracheras.

—Creo que podemos volver al tema y considerar complementarias todas las propuestas —explicó Miguel Quiñones, después de un silencio—. Primero, todos estamos de acuerdo en la necesidad de tomar el cuartel de Madera. En esa región se inició el movimiento campesino y después el movimiento guerrillero. Ahí se ha concentrado más la lucha de resistencia a los despojos y donde se ha recrudecido la actitud violenta de Cuatro Amigos y Bosques de Chihuahua, como acaban de recordar Ramón y Salvador. Esto podemos reconocerlo todos. También creemos que es factible tomar el cuartel con muchas posibilidades de triunfo.

—Pero es ya una decisión, no un probable plan —aclaró Arturo Gámiz.

—De acuerdo —aceptó Miguel Quiñones—. Pero Salomón y el doctor Gómez tienen razón en la importancia de los efectos que tuvieron los enfrentamientos del Arroyo de Las Moras y de Los Otates y en los que sobrevendrán al asalto al cuartel. La campaña que haya desplegado el ejército desde hace tres meses se multiplicará geométricamente después del asalto. Se trata de una información y de un análisis que necesitamos no para cancelar la acción, sino para protegerla. Propongo, como creo que aceptarían Salomón y el doctor Gómez, una reunión de análisis previa al asalto, cerca de Madera, sobre todo porque necesitaremos las armas que se han capturado a policías del estado y a soldados.

—Sí —reconoció Arturo Gámiz—. Alguien tiene que recoger las armas en la sierra de Cebadilla y transportarlas a Madera.

—Los más indicados para traer ese material, por el conocimiento que tienen de la sierra y de los centros poblacionales de la zona, son Salvador Gaytán y Ramón Mendoza —prosiguió Miguel Quiñones—. Ambos se mueven en la sierra como venados, según dice Matías Fernández.

—Así es —confirmó Matías con vehemencia.

—De acuerdo —aceptó Arturo Gámiz.

—Que a Salvador lo acompañe Ramón Mendoza —apoyó Óscar Sandoval.

—Necesitamos darnos algunos días más —sugirió Pablo Gómez—. Si Salvador y

Ramón van a la sierra de Cebadilla por las armas, podrían también obtener información sobre los movimientos que ha efectuado el ejército en estos meses, particularmente en las zonas que están patrullando.

—Estoy de acuerdo —repitió Arturo Gámiz.

—No considero que Madera sea el lugar más adecuado para la reunión y el reparto de armas —aclaró Salomón Gaytán.

—Propongo que nos reunamos en el poblado donde yo trabajo —intervino Miguel Quiñones—. En Ariseachic. Santa Rosa de Ariseachic. Ahí podríamos reunirnos para hacer un estudio previo al ataque.

—¿Quién conoce el camino a Ariseachic? —preguntó Arturo Gámiz.

—Yo sé llegar a Ariseachic —contestó Ramón Mendoza.

—Yo también —dijo Salvador Gaytán.

—También yo —dijo Matías Fernández.

—Tendremos que llegar caminando desde alguna ciudad como Guerrero, ¿no es así? —preguntó Pablo Gómez.

—Así es —contestó Miguel Quiñones—. De ahí podríamos llegar también caminando a Madera.

—Hay que llegar primero a Cocomórachic —dijo Ramón Mendoza.

—Yo debo recoger dos carabinas en un rancho cercano a Saucillo —dijo Matías —. Yo podría irme directo a Ariseachic. O podría llevarlo a usted, doctor.

Pablo Gómez asintió, pero luego dijo, recapacitando:

—Entonces no conviene que Salvador y Ramón vayan juntos a la sierra de Cebadilla. Necesitamos que se quede uno de ellos con el grupo.

—Me parecen buenas propuestas —aclaró Arturo Gámiz—. Que Ramón se quede con nosotros y Salvador se responsabilice del traslado de las armas. Ariseachic será un muy buen sitio para esa reunión. La gente es segura y apoya a Miguel Quiñones de manera absoluta.

—La gente es de toda confianza, así es —respaldó Miguel Quiñones—. Sobre todo si llegamos a un pequeño rancho que está muy cerca de Ariseachic, de un viejo que fue villista.

—Podemos conciliar todas las propuestas —continuó Arturo Gámiz—. Pablo y Salomón prefieren actuar después de saber con certeza los movimientos de la campaña militar en la región. Pero ellos reconocen que estamos decididos a emprender esa acción y lo aceptan. Es necesario ese ataque por razones políticas y militares de nuestro propio entrenamiento. Por tanto, en su recorrido por la sierra, Salvador deberá recabar información suficiente sobre la movilización del ejército. Si nos reunimos antes del ataque en Ariseachic, podríamos repartir el material bélico y definir la estrategia con los compañeros dispuestos a participar.

—¿Cuántos seríamos? —preguntó Florencio Lugo.

—Si contáramos con los que estamos aquí, algunos de los que se encuentran en Chihuahua y compañeros de la sierra, seríamos treinta —calculó Salomón Gaytán.

—El número de compañeros debe estar en función del entrenamiento y de las armas disponibles —apuntó Arturo Gámiz—. Pero también del tiempo. Cada día habrá mayor seguimiento sobre cada uno de nosotros, mayor represión y riesgos de infiltraciones. Debemos mantener esto en estricto secreto. El capitán Cárdenas Barajas está informado de la acción, pero no está seguro de cuándo lo intentaremos. Por eso debemos organizarnos en distintos grupos con traslados y tareas distintas. Pienso que podríamos contar con más de treinta compañeros. Con treinta y dos, quizás. Pero no es necesario concentrarnos todos en Ariseachic. Esto podríamos analizarlo después.

—Estoy de acuerdo —dijo Pablo Gómez.

—Algunos se concentrarían en Ariseachic —continuó explicando Arturo Gámiz — y otros viajarían directamente a Madera y esperarían ahí al arribo de los demás compañeros y de las armas.

—Según la información disponible en ese momento, definiríamos los últimos detalles del asalto —insistió Pablo Gómez.

—¿De qué tiempo estamos hablando? —preguntó Salomón.

—En eso mismo pensaba yo —intervino Salvador Gaytán—, porque transportar material bélico no es cualquier cosa. Necesito más apoyo.

—Estamos a 2 de septiembre —siguió hablando Arturo Gámiz—. Démonos dos semanas, ¿les parece?

—Serán necesarios más días para el que vaya a la sierra de Cebadilla —opinó Salomón Gaytán.

—Propongo el 17 de septiembre para concentrarnos en Ariseachic —dijo Arturo Gámiz—. ¿Puedes llegar el día 17 con las armas? —preguntó a Salvador Gaytán.

—Dependerá de otras cosas. ¿Contamos con dinero, por ejemplo? —respondió Salvador Gaytán.

—No. Aquí no contamos con dinero.

—No podría llegar ni el 18 de septiembre —contestó Salvador—. Quizás el 19 o 20.

—¿Están de acuerdo Pablo y Salomón? —repitió Arturo Gámiz; ambos asintieron.

—Insisto en que transportar las armas no es cualquier cosa —reiteró Salvador Gaytán—. Necesito que me acompañe alguien que conozca como yo la sierra. Pido que mi hermano Antonio venga conmigo, porque de otra manera no me responsabilizaré de las armas.

—¿Sólo Antonio? —preguntó Arturo Gámiz.

—Nada más Antonio.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Antonio Gaytán.

—Me comprometo a que estaremos el día 19 de este mes en Ariseachic —dijo Salvador Gaytán.

—¿Qué ruta llevarán? —pregunto Arturo Gámiz.

—Nos iremos a Sinaloa y de ahí a la sierra —contestó Antonio Gaytán.

—¿Es verdad que no contaremos con recursos para el viaje? —volvió a preguntar Salvador Gaytán.

—Tenemos poco dinero —contestó Arturo Gámiz—. Después de Sinaloa tendrán que resolverlo todo ustedes mismos.

—¿Quieren que robemos, que pidamos prestado? —preguntó.

—Como ustedes decidan.

—¿Quieren que vayamos caminando hasta la sierra?

—Decidan lo que convenga.

—¿Somos guerrilleros sin dinero?

—Podremos contar con dinero en Chihuahua, por los cuadros urbanos de que disponemos. Pero aquí en la ciudad de México no tenemos apoyo. Los dirigentes comunistas y socialistas tienen dinero para otras cosas, no para hacer una revolución ni para tomar las armas. Ellos en una oficina hacen planes perfectos sobre la revolución. Hablan de los círculos concéntricos y una serie de técnicas conspirativas y de estructuras de organizaciones clandestinas. Hacen los esquemas en las servilletas con que se limpian la boca mientras comen o beben café. A media noche distribuyen unidades guerrilleras a granel sobre el mapa de su agenda y fijan el día y la hora en que simultáneamente las unidades guerrilleras imaginarias se levantarán en todo el país. Pero no es así de fácil organizar un movimiento revolucionario. No habrá docenas de guerrillas, ni en la mitad del país se producirán los levantamientos a la misma hora del mismo día. Se trata de iniciar la acción y no importa si no son cinco o seis mil guerrilleros, sino quince o veinte, como nosotros. Además, recuerden que un guerrillero vale por diez soldados. Los que dicen que hay que esperar a que se den todas las condiciones, que hay que esperar el momento y que hay que organizarlo todo perfectamente, están esperando tras su escritorio que las columnas rebeldes lleguen hasta su oficina para informarles que ya empezaron las operaciones regulares. Ellos pueden seguir cómodamente esperando. Nosotros debemos concentrarnos en los hechos. Queremos cambiar el mundo. Nuestro deseo es cambiar el mundo y eso nos llevará mucho tiempo. Mientras más pronto empecemos a luchar por cambiarlo, mejor.

***

(14 de septiembre de 1965. Región de Dolores, sierra de Chihuahua).

—Cerca de aquí está el aguaje —comentó en voz baja Antonio Gaytán.

Habían llegado a San Agustín, un paraje cercano a varias comunidades de indios pimas. Salvador y Antonio Gaytán cargaban cada uno más de treinta kilogramos en armas largas y municiones. Comenzaba a amanecer. El viento soplaba entre los árboles con frescura, húmedo, esparciendo la fragancia de la tierra y la hierba.

—Recuerdo haber visto venados en ese aguaje. Se acercan a beber cuando amanece —continuó explicando en voz baja Antonio Gaytán—. Es muy temprano y algunos deben estar aún junto al agua. Esperemos aquí, es el paso.

Depositaron los fardos de armas en el suelo, debajo de arbustos. Escogieron dos fusiles M-1 de mira circular y cortaron cartucho.

—Toma aquella ladera —indicó Antonio—. Yo me quedaré aquí. Es posible que al salir del aguaje empecemos a verlos por aquel álamo. Vendrán brincando por allá.

Salvador Gaytán bajó por la vereda. Se apostó junto a una piedra. Probó centrar el grano del fusil en el círculo de la mira; era perfecto. El fusil olía ligeramente a aceite, a metal, a madera; como una persona más, como un cuerpo. Se dio cuenta de que estaba respirando con la boca abierta; sintió el sabor amargo del aliento. Volvió a sentir hambre, repentinamente, como un eco de otro cuerpo, como un recuerdo lejano del cuerpo. No había comido en dos días. O en tres, quizás. En más tiempo. Sólo recordaba la lluvia, el recorrido a pie por la sierra durante dos semanas desde Sinaloa, desde San Rafael, sin dinero. Una mañana se toparon con un pequeño marrano. Lo mataron y fueron dosificando la carne, que les duró cuatro días. Mientras llegaban a la sierra de Dolores, donde habían guardado las armas, sólo pudieron comer elotes; de vez en cuando, fruta. Ahora las caminatas eran más difíciles con las armas a cuestas. El hambre asomaba en la saliva, en el olor ácido del aliento; era la ligera vibración del brazo izquierdo mientras sostenía el rifle; era el apremio que se intensificaba de pronto y luego desaparecía, como un temblor en los ojos, como cansancio; era una sensación, el pensamiento obsesivo de llegar a Dolores, de encontrar las armas, de cruzar la corriente abundante y lenta de muchos ríos que impedían avanzar con la celeridad que deseaban. Tenían que llegar con las armas a Ariseachic. En tres días debían llegar. A pie sería imposible.

Lo presintió. Después, casi de inmediato, fue un latido en la tierra y en la hojarasca. Dos sombras ágiles aparecieron, saltando vigorosas. La más oscura y grande brincaba por la falda del cerro, en la misma dirección donde aguardaba Salvador Gaytán. Alcanzó a distinguir la fuerza del cuello, la cabeza levantada, altiva y libre, de uno de los venados que seguían avanzando a saltos hacia él. Centró la mira del fusil en el pecho del venado más grande; en el círculo de la mira tomó primero el grano entero del extremo del fusil; luego descendió levemente el cañón y tomó medio grano; contuvo la respiración, oyó el golpe del salto y cuando el cuerpo del venado se alzaba de nuevo como si ahora pudiera permanecer más tiempo en el aire, pendiente de la quietud, de la soledad, disparó. El olor de la pólvora lo cubrió de inmediato, como un olor humano. El venado cayó por la falda del cerro, con la cabeza doblegada. El otro venado movía el cuello como si tratara de librarse de una soga, desesperado, escapando a saltos por la falda del cerro donde había caído su compañero.

Salvador corrió abriéndose paso entre las matas y los arbustos. Llevaba el rifle empuñado aún. Vio el cuerpo caído, el cuello del venado moviéndose levemente, la

fina cabeza, los ojos grandes con una hermosura de agua, brillantes, atentos. Del pecho destrozado manaba sangre que empezaba a acumularse en la tierra y en la hierba. Salvador Gaytán oyó detrás de él, lejos, los pasos y la voz de su hermano Antonio. El venado estaba quieto, con una pata delantera temblorosa, pero atento, con los ojos que parecían reflejar la luz, el follaje de los álamos, el mundo quieto, a la medida de los ojos. No se dio cuenta de que había depositado el fusil en la tierra, a un lado, y que sentía en las manos el vigor cálido, palpitante, del cuerpo del venado. Mientras se acercaba a la herida del pecho donde la sangre seguía saliendo con pequeños impulsos todavía rítmicos, sintió el olor caliente del animal, la tersura de la piel erizada, una suave pelambre, el olor a hierba, a persona, a humedad, a tierra, y juntó la cara al pecho del animal, hundió la cara en la herida y sintió fluir la sangre caliente por su rostro, en la boca, en la lengua. Empezó a beber el líquido caliente, salado, que lo aliviaba del apremio, del hambre, del silencio; que parecía hacerlo revivir, despertar, penetrar en una seguridad del mundo, en una fraternidad con las cosas vivas de la tierra, de la humedad, del fin; la sangre salada y caliente que parecía sustraer como una meditación, como un recuerdo profundo de lo que había sido a lo largo de muchos años y muchas jornadas de caminatas, de lo que faltaba por hacer, de lo que faltaba por conocer y recorrer. Como si al beber, al sorber la sangre salada, regresara a un remoto lugar, a un sitio preciso y buscado, esperado. Como si penetrara cada vez más en la profundidad que aún latía, en la oscuridad remota del venado, en la luminosa oscuridad de la sangre donde volvía a vivir, el manantial que ahora creía reconocer, en el que ahora todo parecía renacer.

***

(16 de septiembre de 1965. Río Tutuaca, sierra de Chihuahua).

Efrén Sierra se quitó la ropa y entró en el río. La corriente del río Tutuaca era abundante y arrastraba muchas ramas que se detenían entre las jarillas de la ribera. Las aguas avanzaban lentas y poderosas. El padre de Efrén, concentrado en el desplazamiento de su hijo, sujetaba el caballo que portaba los dos fardos con armas. Antonio Gaytán ayudaba al viejo indio pima a tranquilizar a la bestia que reculaba por el ruido de la corriente. Salvador Gaytán avanzaba por la ribera siguiendo con la vista el torso desnudo del joven indio.

—Aquí está el vado —gritó sonriente Efrén Sierra; se encaminó a la orilla del río y gritó a su padre y a Antonio Gaytán, agitando las manos—: ¡El caballo, tráiganlo por acá!

El viejo y Antonio Gaytán avanzaron por la ribera, cuidando la carga del armamento. Cuando llegaron a la ruta del vado, el viejo se despidió de Antonio y de Salvador; extendió hacia ellos la mano relajada, con suavidad, sin fuerza, como si los cuidara. Efrén avanzó en el río, sujetando el caballo, que resoplaba y agitaba el

cuello; poco a poco la bestia accedió a entrar en la corriente. La fuerza de las aguas parecía alejarlos del vado. A la mitad del río había más profundidad; tuvieron que nadar. Minutos después lograron alcanzar la orilla opuesta. El caballo resbaló con la carga varias veces. Habían cubierto los sacos de las armas con una lona que ahora, mojada, pesaba mucho. Quitaron la lona, la sacudieron, la envolvieron de nuevo y Efrén la amarró de vuelta en el caballo. A lo lejos, en la otra orilla, la figura apacible del padre de Efrén esperaba.

—Lamento no dejarles el caballo —se disculpó Efrén—. Me entienden, ¿verdad?

—Seguro —respondió Salvador Gaytán—. Además, sin ustedes no hubiéramos pasado el río con este material.

—Es cierto —secundó Antonio.

Efrén sonrió. No parecía cansado. Estaba contento. Ayudó a los hermanos Gaytán a echarse a cuestas los fardos de armamento y la alforja con la carne del venado.

—Gracias por compartir la carne con nosotros.

—Gracias por compartir con nosotros el atole y el queso de tu casa —respondió Antonio Gaytán.

—Buena comida, ¿verdad? —comentó Efrén, ampliando la sonrisa, franco; luego agregó—: Espero que lleguen a tiempo. Hoy es ya 17 de septiembre. Sus compañeros los esperarán, de seguro.

***

(19 de septiembre de 1965. Límite del municipio de Temosachic, sierra de Chihuahua).

Comenzaba a atardecer cuando llegaron a los alrededores del rancho «El Lazo». El horizonte enrojecía y se ahondaba hacia el poniente, como abriendo una cicatriz cárdena, interminable. Se detuvieron en una pendiente cubierta de madroños y encinos; al fondo, entre los álamos, se distinguían las casitas del rancho. Un ligero olor a establo y basura llegaba hasta ellos, entre el viento fresco y húmedo. Ocultaron las armas entre los matorrales y Antonio Gaytán permaneció junto a ellas, custodiándolas, mientras Salvador se dirigía al caserío. Antonio lo vio alejarse y desaparecer entre los árboles. Escuchaba a lo lejos ladridos de perros y mugidos de vacas que quizás regresaban al rancho. Se sentó en la tierra, junto a un encino, a esperar.

El ruido de aves era ensordecedor, intenso. Los cuervos volaban en parvadas y se posaban nerviosos en los álamos y los encinos; parecían vibrar los árboles y propagarse el eco en la tierra. No había silencio: sólo un creciente rumor de los alrededores, de los árboles, del viento, de la hierba. El cielo enrojecido del atardecer parecía generar un ruido. Pero una sensación de soledad se expandía también con el viento, se respiraba. De algún modo era otro silencio cuya corriente incontrolable se

abría paso por debajo de las cosas y por encima del ruido del mundo, en medio de la corriente de sus pensamientos. Trató de recordar los meses que había estado en la ciudad de México, el entrenamiento militar en los llanos cercanos a la carretera de Puebla, el atardecer diferente en aquellos lugares, la soledad diferente de las cosas. Ahora estaba aquí, en el mundo que conocía, en la sierra que había recorrido desde niño, en el lugar que silenciosa, profundamente, le pertenecía. Respiró hondo, lento, como si retornara a formar parte de las cosas, de un color, un tronco, una piedra quizás. Sentía la seguridad, la certidumbre de las cosas vivas en el campo, en la hierba o el agua. Su cuerpo era diferente, distinto e idéntico a él, humano y al mismo tiempo palpable como tronco, ramas, tierra; unido a él y a la vez remoto, como el firmamento, el atardecer o los recuerdos, que están hechos de distancia. La sierra era la certidumbre. La verdad era así, imposible de ocultar. De alguna manera, su cuerpo entendía la vida de la sierra, o sentía que en la sierra una cosa viva lo entendía a él como formando parte de la tierra misma que respira y se humedece en los cuerpos.

El viento pareció cambiar de dirección, enfriar las cosas, oscurecerse como un puñado de polvo que se arrojara sobre la luz. Comenzaba a anochecer. Las siluetas de los árboles y de los matorrales se agitaba; parecían moverse, cambiar de sitio, anticiparse a una nueva disposición del aire, de las cosas, de la noche. El gorjeo de pájaros y los graznidos de cuervos se hizo más intenso. También el silbido rasposo y tenaz de los grillos. Entre las numerosas sombras que se movían a su alrededor se fueron acercando a él dos figuras ágiles y grises. Una era de su hermano Salvador y la otra de un joven robusto y moreno.

—Aún no llegan los Durán, los tíos de Polo —explicó Salvador Gaytán—. Pero este compañero dice que podríamos contar con dos asnos para transportar las armas.

—Esperemos a los Durán, entonces —respondió Antonio, sentado en la tierra, junto al encino.

—¿Dormirán aquí y saldrán mañana temprano? —preguntó el muchacho.

—Descansemos algunas horas, pero salgamos esta misma noche —propuso Antonio, que se incorporó finalmente.

—Los arroyos están muy crecidos y creo que volverá a llover —comentó el joven moreno.

***

(21 de septiembre de 1965. Santa Rosa de Ariseachic, sierra de Chihuahua).

Junto a la escuela de Santa Rosa de Ariseachic, el campesino aguardaba en silencio. Varios niños intentaban jugar con los asnos. Las bestias permanecían quietas, inmóviles, ajenas a los hermanos Gaytán, a los niños, al viento fresco y húmedo; parecían de piedra, sin la carga que aún soportaban en el lomo. Los únicos movimientos perceptibles en ellas era el de las orejas, súbito e irregular, y el suave

parpadeo de los enormes ojos oscuros. Al fondo de la calle, un anciano y dos niñas los observaban atentos. Salvador Gaytán terminó de leer la nota y entregó el papel a Antonio.

—Es de Arturo Gámiz —dijo—. Pide que nos vayamos a Cebadilla de Dolores, que allá los esperemos —agregó.

Antonio leyó también la nota y la devolvió a Salvador.

—Se fueron muy temprano, ayer —repitió el campesino—. Don Rodolfo pidió que fueran a su ranchito, no está lejos de aquí. Ahí estuvieron sus amigos.

Desde una pequeña tienda, a mitad de la calle, dos mujeres los miraban. Salvador se volvió hacia el otro extremo de la calle. Varias muchachas y campesinos avanzaban hacia la escuela, atentos a ellos.

—¿Necesitan ayuda? —volvió a preguntar el campesino.

Salvador negó con la cabeza, lenta, cansadamente.

—Nosotros no —contestó Antonio Gaytán.

—Buenos días —saludaron al pasar el grupo de muchachas y de campesinos.

Había un gran charco en medio de la calle. Los campesinos y las muchachas no lo evadieron; siguieron caminando; el lodo era fino, delgado; caminaban como en tierra firme, sonrientes. Algunos perros jugaban al fondo. Los cuervos volaban ruidosamente entre los encinos y los mezquites; crascitaban insistentes, como un eco de piedras o de hojarasca. El sol trataba de abrirse paso, de calentar la mañana. Pero sentían la lluvia próxima. Quizás después del medio día volvería a llover.

—Decidieron irse sin las armas y sin información sobre la sierra —comentó en voz baja Antonio Gaytán.

Salvador sintió frío, por vez primera. Los desvelos, el esfuerzo para atravesar la sierra sin dinero, con hambre, bajo la lluvia, cargando días enteros el armamento, de pronto se acumulaban en la mente, en el cuerpo. Era impotencia. Se resistía a entenderlo, a aceptarlo.

—¿Por qué en Cebadilla? ¿Por qué no aquí? —preguntó Salvador Gaytán.

—No debemos quedarnos —apuró Antonio—. Debemos salir cuanto antes.

—Sí, seguro —contestó Salvador.

—¿Crees que fueron a Madera? —preguntó Antonio Gaytán al campesino.

—Salieron muy temprano. Pienso que iban a Cocomórachic. ¿Por qué no van con don Rodolfo? Yo los acompaño. Estarán más seguros ahí.

Salvador Gaytán levantó la vista. El cielo parecía luminoso a pesar de las numerosas nubes. No podían transportar las armas de nuevo a la sierra de Cebadilla. Debían dejarlas aquí, en esta parte de la sierra. En cuevas, en refugios de la sierra. Luego movilizarse con rapidez, alejarse. Bajó la vista. El campesino lo miraba.

CAPÍTULO NOVENO

(21 de septiembre de 1965. Sierra de Chihuahua).

Pasadas las diez de la noche, a la distancia, José Lozano García vio a dos hombres en medio del camino. Frenó el camión poco antes de llegar a ellos. El hombre que parecía de más edad se acercó a la ventanilla abierta.

—¿Podría llevarnos? —preguntó, señalando la plataforma del camión trocero.

—Voy a Matachic. Ahí vivo —dijo Lozano García.

—Allá vamos también.

—Seguro, súbanse.

El hombre más joven abrió la puerta de la cabina y tomó asiento. Lozano García lo reconoció, pero nada dijo. Luego abordó el hombre de más edad. El chofer descubrió en ese momento que ambos traían pistolas fajadas en la cintura. Arrancó el camión y siguió por la terracería.

—Necesitamos ir a Madera —le dijo Ramón Mendoza—. Llévanos esta noche.

—No, es que yo voy a la sierra —contestó el chofer—. Voy por una carga del aserradero.

—Vas a Madera —ordenó Ramón Mendoza.

—Es que voy a la sierra.

—¡Vas a Madera! —gritó Ramón Mendoza, enérgico—. Date vuelta allí, que no estamos jugando. Detente junto a aquellos árboles.

Lozano García obedeció, nervioso. Condujo el camión por la vereda y luego frenó. De los arbustos que estaban a la orilla salieron varios jóvenes que comenzaron a subir rápidamente a la plataforma del camión con mochilas y bultos. José Lozano García no alcanzaba a identificar lo que contenían los envoltorios. Un muchacho se acercó a la ventanilla abierta y habló con el hombre de más edad, que bajó del camión y se apartó con él. Lozano García alcanzaba a escuchar la voz aguda del hombre mayor. Luego observó a los integrantes del grupo. Eran trece personas. Nueve ya estaban en la plataforma del camión, con bultos y equipaje. El hombre mayor seguía hablando con dos más. Casi inmediatamente regresó el hombre a tomar asiento y los otros saltaron a la plataforma. Dos muchachos habían abierto varios bultos. Eran fusiles.

—Ya estamos completos —dijo Ramón Mendoza, en el interior de la cabina—. Vámonos ahora.

El camión arrancó. Tomaron el camino de terracería.

—Yo soy Alfredo —agregó Ramón Mendoza—. Y él Martín —dijo señalando a Pablo Gómez.

***

Ramón Mendoza ordenó al chofer que se desviara por un arroyo. El conductor asintió, en silencio. Estaban por llegar a Matachic. Mientras el camión descendía por la hondonada, Ramón Mendoza observó al chofer largamente.

—¿Tú eres Cristóbal Lozano? —le preguntó.

—Yo soy José Cristóbal. Jugábamos juntos de chamacos en Tres Ojitos. Yo fui amigo de ustedes. Conozco a tu familia.

—Te estoy reconociendo ahora mismo.

—Yo desde que subiste.

—¿Entiendes lo que nos proponemos?

—Traigo una idea, pero sin claridad.

—A tu patrón le vas a decir que te obligamos. No se te ocurra decirle que viniste por tu voluntad. A quien te pregunte dile que nosotros te llevamos por la fuerza.

—Seguro.

—Al llegar a Madera mi amigo Martín te va a decir lo que hacemos, lo que nos proponemos, las razones de nuestra lucha.

Pablo Gómez sonrió.

—Vamos a tener una plática usted y yo en cuanto lleguemos.

—Seguro —volvió a aceptar Lozano García, nervioso.

***

(22 de septiembre de 1965. Sierra de Chihuahua).

El camión bajó por una pequeña pendiente. El amanecer pugnaba por brotar. Un filo blanco y rosado se iba expandiendo en el aire, en la oscuridad de los macizos de bosques y montañas, en la humedad del ambiente, en el frío que se intensificaba porque de pronto iba a irrumpir la luz, el calor con la luz.

—Hacia allá, rodea el Presón —ordenó Ramón Mendoza—. Vamos a Peñitas.

Habían alcanzado las vías del tren y se alejaban ahora de la carretera. José Lozano García avanzó hacia el punto que le habían señalado. Estaban ya en el Presón de Golondrinas.

—¿No llegaremos a Madera? —preguntó.

—Ahora no. Tenemos que llegar a la Boquilla. La conoces, ¿verdad? —contestó Ramón Mendoza.

—Estamos como a seis kilómetros de Madera —insistió José Lozano García.

Ramón Mendoza no contestó. Tiempo después señaló:

—Vamos hacia aquellos árboles. Allí ocultaremos el camión.

Ascendieron lentamente por una pequeña brecha cubierta por el follaje de los árboles. Poco antes del final de la brecha, el conductor frenó. La mayoría de los

muchachos venían dormidos en la plataforma. Uno de ellos ordenaba a los que habían despertado cubrir con ramas el camión, para hacerlo menos visible. José Lozano García los ayudó juntando rastrojos. Cuando terminaron de cubrir el camión, se dio cuenta de que otros muchachos habían bajado parte del equipo y habían hecho campamento entre los claros de los pinares.

***

—Él es Ernesto —dijo Ramón Mendoza presentando a Arturo Gámiz—. Y él es Víctor —señaló a Salomón Gaytán—. A Martín ya lo conoces.

José Lozano García se llevó la mano al sombrero. Aún se le veía nervioso.

—Necesitaremos que te quedes más tiempo con nosotros —dijo el hombre al que llamaban Ernesto.

—Somos gente segura —expresó Martín.

—El camión no es mío, yo sólo soy el conductor. Ramón lo sabe.

—Como dice Martín, somos gente segura. Debes quedarte con nosotros por varias razones —repitió Ramón Mendoza.

—Yo también creo que debo estar con ustedes —aceptó resignadamente José Lozano García.

Vio que el hombre llamado Ernesto se apartaba con otro muchacho al que llamaban Alex. Luego se reunieron con ellos Martín y Víctor. Estuvieron hablando largo tiempo. Lozano García alcanzaba a escuchar las voces serenas, el rumor tranquilo de la conversación. Luego oyó que buscaban a otro de los muchachos más jóvenes, al que todos llamaban Luis. Los vio caminar hacia el fondo del pinar y dejó de escuchar las voces.

***

—Si los arrestaron, no tardarán en venir por nosotros —aseguró Lupito Escóbel.

Faltaban pocos minutos para las seis de la tarde. La demora de Óscar Sandoval y de Matías Fernández era casi de dos horas.

—Quizás los arrestaron y esperan que vayamos por ellos —comentó Salomón Gaytán.

—De todas maneras, tenemos que prepararnos, tanto para esperarlos como para ir —concluyó Pablo Gómez.

—Iremos —opinó Arturo Gámiz—. Todos armados. Uno de nosotros se acercará a los cuarteles. Creo que adelantaremos el ataque.

—¿Quién lo hará?

—Que sea Florencio —propuso Pablo Gómez.

Florencio Lugo aceptó ir. También apoyaron la propuesta Martínez Valdivia y

Miguel Quiñones.

—Necesitaremos que hagas un recorrido por los cuarteles —indicó Salomón Gaytán—. Si no regresas al sitio donde estaremos esperando con el camión, adelantaremos el asalto al cuartel.

—Díganme qué debo hacer —pidió Florencio.

Arturo Gámiz pensó llamar a José Lozano García para que trajera el camión. El cielo comenzaba a enrojecerse. La luz era intensa, limpia, fría. El atardecer iniciaba; una tinta naranja y roja empezaba a asomarse en el firmamento. La carretera a Madera, a lo lejos, parecía desierta. El agua de la laguna se extendía quieta, oscura. Había algunas luces en las casas del poblado, en las zonas altas del bosque, hacia la sierra.

—Allá vienen —dijo calmadamente Antonio Escóbel.

Arturo Gámiz y Pablo Gómez se esforzaban en distinguir las siluetas.

—Están rodeando el Presón. Vienen caminando sin prisa —repitió Antonio Escóbel.

***

—Quizás son más de cincuenta soldados —reconoció Óscar Sandoval.

—No son dos pelotones, como ustedes pensaban —reclamó Matías.

—Tienes miedo —aseguró Arturo Gámiz.

—No estoy de acuerdo —insistió Matías—. Somos pocos para sesenta soldados, date cuenta.

—Cada guerrillero vale por diez soldados, recuerda.

—Sí, cuando el guerrillero está bien armado. No hambriento y agotado como nosotros.

—Vienes muy negativo —señaló Salomón Gaytán.

Matías se dirigió a Salomón.

—Mejor esperemos a tus hermanos. Salvador y Antonio traen armas de alto poder. Bien armados podríamos triunfar, traen fusiles 30.06, M-1, M-2, metralletas de 45 tiros por cargador. Contamos con municiones suficientes. ¿Por qué apresurarnos ahora con armas que no sirven? Creo que debemos salir a buscarlos en la sierra. Unirlos a nosotros.

—Todos portamos fusil y pistola —replicó Salomón Gaytán—. Y cargamos granadas, dinamita.

—Y tenemos tres días de mal comer. En un momento cenaremos media tortilla de harina y un puñado de pinole. ¿Así valemos cada uno de nosotros por diez soldados?

—Te estás arrepintiendo por cobarde —espetó Arturo Gámiz.

Matías se rió, moviendo la cabeza de un lado a otro, efusivamente.

—Nuestras pistolas son mejores que los fusiles que traemos, ¿no te das cuenta? ¿Qué harías con esta escopeta de una carga? Si necesitáramos escapar por la sierra,

¿todos podríamos hacerlo? El doctor Gómez y Paco Ornelas desconocen la sierra. ¿Somos trece verdaderamente? Propongo esperar las armas que traen Salvador y Antonio Gaytán. No estamos lejos de ellos. Quizás están en Ariseachic. ¿Cuál es la necesidad de morirnos ahora mismo? Propongo esperar.

—¿Esperar? —reclamó Arturo Gámiz—. Aquí deberían estar seis compañeros más. No llegaron desde Chihuahua o se fueron. Deberían haber llegado por la sierra amigos y armas. No llegaron, y quién nos dice que no los atraparon ya y que el ejército viene en busca de nosotros. Cuando salimos de México desertaron dos compañeros y una compañera. No vinieron de Chihuahua dos compañeros. ¿Quieres que sigamos esperando? No sabemos lo que está ocurriendo allá afuera. Alguno de ellos pudo haber soltado información y podríamos aquí estar corriendo más riesgos.

—Cuando yo estaba preso en Saucillo, hace cuatro años, tú bien lo sabes, Arturo, mi madre me gritaba desde la calle: «¡Hijo, primero muerto que dejar de ser hombre!» No se trata de facilitarle a los soldados que me maten, no, señor. Si me toca morir, me muero. Pero yo no vine a regalar mi muerte. ¡No, qué va!

Pablo Gómez intervino, para mediar.

—Yo entiendo a Matías —empezó a decir—. Y estoy de acuerdo con él.

—¿Tú también tienes miedo? —replicó Salomón Gaytán.

—Escúchenme —pidió Pablo Gómez—. No tengo miedo de atacar el cuartel ni de morir. Pero debemos considerar ciertos aspectos. Primero, creo que con mejores armas tendríamos más posibilidades de tomar el cuartel. Pero no tenemos las armas. Los mejores tiradores cuentan con buenos rifles, cierto, como Lupito, Ramón, Hugo, Toño, tú mismo, Salomón. Yo desde ahora le doy mi fusil a Matías, él tira mejor que yo, y me quedo con el suyo, de un solo tiro por carga.

—Que se quede Matías con esa arma, no la cambies, Pablo —exigió Arturo Gámiz—. Él no va a atacar, él se quedará en el camión, custodiando el equipo.

Pablo Gómez levantó las manos pidiendo que lo escucharan. Parecía calmado.

—Pero veamos otros aspectos, insisto. No podemos mantener secuestrado más tiempo a este chofer y su camión, porque empezarán a buscarlo y esto nos perjudicará de un momento a otro. Tampoco podemos soltarlo ahora en caso de que no atacáramos, porque si nos delata, sería fatal para nosotros. Por otra parte, la policía debe haber encontrado ya el taxi que secuestramos en Torreón y posiblemente han interrogado al conductor; ésta es otra razón por la que corremos peligro. Finalmente, seguimos desconociendo cuáles son los preparativos militares que ha previsto el ejército aquí en la región y no descarto la posibilidad de que se haya filtrado ya nuestro propósito.

—No entiendo qué propones —interrumpió Salomón Gaytán, impaciente.

—Estoy explicando que ahora seríamos más vulnerables huyendo o retirándonos en estas condiciones, que actuando. Por eso propongo que ataquemos, claro. Pero aseguremos las medidas, el tiempo. Ataquemos, sí, pero retirémonos si no logramos una rendición inmediata. Un ataque relámpago tendría el mismo efecto positivo sobre

los contingentes de lucha campesina y estudiantil. Contamos ahora con el camión; podríamos retirarnos de manera ordenada y rápida. En la sierra estaremos mejor preparados para resistir al ejército después de haber atacado, porque ustedes conocen la sierra perfectamente. Sólo mi sobrino y yo no sabríamos movernos con conocimiento, pero ustedes sí.

—Pero debemos tomar el cuartel —insistió Salomón Gaytán.

—Si lo podemos tomar, hagámoslo, pero démonos un tiempo prudente. Ya habíamos considerado también la posibilidad de un ataque relámpago, una escaramuza, con retirada rápida, ¿no es cierto, Arturo?

—Es necesario que todos terminemos vivos y sin daño —reiteró Matías.

—De acuerdo —dijo Arturo.

—Tenemos que proponerlo a los demás compañeros —planteó Salomón Gaytán.

—Ellos estarán de acuerdo —dijo Arturo Gámiz.

—Matías custodiará el camión con el chofer, cerca del cuartel —reiteró Pablo Gómez.

—Vamos a quemar los cuarteles, Pablo, no se te olvide —replicó Arturo Gámiz —. También, si tenemos tiempo, la Casa Redonda. Porque ahora son oficinas de Bosques de Chihuahua.

—Vamos a extremar las precauciones. Tengamos control del tiempo y sangre fría —repuso Pablo Gómez.

—Escuchemos la opinión de los demás compañeros —apremió Salomón Gaytán.

—Estarán de acuerdo —repitió con calma Arturo Gámiz.

***

El hombre llamado Ernesto y tres muchachos se acercaron a Lozano García con cajas de cartón y latas vacías.

—Él es Luis —dijo Ernesto, señalando a Paco Ornelas—. Él se llama Daniel —señaló a Rafael Martínez Valdivia—. Y él es Manuel —se refirió a Miguel Quiñones —. Ayúdalos. Nos falta preparar unas cosas en el camión. Que los acompañe también Carlitos. ¡Carlos, ven! —llamó a Óscar Sandoval.

Lozano García asintió. Había anochecido, pero una luz gris como de polvo de mina proporcionaba una blancura pétrea al aire, al anochecer. Caminó con los muchachos fuera de la brecha, hacia la masa ahora oscura de los árboles. Cuando llegaron, de las cajas sacaron botellas de vidrio y una delgada manguera de hule que introdujeron en el depósito de gasolina del camión. Empezaron a llenar las botellas de vidrio con gasolina extraída mediante la manguera. Cuando terminaron de llenar las botellas, procedieron a hacer lo mismo con las latas para alcohol.

Lozano García regresó al campamento y vio al hombre que llamaban Ernesto escribiendo en una libreta, concentrado. Tiempo después lo vio entregar una hoja a cada uno de los muchachos. Se demoraba con ellos explicando algo acerca de lo que

había escrito. Se apartó con los hombres que todos llamaban Víctor y Martín. La noche era fría. Pronto se dispusieron a dormir. Un viento intermitente atravesaba las ramas de los pinos y provocaba un rumor constante, como de tela que se deslizaba sobre las cosas del mundo. Hacia las diez de la noche José Lozano García todavía intentaba conciliar el sueño. Dos muchachos hacían guardia. Despertaba de pronto, nervioso. Cada vez era distinta la guardia. Cada vez parecía más sosegada la noche. O más impersonal, más remota.

***

(23 de septiembre de 1965. Madera, sierra de Chihuahua).

Primero no entendió. Aturdido aún por el sueño, José Lozano García se incorporó. Algunos muchachos conversaban en voz baja, de pie, con el equipo preparado. Otros revisaban las armas y repartían cartuchos que guardaban en mochilas o en las bolsas del pantalón. La noche era densa. La oscuridad se expandía en la tierra, en el bosque, en una inmensa parte del cielo nublado. Una pequeña zona, al oriente, se mostraba despejada, con una multitud de luceros que parecían a punto de rodar sobre la tierra. El hombre al que llamaban Ernesto y otro muchacho se acercaron a él.

—José, el compañero irá contigo por el camión —le explicó Ernesto—. Necesitamos partir de inmediato. Ustedes saldrán de la zona del combate. Si no regresamos en dos horas, retírense. Matías te dirá a dónde lo lleves.

Lozano García escuchaba quieto, junto a Matías, mirando que el grupo comenzaba a desplazarse en la oscuridad, buscando los claros de los pinares, como si sus sombras avanzaran hacia el centro de la noche, como si se fusionaran en la masa del bosque donde la oscuridad parecía más sólida, más permanente.

***

Cuando José Lozano García detuvo el camión, todos estaban armados con rifles y algunos portaban pistola en la cintura, a la vista. Subieron a la plataforma del camión. Los hombres llamados Ernesto y Martín entraron en la cabina. Le ordenaron que avanzara. En alguna parte de la oscuridad se iba adelgazando el espacio, aligerándose con una débil luz, con una claridad todavía sucia, de madeja mojada que empieza a gastarse. Dejaron atrás la Boquilla y Peñitas. Entraron en el Presón de Golondrinas, rodeando por la brecha. Comenzaron a ascender la pendiente para tomar el camino de terracería a la ciudad de Madera. Ahí el aire parecía más despejado, más claro.

—Detente —ordenó el hombre al que llamaban Martín—. Sal del camino —señaló un lugar—. Frena aquí.

Lozano García obedeció y se estacionó. El hombre que conocía como Ernesto

descendió. Varios muchachos se bajaron de la plataforma y excavaron la base de los tres postes más cercanos.

—Son postes de teléfono —explicó Martín a Lozano García—. Debemos cuidar estos detalles.

Pronto lograron inclinar los postes y tener el tendido de alambres telefónicos al alcance. Dos muchachos procedieron a cortar los alambres con pinzas. Arturo Gámiz regresó a su asiento en la cabina y los muchachos ocuparon su sitio en la plataforma. El camión avanzó de nuevo.

—Haremos sólo dos paradas, José, para no llamar la atención —le advirtieron—. No te acerques a los cuarteles. Primero bajamos a los que deben situarse en la Casa Redonda y en la casa de Pacheco.

Lozano García asintió, en silencio. Entraron en el poblado. El camión avanzaba despacio. El aire frío entraba por las ventanas abiertas.

—Por allá —le señalaron.

El camión se detuvo con los faros apagados. Bajaron de la plataforma Paco Ornelas, Lupito Escóbel, Florencio Lugo, Martínez Valdivia y Óscar Sandoval. El viento era frío. Los bultos oscuros de las casas y las calles parecían sombras que también se movieran.

—Paco allí, por la casa de Pacheco —señaló afable Pablo Gómez, que había bajado del camión—. Está algo retirado, pero servirá de apoyo a los que estaremos en la escuela y la iglesia. Por allá —volvió a señalar Pablo Gómez—. Toma tu posición, de una vez.

Paco se retiró por la calle, cauteloso. Lupito Escóbel y Salomón Gaytán repartían las bombas molotov y las granadas. Arturo Gámiz se había acercado al grupo.

—Las granadas son para Florencio, Lupito y Óscar Sandoval —aclaró.

Arturo había observado, cerca de las vías del tren, las barracas del cuartel. La oscuridad era total. Pero empezaba a surgir un fino polvo gris en el aire, que parecía blanquear de pronto los contornos de las cosas. El amanecer se presentía desde la oscuridad, como una prisa, una urgencia.

—También deben llevar botellas de gasolina —agregó Arturo Gámiz—. Los de la Casa Redonda deben tener explosivos. Y para Salomón y para mí, bombillos de dinamita. Ustedes se encargan de la gasolina —se dirigió a su hermano Emilio y a Miguel Quiñones—. Atiendan a la señal.

Florencio Lugo y Lupito Escóbel tomaron la calle de la izquierda. Los seguían Óscar Sandoval y Martínez Valdivia. Las sombras se desplazaban en la noche como parte de un río o de un camino en movimiento. A lo lejos, oyeron el ruido de los vagones de trenes que chocaban pesadamente, lentos, para rehacer los convoyes. Arturo miró su reloj; eran las 5:32 de la mañana. Regresaron al camión. Arrancaron. Rodearon la calle más alejada de las barracas de los cuarteles y se dirigieron a las construcciones abandonadas de la iglesia y la escuela. Volvió a detenerse el camión. Bajaron todos. También el chofer, para ayudar con las latas de gasolina; Miguel

Quiñones y Antonio Escóbel las depositaron junto a la escuela, entre las hierbas.

—Nos quedaremos aquí nosotros —comentó Pablo Gómez.

—Aquel auto les puede servir de parapeto —dijo Arturo Gámiz, señalando un chevrolet 58.

—Así es —contestó Pablo Gómez—. Antonio Escóbel y tu hermano se quedan conmigo. También Manuel Quiñones —agregó.

Pablo Gómez regresó al camión, en busca de Matías; lo encontró de pie junto a los faroles apagados. Ambos eran de Saucillo.

—Lo que me puede en el alma es usted —le dijo Matías—. Me duele pensar que lo desgracien aquí, doctor Pablo.

A pesar de la oscuridad, Pablo Gómez distinguió los ojos humedecidos de Matías.

—Ponte a salvo —le dijo—. Siento que aquí nos vamos a quedar nosotros. Pero tú conserva la vida.

***

—Ahora —dijo Arturo—. Hacia el terraplén, por la vía.

Salomón Gaytán encabezó la marcha. Avanzó hacia el terraplén que se elevaba sobre la primera galera del cuartel. Veía las aguas quietas, oscuras, de la laguna. Al fondo, la oscuridad de árboles, de bosques, de sierras. Parecía una excursión hacia aquella quietud. La vía del tren comenzó a elevarse, a retirar de la vista el horizonte, la extensa laguna, los bosques. Fueron descendiendo por una angosta brecha del terraplén que seguía elevándose. Llegaron al primer galerón del cuartel. Había ruido, voces de soldados, olor a café, a comida caliente. Una zanja se abría al pie del terraplén. Arturo Gámiz distinguió, al fondo, que la sombra de Salomón Gaytán se apostaba en su sitio y tendía la silueta de su rifle, quieto, tranquilo. Más allá distinguía, con una repentina claridad, la sombra de los antiguos talleres de ferrocarriles, la llamada Casa Redonda. Como otra sombra en la oscuridad del terraplén, Salomón Gaytán depositaba en el suelo las botellas con gasolina y los bombillos de dinamita. Arturo Gámiz sintió calor, repentinamente. Un calor que se extendía desde sus pies, su pecho, su boca; sintió que su aliento era caliente. El aire de la noche iba abriéndose como un cristal, silencioso, indetenible. El amanecer se aproximaba como un cuerpo, olía como algo real, vivo, que se movía como los seres del mundo. Se volvió a mirar hacia atrás; Ramón Mendoza lo seguía. Regresó hasta él. Alcanzó a oír su respiración quieta, apacible. Arturo Gámiz señaló hacia la puerta del cuartel, donde pendía un foco encendido.

—Con el primer disparo —le ordenó Arturo Gámiz—, haz blanco en el foco. Será la señal para que ataquemos.

CARLOS MONTEMAYOR (Parral, 1947) es autor de una reconocida obra narrativa, poética y ensayística. Ha investigado, por sus tareas como novelista, los movimientos guerrilleros en México y dedica gran parte de su trabajo crítico a la literatura actual y tradicional en varias lenguas indígenas de nuestro país. Asimismo, su labor como analista político ha sido importante en muchos sentidos. Como poeta y traductor literario ha prestado atención especial a la poesía clásica griega y latina y a varias corrientes de la poesía latinoamericana y europea del siglo XX; destacan sus traducciones de Safo y *Carmina Burana* (Joaquín Mortiz, 2000). Es miembro de número de la Academia mexicana de la lengua y correspondiente de la Real academia española. Ha recibido numerosos reconocimientos nacionales e internacionales: el Premio internacional Juan Rulfo por su cuento *Operativo en el Trópico*; el Xavier Villaurrutia por *Las llaves de Urgell*; el José Fuentes Mares por su libro de poesía *Abril y otras estaciones* y el Premio de narrativa Colima por *Guerra en El Paraíso* (1991; Seix Barral, 1997). También ha publicado *Los cuentos gnósticos de M.O. Mortenay* (Seix Barral, 1997), *Mal de piedra* (Planeta, 1999), *Los informes secretos* (Joaquín Mortiz, 1999) y *Minas del retorno* (Planeta, 2000). Sus ensayos *Chiapas, la rebelión indígena de México* (Joaquín Mortiz, 1996; nueva edición actualizada, 1998; Espasa, Madrid, 1998), *Rehacer la historia* (Planeta, 2000) y *Los pueblos indios de México* (Temas de Hoy, 2001) son determinantes para entender la problemática actual de nuestro país.

Montemayor se ocupa de temas y hechos sociales relevantes que no han sido tratados por historiadores ni especialistas ya sea por su complejidad política, por la

peligrosidad de la información militar o por la de penetrar en círculos sociales o clandestinos. Como en sus anteriores novelas, los personajes aparecen con sus nombres reales y la fuerza y objetividad de los hechos son una constante que se integra en la misma estructura literaria. Los eventos que narra eran hasta ahora algo nunca contado. El legado mismo de los guerrilleros permanecía complejo y confuso: para la izquierda, como fuente de controversia; para los campesinos de la región, como un parteaguas, y para los historiadores, como acontecimientos aún no relatados ni analizados.

La novela nos permite entender las razones de los protagonistas atrapados en un momento límite; su idealismo y desesperanza, la extrema incertidumbre de circunstancias que marcan nuestra trágica y a la vez prometedora condición humana. En consecuencia, el autor asume una gran responsabilidad con *Las armas del alba*, que es un logro literario y una revelación histórica.